



DIARIO DE LA MARINA



LA HABANA, 29 DE ENERO DE 1939

Suplemento Dominical

En Este
Número:



Modelos
Actrices
de
Hollywood
por Sam Lukas



Si Quiere
ser Feliz,
Riase



Trucutú
El Capitán
Aguila



lecturas Amenas,
para
Grandes
y
Chicos,



Una Mancha de Tinta

La NOVELA del DOMINGO Por RENATO BAZIN



TRUCUTÚ

¿QUÉ LE PASA? SU MAJESTAD? ¡TUMBADO AHÍ EN EL SUELO!

¡CACHÓN, YO QUÉ SÉ! ¡ME DUELEN LAS QUIJADAS!

TRUCUTÚ LA LLEVA EN SU CABEZA DE BUEY ¡EL MUY BRIBÓN!

¿MI MADRE Y LA CORONA?

FRAGMENTOS

HACE MILLONES DE AÑOS, EN EL ESTADO DE KANSAS, ESTADOS UNIDOS, ABUNDABA EL ETERODÁCTILO. TENIA ALAS DE OCHO PIES DE ANCHO, PERO SU TORSO, SOLAMENTE MEDIA SEIS PULGADAS DE LARGO.

ESTE REPTIL TRIÁSICO TIENE LAS CARACTERÍSTICAS DE MAMÍFERO. EL MAMÍFERO ES EL ANIMAL QUE HOY DOMINA AL MUNDO, Y SE CREE QUE SE ORIGINÓ EN EL ÁFRICA HACE 200 MILLONES DE AÑOS.

¡ME LO SOSPECHABA! ESE BANDIDO LO HIZO A PROPOSITO! ¡ME NOQUEO EN REDONDO! ¡ACOMPAÑEME, SARGENTO!

POR AQUÍ VEO LOS RASTROS. HUYO A LA SELVA.

¡SI LEVANTA UN DEDO, HAY QUE ACABARLO A ESTACAZOS! ¡ESTE HOMBRE ES UN PELIGRO!

MIENTRAS TANTO:

¡TODAVÍA NO ME EXPLICO CÓMO LA CORONA ME CAYÓ EN LA CABEZA! ¡ES UN MISTERIO!

¡OJALÁ NO ME VIERAN ESCONDERLA!

¡ESTOY SEGURO NO SE DIÓ CUENTA QUIÉN LE PEGÓ!

CACHÓN, ¿POR QUÉ SERÉ TAN FUERTE? ¡DESGRACIA!

¡NUNCA MÁS VOLVERÉ A HACER FUERZA!

¡AH, QUÉ GATITO MÁS SOBERBIO!

¡LE REGALARÉ EL CUERO A GUSZIGÚ!

¡TENGO QUE DOMINARLO O ME TRAGA ENTERO!

¡LE ROMPO LA CHOLA CONTRA UN ÁRBOL!

¡CACHÓN, SE ME FUÉ DE LAS MANOS!

¡SOCORRO! ¡UN TIGRE! ¡QUÉ NOS COME! ¡SOCORRO! ¡HUYAMOS!

¡SOCORRO! ¡DEJÁME PASAR!

¡HE METIDO LA PATA!

¡Socorro!

Una Mancha de Tinta

Por
R. BAZIN



CONTINUACION

seguro que Dufilleul es un buen partido, guapo mozo, desde luego.

—Hermosa garantía!

—Rico.

—Voto a...!

—Y luego un nombre divisible.

—Divisible?

—Con maravillosa facilidad: nombre extraordinariamente apetecido. Al caso, se le llama señor Du Filleul. Al caso es barón. Cuando su padre, que es un viejo rústico, deje de existir, será su hijo. Por poco linda que sea su mujer, por poco que eso le dé tormento a su marido, tiene probabilidad de ser marqués.

—Ya!

—Estás sombrío, mi querido Mouillard: ofrezco un ajenjo, el único brebaje que está en relación con la amargura de tu alma.

—No: me voy a casa.

—No te ha hecho feliz el doctorado. ¡Adiós!

—Adiós!

—Miró sobre sus tacones y descendió por el bulevar de San Miguel.

De modo que todo ha concluido entre él y yo, y lo más triste es que más se debe de compadecer a ella que a mí. Sobre joven! La he amado mucho, pero con torpeza, como yo hago todas las cosas, sin haber sabido decirselo a tiempo. Muda declaración que me he arriesgado a hacerle, o mejor dicho, que un día se ha arriesgado a hacerle por mí, cuando ya estaba comprometida con ese zopenco que ha sabido llevar las cosas con más habilidad; que no ha mandado nada en la biblioteca nacional; que hubiera debido temerlo todo, y que cuando se ha atrevido.

Me había dejado cautivar por aquellos ojos virginales. Mía es toda la culpa, no toda la imprudencia. Ella no me ha incitado a nada, nada ha aprobado. En San Germán se sonrió, fué porque me sorprendió y se sintió halagada; en el Salón ha estado a punto de llorar, ha sido porque ha tenido lástima por mí. No tengo que hacerle ni aun la sombra de una reconvencción.

Eso es todo lo que tendré de ella: una lágrima y una sonrisa... ¡Todo! ¡Eso es bien: con eso viviré. Ella ha sido mi primer amor y tendrá en mis recuerdos un sitio de que ninguna otra mujer me arrojará. Voy a dedicarme ahora a cejar este pobre corazón que ha cometido la simpleza de abrirse... Esta noche debiera ser yo feliz, y todo llora en torno mío... Creo que en adelante comprenderé mejor a Silvestre. Nuestras penas nos aproximarán... Iré a verlo en seguida y le diré eso...

Antes escribiré a mi tío para decirle que su sobrino es doctor. En cuanto a los demás, proyectos, porvenir, lo dejaré para mañana o para pasado mañana, o a menos que me disguste pensar en ello

y me resuelva a tomar la vida en presente de indicativo, a lo que me siento fuertemente inclinado.

4 de mayo.

Lamprón se ha marchado a provincias. Va a pasar quince días en el solitario retiro de un pariente viejo, como hace siempre que tiene necesidad de concluir algún grabado.

Pero encontré a la señora Lamprón. Después de vacilar un rato, se lo conté todo y me felicitó de ello. La buena señora encontró, en su corazón sencillo y honrado, las palabras y los consejos que eran necesarios. Se comprende que ha prodigado muchos consuelos en su vida. Posee el secreto de ese arte femenino que es el gran desquite de la debilidad. Quizá sean débiles las mujeres, pero lo son menos que nosotros que nos tenemos por fuertes, puesto que nos levantan de nuestra postración. Ella me llamaba «mi querido señor Fabián», y sólo la manera de decirme lo era un lenitivo para mí. La creía de pocos alcances y estaba en error; no es más que una mujer falta de instrucción literaria, circunstancia que no excluye las mayores delicadezas y las más altas sublimidades. Nadie le han enseñado ciertas maneras de expresarse, de que ha hecho uso.

—He aquí cómo le hablaría usted su madre, si viviese todavía —me dijo.

Me hablaba de Dios, diciéndome que es el único que resuelve todas las pruebas, o por el sacrificio que prepara, o por la resignación que inspira. Yo me sentía ascender a las regiones en que nuestros pesares disminuyen porque los horizontes se ensanchan en rededor suyo. Recuerdo que tuvo este magnífico pensamiento:

—Vea usted cuánto ha sufrido mi hijo. Es de creer, señor Fabián, que los mejores en este mundo son los más duramente probados, como las piedras que han de coronar un edificio son las más castigadas por el martillo.

He vuelto de casa de la señora Lamprón menos disgustado, más tranquilo, más juicioso.

5 de mayo.

Carta fulminante del señor Mouillard. Si no estuviese tan triste me reiría de ella.

Mi tío habría deseado que, doctorado a las dos de la tarde, hubiese tomado aquella misma noche el tren para Bourges, en donde me esperan él, el bufete y el bienestar provinciano. Los amigos de mi tío, avisados previamente, hubieran ido a la estación a estrechar mi mano. En pocas palabras: he sido un ingrato. Por lo menos, debiera haberle indicado la fecha próxima de mi llegada, pues no se concibe que continúe yo en la capital siendo dueño de aban-

donarla. Pero, nada: ni una indicación, ni una promesa de regreso: sólo el anuncio de un examen afortunado. Eso traspasa los límites del aturdimiento y de la indiferencia. El señor Mouillard, desconcertado en sus más elementales nociones de la vida, concluye así:

«Fabián, ha tiempo que lo sospecho: te sujeta una cadena y yo iré a París para romperla.

»Bruto Mouillard.»

Conozco a mi tío: mañana estará aquí.

6 de mayo.

Pues, señor, me engañé: mi tío no ha venido.

7 de mayo.

Tampoco ha aparecido mi tío.

8 de mayo.

Continúa el eclipse total. Ni la más pequeña noticia del señor Mouillard. ¡Es muy raro lo que pasa!

9 de mayo.

Hoy a las siete de la tarde, en el momento en que yo salía de casa para ir a comer, distinguí a veinte pasos de distancia un sombrero de copa alta y alas anchas cubriendo una cabellera blanca y erizada; un cuello alto ceñido por una corbata blanca; una levita desabotonada, cuyos faldones azotaban dos piernas flacas, y exclamé:

—¡Mi tío!

Me abrió sus brazos, caí en ellos, y fué lo primero que me dijo:

—¿No has comido todavía?

—No, querido tío.

—Entonces vayamos a casa de Foyot.

Esperar encontrarse con un hombre encolerizado y ser invitado por él a comer,

produce una impresión rara, casi una decepción; porque está uno predispuesto, tiene sus argumentos preparados, y en el bolsillo la provisión de impertinencia necesaria; todo cuanto hace al caso.

Apenas repuesto de la impresión, le dije:

—Yo suponía, mi tío, después de leer su carta, que llegaría usted antes.

—Y supusiste bien. Hace dos días que estoy en París en el Gran Hotel. He ido allí por el comedor, del que mi amigo Hublette, ya le conoces, Hublette el de Bourges, me había dicho: «Mouillard, es preciso que lo veas antes de ceder tu bufete».

—Si lo hubiera sabido, mi tío, hubiese ido a preguntar por usted.

—No me habrías encontrado. Los negocios ante todo, Fabián. Tenía que ver a tres abogados y a cinco notarios. Ya sabes que estas cosas no admiten espera. Los he visto. Después de los negocios, los sentimientos. Heme aquí. ¿Te place que vayamos a casa de Foyot?

—Sí, mi tío.

—Pues en marcha, sobrino. ¡Cómo le remoza a uno París!

Y en efecto, mi tío tenía el aire regocijado, tan regocijado cuanto provinciano. Su alta estatura y su levita cerrada hacían que los transeúntes volviesen la cabeza solicitados por tantas singularidades. Golpeaba con el bastón en el pavimento; admiraba la filantropía de Wallace; se detenía ante el bruñido piso de las calles y se extasiaba ante el «movimiento» de la calle de Vaugirard.

La minuta de la comida fué excelente, digna de un tío generoso que quiere obsequiar a un sobrino irreprochable. El señor Mouillard, que tiene arraigada pasión por el Chambertin, hizo traer desde luego dos botellas. Se bebió la primera y parte de la segunda, comiendo a proporción y sin dejar de hablar en voz alta y firme, como era su costumbre. Me refirió dos de los mejores negocios que había hecho en el año: un divorcio (mi tío es terrible en esa clase de asuntos) el rapto de una menor de edad. Por el pronto creí que era una alusión; pero no. Contaba el drama como simple narrador, sin omitir un juicio preparatorio ni una deliberación del juzgado, como hubiese podido referir el caso de Elena y de París, si él hubiese tenido intervención en aquel célebre asunto. Ni una palabra respecto de mí.

Yo esperaba. Nada, sin embargo, a no ser la serie de procedimientos seguidos hasta la terminación del asunto. Después del helado, el señor Mouillard pidió un cigarro.

—¿Qué marcas tiene usted, camarero?

—Londres, conchas, regalías, cazadores, partagás, excepcionales: ¿qué desea el señor?

—El nombre me es indiferente: uno grueso y que dure.

Emilio encontró, en el fondo de una caja, algo así como un canuto de caña con una paja en medio, cigarro de exposición internacional sin duda, que nadie había querido por sus dimensiones.

Mi tío lo tomó, lo colocó en la boquilla de ámbar verde que le he conocido toda la vida, lo encendió, y con el pretexto de que al empezar es preciso igualar la combustión del tabaco, salió, dejando detrás de sí un penacho de humo parecido al que desprende por su chimenea una cañonera de vapor.

Dimos una vuelta por las galerías del Odeón, en las que mi tío se eternizó hojeando libros. Los registraba todos, unos después de otros, desde las poesías de los decadentes hasta la Higiene del caballo; veía el título, se encogía de hombros,

y volviéndose invariablemente hacia mí, me preguntaba:

—¿Conoces esto?

—Sí, mi tío.

—Debe ser algún autor joven: no recuerdo este nombre.

Mi tío olvidaba que habían transcurrido cuarenta y cinco años desde su última visita a las librerías del Odeón.

Volvió a creerse estudiante, divagando por las galerías al concluir de comer, curioseando novedades y sin dársele un bledo de las corrientes de aire. Poco a poco se sumió en lejanos sueños. El cigarro no se le caía de los labios. La ceniza se prolongaba desmesuradamente, una ceniza blanca, terrosa, algo entumecida en el extremo estriada con pequeños puntos negros, sujeta al cigarro por un rodete rojo, unas veces ruscante, otras sombrío, según las alternativas de la respiración.

El señor Mouillard permanecía inmóvil y la ceniza se hacía tan larga, que un estudiante muy joven — esa edad es desapiadada — se fijó en aquella doble singularidad. Yo le vi dar con el codo a su compañero, liar apresuradamente un cigarrillo y acercarse a mi tío, sombrero en mano:

—¿Tiene usted la bondad de darme fuego, caballero?

El señor Mouillard suspiró, volviéndose con lentitud, fijó en el inoportuno una mirada terrible, sacudió la ceniza con ademán colérico, y alargando el brazo con el tizón inflamado, dijo:

—Con mucho gusto, caballero.

Dejó en seguida su último libro, un Alfredo de Musset, y me llamó:

—Vamos, Fabián.

Me tomó del brazo y nos fuimos a zanquear la calle de Médicis a lo largo de la verja del Luxemburgo.

Yo presentía que se acercaba el momento supremo. Mi tío profesa una máxima a la que ha sido siempre fiel.

«Cuando una cosa no me parece muy clara, me echo sobre ella directamente como un tapir».

El tapir se despierta.

—¿Y tu cadena, Fabián? ¿He adivinado?

—Sí, mi tío; tenía una.

—Bueno es que lo confieses, muchacho; pero es preciso que la rompas.

—Está rota.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace unos días.

—¿Palabra de honor?

—Sí.

—Me alegro mucho, querido sobrino. Hubieras hecho mejor en no dejarte encadenar. Pero, en fin, sigues el consejo de tu tío: ves el abismo, y retrocedes. Has hecho bien.

—No quiero engañar a usted, querido tío. Su carta llegó después. La causa de la rotura ha sido otra.

—¿Cuál?

—Que se ha desvanecido de repente la ilusión en que estaba.

—¿Todavía ilusionan esas criaturas?

—Se trata de una criatura excelente y digna de toda clase de atenciones, querido tío.

—¿Quita allá!

—No lo dude usted, se lo ruego. Yo la creía libre.

—¿Y estaba?...

—Prometida.

—He ahí una cosa chusca.

—No me ha parecido a mí así querido tío; he sufrido cruelmente, se lo aseguro.

—Sí, sí, lo creo; la ilusión, como tú dices... Pero, en fin, ¿ha concluido todo?

—Completamente.

—Puesto que así es, querido Fabián, me propongo ayudarte. Háblame con franqueza. ¿Qué necesitas?

—¿Yo?

—Sí; tú tienes, tal vez, necesidad de arreglar una situación; de... creo que con media palabra basta para que me comprendas, ¿no es cierto?, de... comprar lo que yo llamaría el velo del olvido: ¿cuánto necesitas?

—Nada, mi tío.

—Piénsalo, Fabián. He traído fondos para ello.

—Se equivoca usted mi tío. El dinero no hace falta en este caso. Repito a usted que se trata de una joven honradísima.

—De una bribona, ¡qué diablo!, no sé decirlo de otro modo; ¡de una bribona!

—No, mi tío; le hablo a usted de la señorita Charnot.

—Es posible.

—Hija de un miembro del Instituto.

—¡Oh!

Mi tío se irguió y se detuvo.

—Sí, de la señorita Charnot a quien quería para casarme con ella, para hacerla mi mujer; ¿comprende usted?

Se apoyó contra la verja y se cruzó de brazos.

—¡Tu mujer! ¿Sin contar conmigo? ¡Tu mujer!... ¡para casarte!...

Sí, señor, ¿qué dice usted?



—¡Tu mujer!, ¡tu mujer! No llego a concebir la idea. Pasar aquí cosas tan graves y no saber yo nada! ¡Tu mujer! Es decir, que hoy hubieras podido anunciarme tu casamiento, si por ventura... En fin, ¿estás bien seguro de que se halle ya prometida?

—Larivé me lo ha dicho.

—¿Quién es Larivé?

—Un camarada.

—¡Ah! ¿No es más que por él por quien lo sabes?

—Por él únicamente; pero ¿cree usted, querido tío, que pueda judar aún, que haya sido objeto de alguna broma?

—No, no, yo no dudo. Debe de estar prometida, sí, muy prometida, y hasta estoy encantado de que así sea. No es en París donde los Mouillard toman esposa, Fabián: no es una parisiense la que necesitamos para perpetuar las tradiciones de la familia y del bufete. ¡Una parisiense! Me estremezo al pensar en ello... Fabián, mañana te vienes conmigo a Bourges, ¿no es así?

—No por cierto, mi tío.

—¿Por qué?

—Porque no puedo dejar a mis amigos sin despedirme de ellos, y porque necesito reflexionar antes de dedicar definitivamente mi vida al enjuiciamiento procesal civil.

—¡Reflexionar! ¿Qué necesitas reflexionar para aceptar un cargo hereditario que he destinado para ti desde tu infancia y para el cual has estudiado cinco años, un cargo que te he estado conservando yo, como si fueras hijo mío?

—¡Sí, querido tío!

—¡Quita allá! En Bourges se reflexiona lo mismo que aquí. ¡Lo que tú quieres es quedarte para volverla a ver!

—No.

—Para ir y venir como un alma en pena por el barrio en que habita. ¿Dónde vive?

—En la calle de la Universidad.

Mi tío sacó su libro de memorias y anotó en él:

Charnot, calle de la Universidad.

Luego su fisonomía recobró toda su serenidad: dibujó en sus labios una sonrisa cuyo sentido había adivinado yo en las vistas de la Audiencia de Bourges, y que quería decir: «El asunto está a punto de terminarse satisfactoriamente. Tengo cuanto necesito para ello».

Mi tío se limitó a decir sencillamente, al mismo tiempo que metía el lápiz en su estuche y se guardaba el libro de notas en el bolsillo:

—Desbarras esta noche, Fabián. Volveremos a hablar de eso. Cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez: son muy cómodas esas idas y venidas. No me marcharé hasta mañana por la noche, y tú vendrás conmigo, hijo mío, te respondo de ello.

El señor Mouillard no habló ya sino de cosas indiferentes en el corto trayecto que recorrimos desde la calle de Soufflot hasta la parada de el ómnibus del Odeón. Al llegar a ella me estrechó la mano y saltó con ligereza al interior del primer coche. Una señora vestida de negro, con el velito echado sobre una nariz pequeña e impertinente, recogió con viveza los pliegues del vestido extendido por el asiento, al ver a mi tío entrar como una bomba y tomar sitio a su lado. Este, que notó la acción y que temió haber sido impolítico, se inclinó hacia ella y le dijo con amabilidad:

—Esté usted tranquila, señora. No voy hasta los Batignolles; me detengo en los bulevares. Unos minutos de molestia únicamente, señora, unos minutos.

Tuve tiempo de observar que la dama después de dirigir a su vecino la mirada más olímpica de que pudo disponer, se volvió y fijó su mirada obstinadamente en las correas de la techumbre. Cayó la cadena de la lanza; chifló el conductor; los tres caballos, amartillando el pavimento con sus cascos, se debatieron un instante entre haces de chispas, y el inmenso vehículo se alejó por la calle de Vaugirard, conduciendo a mi tío con sus proyectos.

10 de mayo.

Es una cosa terrible ser sobrino del señor Mouillard. Es innegable que yo sabía lo testarudo que era y la astucia y la audacia que tenía; pero estaba ajeno de sospechar en él semejantes intenciones cuando se separó de mí.

Mi negativa a seguirle y mi petición de un respiro, de una tregua, antes de encargarme de su bufete, le han exasperado, le han encolerizado. Ha jurado que me llevará consigo por fas o por nefas. Ha hecho, en su interior, un nuevo cálculo: Mouillard contra Mouillard, y he lo ya en campaña, es decir, desenfrenado, salvaje, sin corazón y sin remordimientos.

«Ya sabía cuanto quería saber. No había preferido romper. Estamos en mala inteligencia para toda la vida. Acabo de acompañarle hasta la meseta de la escalera.

Había venido hace un cuarto de hora, fiero y hasta bravucón, como lo es con sus compañeros cuando ha descubierto alguna nulidad en sus actos.

—Y bien, sobrino.

—Y bien, mi tío.

—Hay novedades.

—¿Sí?...

El señor Mouillard dejó el sombrero sobre la mesa, descargando sobre él, furioso, un manotazo.

—Sí, ya conoces mi sistema: cuando una cosa no me parece muy clara...

—Se echa usted sobre ella como un tapir.

—Justamente: pocas veces me resulta mal. Tu asunto no me pareció claro. ¿Esa señorita Charnot estaba prometida, no lo estaba? ¿Hasta qué punto había permitido que la arrullases? Tú no me lo habrías dicho nunca exactamente y yo no lo habría sabido jamás. He seguido, pues, mi sistema: he ido a ver a su padre.

—¿Usted ha hecho eso?

—Como lo oyes.

—¿Ha ido usted a ver al señor Charnot?

Sí, a la calle de la Universidad: ¿no era eso lo más sencillo? No me disgustaba, por otra parte, ver de cerca a un miembro del Instituto. Y debo confesarle que ha estado conmigo muy atento, sin demostrar la menor altivez.

—¿Y usted le ha dicho?

—Ante todo, le he dicho mi nombre: Bruto Mouillard. Ha reflexionado un poco, no mucho rato; en seguida se ha acordado de ti, un joven tímido, licenciado en letras, que usa monóculo.

—¿Esas fueron todas mis señas personales?

—Sí. Se acordaba de haberte visto en la Biblioteca Nacional, y una vez en su casa. Yo le dije:

—Es sobrino mío, señor Charnot.

—Lo celebro mucho por usted, señor. Parece un joven de provecho.

—Seguramente; pero tiene el corazón inflamable.

—A su edad, caballero, ¿quién no ha tenido su incendio?

»Ese fué el comienzo. Tu señor Charnot es muy agudo. Yo no quise irle en zaga y repliquéle: «Caballero, es que el fuego ha prendido en casa de usted».

Le entró un miedo de mil diablos y miró a su alrededor. Yo me eché a reír. Después conversamos. Le dije que te habías enamorado de su hija, sin consentimiento mío, pero que me sentía honrado por tu elección; que me lo habían revelado tus cartas y el olvido inculcable de tus deberes para con la familia, y que había venido desde Bourges con el fin de aclarar la situación.

Luego me callé y esperé a que hablase. Hay momentos en que conviene dejar hablar a las personas. Yo no podía decirle a boca de jarro: «Caballero, deseo saber si su hija está realmente prometida».

Me comprendes, ¿no es cierto? El, creyendo probablemente que yo iba a pedirle a su hija, se pasó una mano por la frente y repuso:

«Caballero, el paso dado por usted me honra mucho, y lo tomaría en seria consideración si mi hija no estuviese en este momento solicitada por el hijo de un amigo mío, de un discípulo. Usted comprenderá, caballero, que esta situación no me permite acoger unas indicaciones que, en otras circunstancias, hubiesen sido objeto de más maduro examen».

«Ya sabía cuanto quería saber. No había preferido romper. Estamos en mala inteligencia para toda la vida. Acabo de acompañarle hasta la meseta de la escalera.»

Había venido hace un cuarto de hora, fiero y hasta bravucón, como lo es con sus compañeros cuando ha descubierto alguna nulidad en sus actos.

—Y bien, sobrino.

—Y bien, mi tío.

—Hay novedades.

—¿Sí?...

El señor Mouillard dejó el sombrero sobre la mesa, descargando sobre él, furioso, un manotazo.

—Sí, ya conoces mi sistema: cuando una cosa no me parece muy clara...

—Se echa usted sobre ella como un tapir.

—Justamente: pocas veces me resulta mal. Tu asunto no me pareció claro. ¿Esa señorita Charnot estaba prometida, no lo estaba? ¿Hasta qué punto había permitido que la arrullases? Tú no me lo habrías dicho nunca exactamente y yo no lo habría sabido jamás. He seguido, pues, mi sistema: he ido a ver a su padre.

—¿Usted ha hecho eso?

—Como lo oyes.

—¿Ha ido usted a ver al señor Charnot?

arriesgado nada. No le oculté, a fe que yo, personalmente, prefería pa-
 una provinciana a la parisiense
 encantadora, y que los Mouillard,
 padres a hijos, solían casarse en Bour-
 Comprendió perfectamente lo que
 dije, y nos separamos siendo los me-
 amigos del mundo. Ahora, sobrino
 tenemos una seguridad: la señorita
 Charnot va a casarse con otro. Sólo
 resta acompañarte en el sentimiento
 hacer que esta noche regreses conmigo
 Bourges. Llegaremos allí mañana por
 mañana, y yo te garantizo que te rei-
 muy pronto de tus fantasías pari-
 sesas; ¡vaya si te reírás!»

Había escuchado a mi tío sin inte-
 mpirle: la cólera, el estupor y la cos-
 mbre de respetar al señor Mouillard
 hababan juntamente en mi espíritu. Tu-
 que apelar a toda mi energía para
 verle contestar con aparente calma:

Querido tío: anoche no estaba aún
 dido: ahora ya lo estoy.

¿Vienes conmigo?

Me quedo. Lo que acaba usted de ha-
 mi tío..., yo no sé si se ha dado
 exacta de ello, es una cosa tan
 creible, que yo no puedo admitirla,
 nos coloca a uno del otro a dos-
 cientos kilómetros de vía férrea, y para

empre: ¿entiende usted bien? Usted se
 permitido revelar un secreto que no
 suyo; un amor que, no teniendo pro-
 babilidades de ser aceptado, tenía el de-
 de no salir a la superficie, de ro-
 ponerse a semejante humillación. Us-

ha ido a casa del señor Charnot sin
 preguntarse si llevaría cierta perturba-
 a ella, sin preguntarse tampoco si
 procedimientos, muy en uso tal

entre la gente de negocios, podían
 de mi agrado. Tal vez piense usted
 mismo. No ha hecho usted más que
 ar una prueba ya empezada, a sa-
 que no comprendemos la vida del

mo modo, y que es mejor, así para
 como para mí, que yo siga vivien-
 en París y usted siga morando en
 Bourges.

¡Ah! ¿Conque lo tomas así, sobrino?
 niegas, me amenazas?

—Sí.

—Reflexiónalo bien antes de dejarme
 ir solo. Tú sabes con lo que cuentas:
 cuatrocientos francos de renta al
 año. ¡La miseria en París!

—Sí.

—Pues bien. No olvidés lo que voy a
 decirte. Te he guardado por espacio de
 muchos años mi bufete, es decir, una
 posición labrada, honrosa, lucrativa. Pe-
 me he cansado, al fin, de tus melindres
 de tus desdenes. Si dentro de quince

días no has fijado tu residencia en Bour-
 ges, antes de tres semanas el bufete
 Mouillard habrá cambiado de nombre.

—Mi tío me miraba resoplando de emo-
 ción, esperando verme doblegado por la
 amenaza.

De momento nada le contesté. Después,
 meditando a un pensamiento que me
 acudía desde el principio, dije:

—Un favor tengo que pedir a usted,
 señor Mouillard.

—Un mayor plazo, ¿no es eso? ¿Tiem-
 po para reflexionar y para seguir en-
 señándome? No, no, mil veces no; ya
 tengo bastante: quince días, ni uno más.

—No, señor; no es un plazo lo que
 pido.

—Tanto mejor, porque te lo negaría.
 ¿Qué, pues, deseas?

—Señor Mouillard, supongo que Jua-
 no no habrá asistido a la entrevista,
 que nada habrá oído, que no habrá te-
 nido que ruborizarse...

—Mi tío se ha levantado de un salto;
 ha recogido de encima de la mesa sus
 papeles, los ha estrujado, los ha arro-
 jado, en un impulso de cólera, dentro



del sombrero; se ha calado éste, y con
 paso rápido y las piernas rígidas, ha
 tomado la puerta.

Le he seguido. No se ha dignado vol-
 ver el rostro. Nada ha contestado a mí:
 «¡Adiós mi tío!»

Únicamente, al llegar al sexto escalón,
 en el momento de desaparecer por la
 revuelta del tramo, se ha detenido un
 instante, ha levantado el bastón, ha da-
 do con él un fuerte golpe en el pasama-
 nos a riesgo de astillarlo, y ha prose-
 guido su descenso, echando un terrible
 voto.

20 de mayo.

Un voto ha determinado la separación
 del señor Mouillard y mía. ¡Así me he
 separado del último pariente que me res-
 ta! Hacé ya diez días. Cinco me quedan
 para reanudar el roto hilo de la tradición
 de los Mouillard y ser abogado. Nada
 me anuncia, por ahora, semejante con-
 versión. Al contrario, me siento aligerado
 de un gran peso, contento de ser libre,
 de no ser nada. Experimento la sensación
 de placer que debe experimentar el pró-
 fugo al transponer la frontera.

Quizá tenga yo aptitudes para seguir
 otro camino que el que se me ha obligado
 a tomar. He sido, desde infante, edu-
 cado en la veneración del bufete de Mou-
 illard, en la idea fija de que esta sola
 profesión era la que podía convenirme,
 especie de delfín curialesco, nacido pa-
 ra la curia, formado para ella, y sin te-
 ner idea, en mucho tiempo por lo menos,
 de que fuera posible substraerse a la tra-
 dición sagrada del formulario. He vuelto
 en mí. El Palacio de Justicia que he fre-

uentado, me ha parecido que está lleno
 de hombres aventajados que empequeñe-
 cen y utilizan el talento en el emorollo.
 Nada se gasta tan pronto como las nobles
 dotes, la generosidad, el entusiasmo, la
 sensibilidad, la emoción pronta y sincera:
 los negocios son a veces la causa de ello.
 Sólo quedan hábiles actores, que lo fin-
 gen todo, pero que apenas sienten. Y
 esa comedia que representan, no obstante
 ser solemne y espléndidamente pagada,
 me disgusta extraordinariamente.

Lamprón no es así. En él se han desarro-
 llado todas las noblezas nativas. Le en-
 vidio. Admiro su desinterés, su amplio
 conocimiento del mundo, su fe en el
 bien a pesar del mal, su creencia en la
 poesía a pesar de la prosa, esa potencia
 de impresión y de ilusión que nada dis-
 minuye y que, en el torbellino en que
 los hombres envejecen de espíritu antes
 de envejecer de cuerpo, lo mantiene tan
 joven y tan niño. Me parece que yo ha-
 bría sentido verdadera vocación por su
 arte, o por las letras, o por cualquier
 otra cosa que no sea los procedimientos
 jurídicos.

Veremos. Por el momento tomo un ba-
 ño de lo desconocido, de disponibilidad
 universal, de libertad completa, y esto
 me place.

Nada le he ocultado a Lamprón. Su
 amistad se felicita, bien lo veo, de una
 resolución que me retiene en París, pero
 su razón protesta de ella.

—Rehusar es fácil — me ha dicho, —
 pero compensar lo es menos. ¿Qué vas
 a hacer?

—No lo sé.

—Querido amigo, me parece que te
 lanzas en plena aventura. A los dieciseis
 años eso podrá ser lícito, pero a los vein-
 ticuatro es una falta.

—Tanto peor si la cometo. Si es preci-
 so vivir con poco, ¡qué diantre!, tú has
 pasado por ello y yo haré lo que tú.

—Ciertamente, he pasado por la penu-
 ria y aún sufro algunos accesos de ella.
 como se sufren los de una antigua fie-
 bre aguda que no abandona del todo al
 que la padece; pero es muy duro, lo sé
 por experiencia, carecer de lo necesario;
 en cuanto a lo superfluo...

—Sí, es aquello de que nadie se priva.

—¡Niño incorregible! — me ha dicho
 riendo.

Después se ha callado.

El silencio de Lamprón es el único
 argumento que lucha en mi espíritu en
 favor del bufete de Bruto Mouillard. No
 es fácil adivinar de qué parte soplará
 el viento.

5 de junio.

La suerte está ya echada: no seré
 abogado. La tradición de los Mouillard
 se ha roto definitivamente, Silvestre ha
 sido definitivamente vencido, y yo me

encuentro definitivamente libre... e in-
 cierto respecto a lo por venir.

He escrito a mi tío, para confirmarle
 mis resoluciones, una carta mesurada,
 política y clara. No me ha contestado,
 ni yo esperaba contestación.

En cambio, yo esperaba alguno de esos
 ligeros disgustos, alguna de esas nubeci-
 llas que envuelven espontáneamente nues-
 tras más firmes voluntades. Nada de eso
 ha sucedido.

Pero el procedimiento judicial se ha
 vengado. Abandonado en Bourges, me ha
 asaltado temporalmente en París. He
 comprendido que me es imposible vivir
 con mil cuatrocientos francos de renta.
 Los amigos a quienes he preguntado, dis-
 cretamente y sin decirles para quién,
 acerca de los medios de hacerse con
 dinero, me han dado diversas contesta-
 ciones. He aquí la nota casi completa
 de las mismas:

«Si tu amigo tiene talento, que escriba
 un libro».

«Si no le tiene, que se ocupe diaria-
 mente diez horas en redactar cédulas
 para el catálogo de la Biblioteca nacio-
 nal».

«Si es ambicioso, que negocie en vi-
 nos».

«No; que comercie en trajes: los som-
 breros se dan».

«Muy feo y con poca voz, que entre
 de corista en la Opera».

«Taquígrafo del Senado, he aquí el
 sosiego».

«Conferenciante de inglés, he aquí el
 porvenir».

«Que se haga telefonista».

«¿Quiere ganar dinero? Aconséjale, an-
 te todo, que no lo pierda».

El más sensato de todos, que adivinó
 quién era el protegido por el cual me in-
 teresaba, me ha dicho:

«¿Has sido primer pasante? Vuélvelo a
 ser».

Y como el cargo se hallara precisamen-
 te vacante, he vuelto a casa de mi an-
 tigo jefe y he ocupado de nuevo mi
 mesa y mi sillón de pasante principal
 entre la sala común de los pasantes
 y el despacho con mampara del señor
 Boule. Reviso los escritos de los pasantes
 inferiores; recibo a los clientes y les in-
 formo del estado de sus asuntos: algunos
 me toman con frecuencia por el mismo
 señor Boule; voy al Palacio de Justicia
 casi diariamente a tomar notas en las
 escribanías y relatorías y asisto al teatro
 una vez por semana con los billetes gra-
 tuitos del bufete.

¿Es esto una profesión? No, es un
 expediente que me permite vivir y espe-
 rar. Algunas veces me figuro que estaré
 esperando siempre lo que nunca llegará;
 que lo provisional pudiera muy bien ser
 definitivo.

Hay en el bufete un pasante viejo que
 no ha tenido otra carrera y cuya figura
 me parece así como un presagio: rostro
 encendido, sin duda por la influencia
 de la estufa; cabellos blancos entera-
 mente lisos; cuando se le habla parece
 un carnero espantado, dulce, asombrado,
 ligeramente aturdido. Su flaca espalda
 está combada en el nacimiento del cue-
 llo. Apoya una en otra sus manos para
 que no tiemblen. Su rúbrica es fruto de
 largo estudio. Puede permanecer seis ho-
 ras sentado sin levantarse. Mientras nos-
 otros almorzamos en el restaurant, él
 devora en el despacho las provisiones
 que todas las mañanas lleva envueltas
 en un papel, y el domingo, para des-
 cansar, sale de pesca, substituyendo la
 pluma con la caña, y el tintero de al-
 godones con la cajeta de lombrices.

Ambos tenemos ya un punto de se-
 mejanza. El viejo pasante tuvo unos amo-
 res desgraciados con una florista, la se-
 ñorita Elodia. Me ha contado aquel úni-

co drama de su vida. Antes me parecían tontos y pueriles esos amores de treinta años atrás: hoy comprendo al señor Jupille y siento como él. Se me ha hecho simpático. No le hago dejar su silla, próxima a la estufa, para pedirle datos: voy yo a buscármelos. Los domingos le veo en los muelles del Sena, entre el sinnúmero de aficionados a la captura de albures. Le reconozco en seguida por tener la costumbre de sentarse sobre su pañuelo. Me acerco a él y hablamos.

—¿Cómo va la pesca, señor Jupille?

—No quiere picar.

—Cada vez hay menos peces, ¿no es eso?

—¡Ah, señor Mouillard, si usted hubiese conocido esto hace treinta años!

Aquella fecha surge siempre a propósito de todo. ¿No tenemos cada uno la nuestra, algunos meses, algunos días, una hora quizá de felicidad, que la mitad de nuestra vida ha estado preparando y que nos sirve en la otra media de recuerdo?

6 de junio.

—Señor Mouillard, una demanda de citación a breve plazo en un asunto nuevo.

—Traiga usted.

«Al señor presidente del Tribunal civil del Sena, Antonio Plumet, constructor de marcos para cuadros, domiciliado en París, calle de Hautefeuille, número 27, representado por el abogado señor Boule, tiene la honra de exponer...»

Se trata de una cuenta no pagada; el asunto más trivial del mundo.

—¿Señor Massinot?

—Servidor.

—¿Quién ha traído esta demanda?

—Una señora bajita y muy guapa, en ocasión en que usted había salido.

—Señor Massinot, guapa o no, guárdese usted de hacer apreciaciones acerca de los clientes.

—No he tenido intención de molestarle, señor Mouillard.

—No me he molestado; pero repito que no corresponde a usted calificar a los clientes. En los procedimientos jurídicos no se admiten epítetos, esto es todo. ¿Volverá esa señora?

—Sí, señor.

Efectivamente, la señora Plumet, muy peinadita, enguantada y vestida a la moda, volvió al bufete. Cruzó la sala de los pasantes, que están siempre de humor, algo intimidada. Luego, con los ojos bajos y guiada por Massinot, que no levantaba del suelo los suyos, llegó a mi despacho. Cerré la puerta. Entonces me reconoció.

—¡Ah! ¡Qué felicidad, señor Mouillard!

Me tendió la mano tan franca, tan gentilmente, que, al alargarle la mía, comprendí, en la presión enérgica y expresiva de aquella mano, que la señora Plumet estaba realmente contenta. Con sus rosadas mejillas y sus ojos vivos, se parecía a la primera imagen que retenía de ella, a la modistilla que entró en el bufete, a su salidad le taller, con el alma llena de amor hacia Plumet y de agravios hacia el ebanista.

—¿Cómo! ¿Ha vuelto usted a entrar en casa del señor Boule? ¡Si lo hubiese yo sabido!

—Tampoco lo sabía yo, señora Plumet, ni lo esperaba. Cosas de la vida. ¿Y qué tal Pedrito, progresa?

—¡Pobre chiquitín! Algo menos desde que ha dejado de mamar. He tenido que destetarlo, señor Mouillard, porque he vuelto a mi antiguo oficio.

—¿Modista?

—Sí, pero ahora por mi cuenta. He alquilado la habitación contigua a la nuestra, en la misma meseta. Plumet

construye marcos y yo hago vestidos. Ya tengo tres operarias y la clientela suficiente para empezar. No llevo demasiado caro: como usted comprende, al principio... Por cierto que una de mis primeras parroquianas ha sido una señorita muy amable... a quien usted conoce... No le hablé de usted, pero no por falta de ganas. A propósito, señor Mouillard, realizaron bien el encargo?

—¿Qué encargo?

—Aquel referente al retrato expuesto en el Salón.

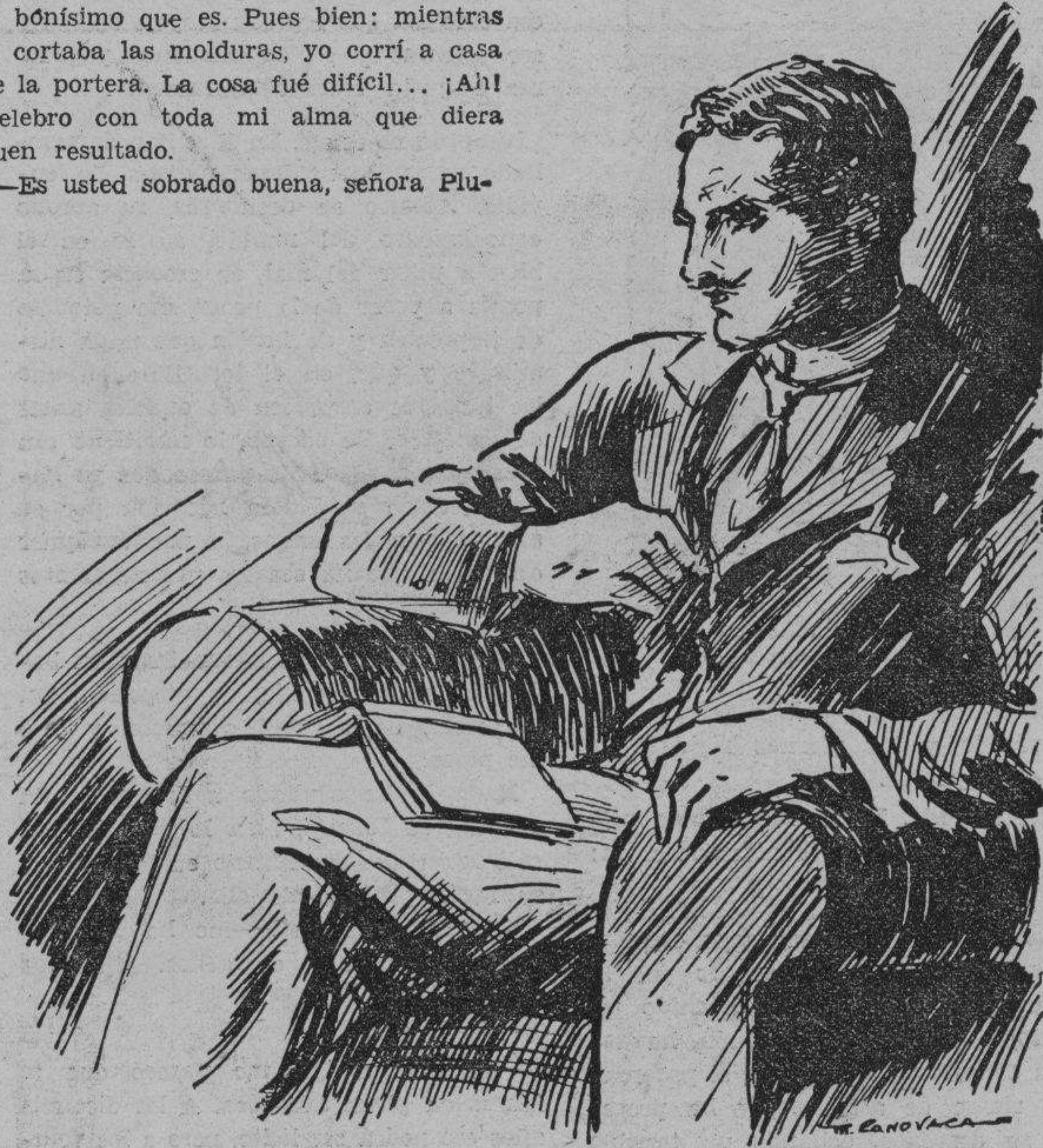
—¡Ah! Sí, muy bien, y le doy a usted gracias.

—¿Fué ella a verlo?

—Sí con su padre.

—¡Debió quedar contenta! ¡Es tan lindo aquel dibujo! Plumet, que casi no habla, no se cansaba de elogiarlo. Le advierto a usted que ni él ni yo nos disgustamos. El puso algunos reparos antes de aceptar: ¡estaba el pobre tan atareado! Pero cuando vió el interés que yo tenía, no pudo dejar de complacerme. No es la primera vez que esto sucede. Es muy bueno Plumet, señor Mouillard. Cuanto usted más le conozca, más verá lo bonísimo que es. Pues bien: mientras él cortaba las molduras, yo corrí a casa de la portera. La cosa fué difícil... ¡Ah! Celebro con toda mi alma que diera buen resultado.

—Es usted sobrado buena, señora Plu-



met; pero aquello ya ha concluido: Juana se casa con otro.

—¿Con otro? ¡No es posible!

Creí que la señora Plumet se iba a poner mala. Estoy seguro de que, si le hubiesen dicho que su hijo Pedro tenía el garrotillo, no se hubiera afligido tanto. Su pecho se agitaba con violencia. Juntó las manos y me miró con piedad lastimosa:

—¡Pobre señor Mouillard!

Dos lágrimas, dos lágrimas verdaderas, rodaron a lo largo de las mejillas de la señora Plumet. Yo hubiese querido recogerlas: son las únicas que criatura humana ha vertido por mí desde la muerte de mi madre.

Me fué preciso referírsele todo, decirselo todo, hasta el nombre de mi rival. Cuando supo que éste era el barón Duffleul, su indignación no tuvo límites. Dijo que el barón era un ser abominable; que sabía de él tales cosas —¿le conocería solamente?— que no era posible que aquel matrimonio se celebrase; que no se celebraría; que Plumet sería con seguridad de su misma opinión...

—Señora Plumet —le dije,— nos hemos alejado mucho del asunto que aquí la ha traído. Hablemos de sus cosas. Las mías son muy tristes y nada puede usted hacer en ellas.

Se levantó nerviosa, con los ojos encendidos, casi ofendida.

—¿Mis cosas?... Dejémoslas por hoy. No tengo la cabeza para tratar de asuntos míos. Lo que acaba usted de decirme me ha causado muchísima pena. ¡Otro día, señor Mouillard, otro día!

Y se marchó con aire misterioso y dándome un apretón de manos que quería decir: ¡Cuenta usted conmigo!

¡Pobre mujer!

En el tren, 10 de junio.

Hemos dejado atrás las fortificaciones. Casas pintadas de los suburbios, fábricas, tabernas, ruinas siniestras en los terrenos baldíos, todo ello no es ya más que una serie de puntos brillantes que van quedando a rezaga. El tren corre a toda velocidad. Los campos, verdes o do-

mación que hay que hacer en Milán, de una comprobación de actas referentes al estado civil y de algunos otros instrumentos invocados por un pretensor hereditario italiano con el fin de establecer sus derechos a una crecida herencia. ¿Recuerda usted el asunto de Zampini contra Veldón y consortes?

—Perfectamente.

—Pues los títulos de Zampini son los que debe usted confrontar con los originales, en unión de un empleado de los Archivos nacionales y de un traductor intérprete. Puede usted ir por Suiza o por Corniche, como le plazca. Cuenta usted con seiscientos francos para los gastos, y, por mi parte, con quince días de vacaciones. ¿Le conviene?

—Desde luego.

—Pues haga usted la maleta, y en marcha. El 18 por la mañana ha de encontrarse usted en Milán.

Me faltó tiempo para anunciar la nueva a Lamprón, muy sorprendido, y algo emocionado al nombre de Italia, y heme en camino, mecido por el rápido de Lyon, sin el menor sentimiento por haber dejado París. Mi corazón me precede, hacia Suiza, en donde entraré mañana. He elegido ese camino verde para trasladarme al país azul.

Hasta el último instante he temido que surgiera algún obstáculo, que la mala sombra que me persigue me detuviese, y estoy admirado de que haya podido partir. En poco estuvo que me escapase el tren, es verdad, y suerte tuve de que el caballo del coche número 7.382 era un antiguo premio de Longchamp para poder recuperar el tiempo perdido por culpa del señor Plumet.

El señor Boule, una hora antes de partir, me envió a una diligencia para asuntos del bufete. Al regresar, en el momento en que atravesaba la plaza de la Opera en el carruaje sobredicho, oí una voz que me llamaba:

—¡Señor Mouillard!

Miro a la derecha, me vuelvo a la izquierda, y allí, en un burladero, veo al constructor de marcos que apelaba al gesto y a la voz con objeto de llamar mi atención. Ordené al cochero que parase. Una sonrisa de satisfacción brilló en el semblante de Plumet. Se dispuso a bajar del burladero. Yo, por mi parte, abrí la portezuela; pero pasa otro coche, y su caballo me hace retroceder al interior del mío dándome con el morro. Abro de nuevo, y pasa otro, y luego un tercero; por último, dos filas apretadas de vehículos me separan del señor Plumet, que no sé qué me dice a gritos. El ruido de las ruedas y el de la multitud me impiden oírle. Yo telegrafíe mi desesperación a Plumet. Este se empina sobre la punta de los pies. No por ello le entiendo mejor.

¡Cinco minutos perdidos! Imposible esperar más tiempo. Y después, ¿quién sabe? Quizá no sea más que un obstáculo que allí me acecha bajo la apariencia de un rostro amigo. Me horroriza tal pensamiento y grito:

—¡Cochero, a la estación de Lyon, lo más directamente posible!

El cochero ha cumplido fielmente. Hemos llegado cuando el tren, ya formado, iba a partir: yo he sido el último en tomar billete.

Supongo que Plumet ya habrá podido abandonar el burladero.

En viaje.

Ginebra.—A mi llegada, vigilando los

CONTINUA EN LA
PAGINA 11

EL LOCOARRIL POR FONTAINE FOX

¡A LOS DIABLOS!

NICOMEDES, EL
TERRIBLE.



«¿DE MODO QUE ESTOS LIRIOS HAN SIDO PLANTADOS POR UD. MISMO?»

«¡SI NO FUERA POR LOS ENDIABLADOS LIRIOS PODRÍA HACER NAVEGAR MI BOTE!»

«¡PUES EN VERDAD LE DIGO QUE VD. TIENE EL MEJOR ESTANQUE DE LIRIOS DE ESTOS ALREDEDORES!»

¡NICOMEDES!
¡DETÉNTE!

«LOS SACARÉ TODOS.
¡NO QUEDA OTRO REMEDIO!»

¡JORGE!
¡JOOOORGEE!
¡NO TE TREVAS
A TOCAR A NICOMEDES!
¡JORGE!

«¡SIEMPRE DEDICADO A ESAS FLORES TAN IDIOTAS!»

«¡VETE PARA CASA, QUE YO LE DARÉ UNA BUENA REPRIMENDA!»

«¡TODO EL TRABAJO QUE PUSE EN ESOS LIRIOS SE HA PERDIDO!»

¡AAAAH!

«¡OH, DIOS MÍO, NICOMEDES SE HA CAÍDO EN EL ESTANQUE!»

ENTRE el público cinemático prevalece la idea de que basta con ser una mujer bella para que en seguida se tenga porvenir en el lienzo. Los publicistas de Hollywood han explotado tanto el argumento de la hermosura, que ya casi lo han convertido en un mito difícil de contradecir. De todos los países del mundo vienen a la capital del celuloide, año tras año, cientos de mujeres que poseen la perfección física necesaria para ser modelos de escultores o pintores célebres, pero nunca logran conseguir el contrato y los millones de dólares con que soñaron. En cierta ocasión conocimos a una señora hispanoamericana que se presentó en esta ciudad con una chiquilla de ocho años. Nos topamos con la enérgica matrona a la puerta de los estudios Twentieth Century-Fox, en el momento en que íbamos, con un hambre de esas que no perdonan ceremonias, a un almuerzo que se ofrecía a los periodistas. Imagínese el lector mi premura y mis temores en tan crítica situación.

—Oígame, señor, ¿tiene usted la bondad...?

—¿En qué puedo servirle, señora?

—Pues mire usted, somos mexicanas... Altamira se llama la chica... ¿No es verdad que se parece a Shirley Temple?

—¿Qué primorosa niña!—respondí.

—¿En qué puedo servirles, por favor?

—Aquí está la oficina de un señor Zano, ¿verdad?

—¿Zano?—pregunté sintiéndome ya enfermo.

—Sí, Zano, ¡el patrón de la compañía!

—Ya comprendo, Mister Zanuck. Darryl Zanuck, señora.

—¿Podría usted presentarnos? Venimos de lejos y, a la verdad, la nena tiene muchas aptitudes. Lo que si que Marujita no pudo venir hoy, pero lo hará mañana. ¿Ha oído usted hablar de Marujita Tirinela? Yo soy su madre, Josefina Tirinela para servirle.

La entrada constante de colegas me estaba helando la sangre en las vanas. Nada hay más peligroso que un periodista de almuerzo, digo, un almuerzo de periodistas. Sonó un campanazo y salté como un epiléptico.

—¿Señora, perdone usted, pero debo irme!

—¿Pero no nos presenta a mister Zano?

Determiné entrar de cualquier modo.

—Oiga, portero,—dije—es mi señora... digo, mi madre... y mi hija... otra Shirley Temple...

El portero nos miraba como si fuéramos genios. Hasta nos hizo una leve inclinación de cabeza... Allí seguí con la señora Tirinela y con Altamirita, la hermana de Marujita, que quería conocer a mister Zano...

YO NO sé lo que pasó después. Se la aflojé al primer "ayudante" que se me atravesó en el camino, y le endilgué una sarta de mentiras sobre la familia Tirinela. El se las llevó y yo me dirigí—corriendo, por supuesto!—al comedor de los periodistas, que a esa hora ya era como decir una cena de las fieras.

Sin apenas respirar, pude acomodarme en una silla, y cuando recobré el decoro vi a mi lado a dos hermosas muchachas. Poco a poco nos hicimos "buenos vecinos" y empezamos a hablar. Yo insistí en hablar de ellas, y noté que les interesó el tópico. Ambas eran modelos, traídas para llenar el expediente con los muchachos de la prensa. Al extremo de la larga mesa, estaba mister Zanuck, pero yo no quise mirar mucho hacia él por si acaso la señora Tirinela había logrado colarse a su lado, cosa nada extraña en Hollywood.

Una de mis amigas, llamada Bessy, me preguntó cómo podría ver al jefe de la Twentieth Century-Fox. Le contesté que en los periódicos publicaban a menudo su retrato. Hacía seis meses que andaba por allí y nunca pudo acercársele. La mandaban llamar cada cuatro o cinco semanas y le daban tres, cuatro días de trabajo, a 15 dólares al día. Pero querían ser artistas, como Marujita Tirinela. ¡Y también tenían mamá, las muy traviesas! Lo que si que a sus mamás les habían prohibido terminantemente entrar en los estudios...

Al principio no querían creerme lo que les dije. Ni mister Zanuck ni ningún otro productor está interesado en mujeres bonitas. Lo que buscan es actrices, porque las buenas no abundan. Cuando interesan caras y cuerpos bellos los ven en las carátulas de las revistas y en los anuncios comerciales. Es más fácil llegar a Hollywood sirviendo de modelo para un anuncio de jabón que haciendo el viaje. A la mejor, a un magnate del cine le gusta la expresión de angustia, de alegría, de satisfacción, de cólera, de un rostro que ve en fotografía, y eso basta. Desde luego que la mayoría de las



MODELOS y Actrices

POR SAM LUKAS



No basta tener una cara bella o un cuerpo encantador para llegar a estrella... hace falta otra cosa: nacer actriz. S. Lukas

muchachas que son llamadas acaban por no servir para nada. No porque se sea modelo se sabe trabajar de actriz.

Mucho se ha escrito sobre la carrera de modelos de artistas famosas: Greta Garbo, Norma Shearer, Dorothy Lamour, Jean Arthur, Marlene Dietrich. La verdad es que estas mujeres trabajaron bien poco como modelos. Las modelos no saben ser dramáticas. Se pasan la vida en "poses" serenas, cultivando la elegancia fría del salón de exhibiciones, sirviendo de maniqués a los maestros de la costura. La única de este grupo que tuvo una larga experiencia como modelo fué Jean Arthur, y su éxito en Hollywood no hay que atribuirlo en absoluto al físico, sino a la persistencia y a la labor árdua que realizó para prepararse y alcanzar el triunfo.

A MAS destacada de estas modelos, que ha logrado el éxito, es Lucille Ball, que se consagró como una excelente comedianta haciendo un papel secundario en la película "Entre Bastidores" de la RKO-Radio. Pero Miss Ball hacía mucho tiempo que estaba dedicándose a perfeccionar sus aptitudes para el lienzo, de modo que no podemos atribuir su victoria al hecho de que fuera antes modelo.

—Desde los ocho años,—me contó una vez la bella Lucille—sólo soñé con el cine. Siempre tomaba parte en las obras que se representaban en la escuela. Estudié en el Instituto Musical de Chautauqua, en un teatro de Cleveland y en una escuela dramática de Nueva York. A los dos años de lucha, perdí las esperanzas. Intenté meterme a corista de Ziegfield, pero en vano. Y retorné a mi casa, disgustada.

Cuando volvió a Nueva York a trabajar con Earl Carroll, éste no tardó en despedirla. Albertina Rash también la despidió. Abandonó entonces el teatro y se colocó de modelo—de 9 a 5—con pago al contado. Por las noches estudiaba fotografía comercial.

Entonces—prosiguió Lucille—conseguí un contrato de modelo para anuncios de cigarrillos. A la semana, me mandó a buscar Samuel Goldwyn para uno de sus números de gran espectáculo. Pasé diez y ocho meses con la compañía de Goldwyn. Luego me fui con la Columbia y con RKO-Radio. Las modelos bonitas que vienen aquí, no trabajarían como trabajé yo en mis primeros años. Creen que se lo merecen todo por su linda cara y su bello cuerpo. Prefieren—o pretenden—irse a los cabarets más

Injosos todas las noches, en vez de dedicarse a aprender cómo conducirse en una escena.

LA HISTORIA de las modelos famosas que han venido a Hollywood no es muy impresionante. Tomemos como ejemplo a las maniqués profesionales que Walter Wanger importó de Nueva York para la cinta "Bogas de 1938".

Ninguna de estas bellezas inmóviles consiguió contrato. Tres regresaron a Nueva York inmediatamente. Mary Oakes se casó con el escritor Frank Cavett, de la Metro. Ruth Martin se marchó a Reno, a divorciarse de su marido modelo, Elton Lord.

Las demás permatelacionaron merodeando por los estudios por unos meses... Phyllis Gilman y Betty Douglas fueron contratadas por Goldwyn para una sola película como coristas. Ida Vollmer y Noreen Carr entraron en la RKO-Radio, pero pronto perdieron sus colocaciones. Dorothy Day, que fué rebautizada con el nombre de Vicki Lester por Mervyn LeRoy, obtuvo trabajo con la RKO-Radio, e hizo el papel de la Centienta en "El Nacimiento de Una Estrella", pero fué luego despedida.

Veda Ann Borg y Susan Hayward son dos de las que no han logrado reanudar sus contratos en el cine. Se decía que la habían caído para darle el papel estelar de Scarlett en la versión cinematográfica de la sensacional novela "Gone with the Wind", para la cual se han mencionado a las primeras figuras del lienzo en los últimos dos años. En el momento en que redactamos este artículo nada se ha decidido sobre este papel, aunque se habla todavía de Tallulah Bankhead para interpretarlo. Tallulah es la hija del Presidente de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, una actriz de talento entre las jóvenes de la pantalla.

A Sandra Storm, traída de Inglaterra para el papel de la señorita Perfección en la cinta "Artistas y Modelos", no le permitieron ni siquiera mover un dedo en la obra. Lo único que hizo fué posar de modelo para unos artistas. Los peritos de Hollywood decidieron que la muchacha era bellísima, impecable, única, pero que no sabía ni papa de arte dramático.

Quiere Ser Feliz... ¡Ríase!

“CONSERVESE ágil, afectuoso y algo lunático.”
Este es el lema, consejo y filosofía de un anciano médico de Nueva York que desde su retiro de la vida profesional, ha dedicado los últimos años a una labor extraordinaria y hasta cierto punto única en su género. Se trata del doctor Addison W. Baird, que califica la extraña ocupación que ha llenado el tiempo de su retiro, como “consejero amistoso.”

Agil — Hay que mantenerse ágil con el ejercicio—dice el doctor.— Aunque tengo más de setenta años, conservo mi agilidad caminando cinco kilómetros diarios.

por Augusto Amador

También subo una vez al día los catorce pisos del hotel en que vivo. Los subo lentamente, pero los subo. Además, todas las noches hago un poco de gimnasia en mi cuarto que me ayuda a conservar mi agilidad.

Afectuoso — Me conservo afectuoso manteniendo vivo mi interés en la humanidad, en los hombres y en los niños; en los padres que exceden a tal punto su autoridad sobre los hijos que éstos acaban por abandonar la casa; en la muchacha que tiembla aterrada al estar a punto de amar a un hombre que es ma-

rído de otra mujer; en las esposas desilusionadas, en los maridos errantes, en las mujeres profesionales, cuyas vidas están enteramente vacías de todo interés que no sea el de su carrera. Todos vienen a mí a contarme sus cuitas, que yo escucho con simpatía, una simpatía que consiste en ponerse en el lugar de la otra persona y sentir todo lo que esta siente: sus tentaciones, sus deseos, sus debilidades. Es decir, comprender, y comprendiendo, proceder con tacto.

Lunático — Es el más alegre de estos tres ingredientes para animar la vida, y todo el mundo debiera tratar de conservarse saludablemente lunático. Si uno

vé que su más cara ilusión se destruye contra el suelo y se siente con habilidad para reír al recoger los pedazos, uno es saludablemente lunático. Si podemos reír alegremente cuando el destino nos abofetea, nos evitamos malos tragos que a nada nos conducen.

A diario, a todas horas, por correo y en persona, padres de familia ansiosos, maridos y esposas desesperados, jovencitas y matronas, jóvenes y hombres maduros, todos acuden al doctor Baird.

COMO el lector indudablemente se pregunta qué pudo llevar al doctor Baird a dedicarse a la difícil labor de guiar a los desdichados, dejemos que el mismo nos lo explique:

—En la plenitud de mi vida tenía la ambición de crear una gran obra filantrópica para los niños, pero enfermé gravemente y cuando me restablecí comprendí que mis fuerzas no me dejarían realizar el proyecto, aunque no por ello quería apartarme de los problemas que aquejan a la humanidad. En vista de esto me pregunté cuál sería la necesidad más apremiante de la gente y comprendí, por mi experiencia como médico de familias, que lo más necesario para todo el mundo era alguien a quien poder confiar sus penas, pues aunque un amigo se halle imposibilitado de dar un consejo, puede, sin embargo, prestar una ayuda inapreciable con solo escuchar pacientemente. Con esta idea publiqué un anuncio en una revista ofreciéndome como consejero y consultor añadiendo, naturalmente, que mis servicios serían gratis.

Las cartas y las visitas comenzaron al punto y así el doctor Baird ha pasado diez años aconsejando y animando a los desgraciados y en esta labor casi sin paralelo ha aprendido más sobre la humanidad que en toda su vida profesional.

Al preguntarle si tenía conclusiones especiales, distintas a las que se aplican generalmente, respondió sonriendo:

—He llegado a dos conclusiones especiales. Primera: si tuviera un específico para atraer a los jóvenes, un remedio seguro para curar los catarros y un sistema para disipar el miedo que aqueja a la humanidad, estoy seguro que haría tres grandes fortunas. Segundo: las mujeres tienen una sola preocupación: los hombres, y los hombres tienen una preocupación principal: las mujeres.

CON frecuencia, entre las innumerables personas de toda clase y condición que vienen en busca de los consejos del sabio doctor, se encuentran muchachas que esperan obtener su aprobación para relaciones maritales fuera del matrimonio, alegando en ocasiones que el joven no dispone de medios para efectuar un matrimonio formal y otras que pertenece ya a otra mujer.

Tal aprobación jamás la obtienen.

—No convengo en esto—responde— Soy un médico anciano y he conocido innumerables mujeres atravesando las peores crisis de su vida, pero nunca he visto que relaciones como éstas hayan terminado felizmente.

—¡Pero Ud. no tiene ideas modernas!—replican impacientes estas jóvenes— Doctor, esas relaciones han sido ya sometidas a prueba. Yo sé del caso de Alicia, de Elena, de Edna. Todas las han tenido y ahora están casadas y son felices.

—Los tiempos modernos no han podido cambiar la naturaleza humana—contesta el doctor—Mientras exista la humanidad todo joven querrá siempre casarse con una muchacha que, en su opinión sea la mejor; lo mismo que toda muchacha enamorada querrá siempre vivir una vida en la que no haya tachas que puedan interponerse más tarde en su dicha doméstica. Por más que Ud. diga que Alicia, Elena y Edna están casadas y son felices ¿qué sabe Ud. de los momentos de angustia que las tres pueden pasar? ¿Cómo sabe Ud. que no sientan remordimiento y que no tengan recuerdos dolorosos?

UN caso que se le presenta al doctor es el del marido de cuarenta años lleno de inquietud. A esa edad, y a juzgar por las experiencias del doctor Baird, los maridos y las mujeres se vuelven quisquillosos. Y por un “quitame allá esas pajas” le quieren plantear una demanda de divorcio a sus cónyuges. “Cuando esos hombres y esas mujeres vienen a mí—dice el doctor—yo les echo un sermón en el que les recuerdo todo el tiempo que han pasado juntos, cómo unidos le han hecho frente a la adversidad, y todo lo que deben a los hijos. Casi siempre logro reconciliarlos, y más tarde me lo agradecen y vienen juntos a darme las gracias.”



Para ser feliz hay que reír siempre, incluso cuando la intromisión de un ratero en nuestra casa pone en peligro nuestras vidas.

pedores de la estación, el más raro de los agentes de orden público en trá. de ópera cómica. En mi país nos ve obligados a protegerle contra los malos; aquí es él quien protege: esto quiere decir que he puesto el pie en tierra extranjera.

No puedo permanecer más que dos horas en esta ciudad. ¿Qué iré a ver? El tiempo siempre es hermoso, y hay tantos monumentos que no lo son! Vamos al extremo del lago, en donde el Ródano se une a él y se dirige a Francia. He ahí el Ródano, en Aviñón tan revuelto, y aquí tan transparente y tan profundo como un mar de mar. Se precipita en una sola cascada azul compacta entre un muelle y las casas erigidas sobre la opuesta orilla en pleno torrente.

Esta ola que corre me arrastra. Juntos con los de la ciudad y heme en medio de esas huertas en donde Töpffer niño, sorprendido por la noche, utilizó el miedo. Las grandes zanjas de agua proyectan aún su sombra sobre los campos de lechugas, por encima de los árboles. A lo lejos, ribazos poblados de árboles adonde la gente va los domingos en sus giras, lo mismo que a Verrières. Y el Ródano salta y serpentea y canturrea entre las guijas. Dos pescadores de barbas remontan a la sirga una canoa a cargo del ribazo.

Tal vez haya hecho yo mal en no escribir a saber lo que Plumet quería decirme. No es de los que gesticulan mucho con cosas de poca monta.

En el lago.—La embarcación se engolfa. La nebrera queda ya lejos. Ni un solo rizo de agua azul, completamente azul, a la izquierda popa. Hacia proa la vista se pierden en una niebla lechosa. Un barquito, con sus velas cruzadas que el sol bordea, se aproxima en el lago. A la derecha los montes de Saboya, esmaltados de bosques, veíanse por nubes que pasean sus sombras sobre los desmoronamientos de los declives, hacen un hermoso contraste. Y miro con dulce sonrisa del Lemán al pie de aquellas abruptas montañas.

En el recodo que forma la orilla hacia el lado de Mauricio en Valais azótanos el viento, el viento huracanado. El lago se convierde en mar. Al primer cabeceo de la embarcación se siente mal una inglesa, que finalmente languidamente la vista en el Chillón, las antiguas torres son batidas por la espuma. Su marido no deja por eso de consultar la guía y de asestar los gemelos.

En diligencia.—Atraveso el Simplón a la salida del sol, rodeado de ventisqueros blancos. Vamos rotando por la vertiente italiana. ¡Oh! ¡Cómo esperaba yo la aparición de Italia! Apenas la diligencia ha apretado sus frenos y puesto al trote a los caballos por la pendiente, he descubierto nuevos aspectos en todas las cosas. El cielo me ha parecido más azul. He sentido ver de repente el polvo de los larices en las hojas de los abetos, a unos mil metros, en el aire virgen de las montañas, y poco ha faltado para que tomara el chirrido de mi inseguro asiento por el canto meridional de la primera cigarra.

Baveno.—Nadie se engañará: ese dueño de hotel, afeitado, obsequioso, sutilmente farsante, es un napolitano. Permanece, sobre el mosaico de su peristilo, a disposición de los viajeros que deseen obtener datos acerca del lago Mayor, la enumeración de sus bellezas, el programa, en fin, de aquel sitio.

Isola Bella, isola Madre: sí, es limpio, encantado, bonito, nos cautiva; pero no es verdad. Esas palmeras están descentradas; esas plantas tropicales tienen el aire de figurantes. Devolvedles su patria, y precedme al lago Lemán sencillo y grande como es.

Menaggio.—Tras el azul del lago Mayor,

tras el lago de Lugano siempre verde, el lago de Como de color azul de rey, con paisajes luminosos, con riberas cubiertas de olivos, de ruinas romanas y de quintas modernas. Nunca me ha parecido tan sutil el aire. Aquí solamente he dicho: «Moraría de buena gana». Hasta elegí mi casa, semioculta entre los macizos de granados, de verdes encinas, de limoneros, sobre una casi isla cuyas orillas besa el agua con ligero estremecimiento y desde la que resulta divina la visión de las aguas, de los bosques, de las montañas y del cielo.

Un ruiseñor canta, y no puedo menos de pensar que sus congéneres mueren aquí con mucha frecuencia. Sí, los poéticos segadores celebrados por la litografía son pajareros feroces. En las épocas de la emigración cogen por millares a estos viajeros fatigados, con lazos, con liga y con redes: sólo en el lago Mayor se cogen sesenta mil. No nos quedan, para alegrar nuestras noches de estío, más que los que nos dejan.

Quizá hayan matado ya al ruiseñor del jardín de los Carmelitas. Pienso en ello indignado. Luego veo mi habitación de la calle de Rennes; a la señora Menín, que desempolva displicentemente mis dormidos muebles; a Lamprón que trabaja; a su madre haciendo media; al viejo pasante, amodorrado a consecuen-



cia del calor, que retira la caña creyendo que el pez ha picado; a la señora Plumet en medio de su coro de aprendizas, y a Plumet, cuyo resoplido impetuoso ahuyenta de las molduras de un marco recién reparado el polvo de oro que el apresto no ha fijado en él.

Plumet está caviloso. Le pesa un secreto. Seguramente que estuve desacertado al no detenerme unos minutos más en la plaza de la Opera.

Milán.—Heme ya en Milán, la vieja ciudad pensadora y activa, término de mi viaje y cuna del honorable Porfirio Zampini, presunto falsario. La comprobación no empieza hasta pasado mañana. Me he aprovechado de ello para visitar lo principal de la ciudad.

En Milán hay cuatro cosas que ver cuando uno es músico, y tres cuando no es tal: el Domo o catedral; Los desposorios de la Virgen, de Rafael; La Cena, de Leonardo, y, según las aficiones, una representación de ópera en la Scala.

He empezado por el Domo, y al salir de él fué cuando recibí la noticia que aún me tiene turbado.

Una confesión ante todo. Cuando subía,

ahogándome de calor, a la techumbre marmórea de la catedral, esperaba verme maravillado a tal extremo, que he sufrido una decepción. ¡La sorpresa es parte tan principal en nuestras admiraciones! Ni aquel derroche de mármoles, ni las filigranas ni los chapiteles de aquella masa enorme, ni el prodigioso número de estatuas, ni la apariencia de moscas que tenían desde aquella altura los transeuntes por la plaza del Domo, ni la campiña inmensa y llana que rodea a la ciudad en su desmesurado recinto, despertaron en mí el entusiasmo que se despierta a veces por mucho menos. No, me entusiasmé con otra cosa: con un detalle inadvertido por los guías, según creo.

Había descendido ya y vagaba por entre la columnata de la extensa nave, cuando me encontré debajo de la cúpula. Alcé los ojos y la esplendidez del día me obligó a cerrarlos. El sol, pasando a través de los amarillos vidrios de las ventanas allá en lo más alto, ceñía con una corona de llamas la prodigiosa bóveda y se esparcía por los muros interiores en reflejos que descendían, amortiguándose, hasta bañar el pavimento con sus últimos resplandores: alba extraña, región espléndida hacia la cual suben la plegaria y los cánticos sagrados para remontarse luego al infinito.

Salí de allí quebrantado por la fatiga y ebrio de resplandores lumínicos, y apenas entré en mi cuarto del quinto piso del albergo dell' Agnello, cogí el sueño en cuanto me dejé caer en la silla poltrona.

Haría una hora, o poco menos, que dormía, cuando me pareció que una voz murmuraba junto a mí:

—¡Ilustre signore!

No me desperté. La misma voz repitió con dulce siseo:

—¡Illustrissimo signore!

El oído humano es extraordinariamente sensible a los superlativos: al escuchar aquél, me desperté:

—¿Qué hay,

—Una carta para vuesañoría. Como es urgente, he creído que podía permitirme despertar a vuesañoría.

—Ha hecho usted bien, Tomás.

—Ocho sueldos, si no le es molesto, que he pagado por la carta.

—Tenga usted diez: quédese el sobrante. Se retiró llamándome señor conde: todo por dos sueldos. ¡Oh Italia de Bruto!

La carta era de Lamprón, que se había olvidado de franquearla.

«Mi querido amigo: La señora Plumet, a la que no creo que hayas dado ningún encargo en tal sentido, se está ocupando actualmente en tus asuntos. Es en mí un deber prevenirte, porque creo que la señora Plumet tiene mucho corazón, pero poco talento, y he pensado mucho en las dificultades que puede crearte el celo inconsiderado de un amigo y, sobre todo, el de una amiga.

«Temo alguna grave indiscreción, y he aquí el motivo.

«El señor Plumet vino a verme ayer tarde. Se atusaba furiosamente la perilla, y yo, que le conozco hace ya mucho tiempo, sé que aquello es una manera de testimoniar que el mundo marcha oblicuamente. Me costó mucho trabajo arrancarle, a fuerza de preguntas y sólo por mitad, lo que tenía que decirme. Lo único que tuvo por conveniente manifestarme fué su turbación por tener en la señora Plumet una mujer difícil de razonar y de calmarse.

«Parece que ella ha vuelto a su antiguo oficio de modista, y que una de sus primeras parroquianas —¡Dios sabe el camino!— ha sido la señorita Juana Charnot.

«Ahora bien: el lunes, la señorita Charnot elegía un sombrero. Estaba alegre como el día, y su modista sombría como la noche.

—«¿Tiene usted enfermo a su hijo, señora Plumet?

—«No, señorita.

—«¿Como está usted tan triste!...

«Entonces, y según las palabras de su marido, la señora Plumet se animó extraordinariamente, y mirando con fijeza a su linda parroquiana, la dijo:

—«Señorita, ¿por qué se casa usted?

—«¡Qué graciosa pregunta! Porque estoy en edad de casarme; porque he sido pedida, porque todas las jóvenes se casan, a menos que quieran meterse en un convento o tengan que quedarse para vestir imágenes. Ahora bien, señora Plumet, ni yo tengo vocación religiosa, ni he supuesto nunca que me quedara para vestir imágenes. ¿A qué viene esa pregunta?

—«Señorita, es que en el matrimonio la mujer puede ser feliz, pero también puede ser desgraciada.

La señora Plumet, no pudiéndose contener, rompió a llorar después de soltado ese bello aforismo.

«La señorita Juana, que empezó por reírse, quedóse luego estupefacta y acabó por mostrarse inquieta.

«Por dignidad no osó preguntar nada, y la señora Plumet nada añadió por timidez. Pasado mañana, para ultimar lo del sombrero, han de verse nuevamente.

«Aquí se embrolla la historia. Nada más he comprendido.

«Evidentemente, algo más hay. El señor Plumet no habría abandonado su taller sólo para decirme que su mujer tenía la lengua un poco larga: tampoco habría sido tanta su emoción. Pero ya conoces a ese diablo de hombre: cuantas veces conviene que se explique, otras tantas pierde las pocas facultades oratorias que Dios le ha dado y se hace menos que mudo: incomprensible. Me ha farfullado algunas frases incoherentes:

—«Eso puede ser pasado mañana... Usted ya comprenderá lo difícil del asunto... ¡Truenos y rayos! En fin, también puede no ocurrir nada... ¡Ah, señor Lamprón, es necesario que las mujeres tengan flujo de hablar.

»Y el señor Plumet se ha marchado.

«Te confieso, amigo mío, que no siento deseos de inmiscuirme en semejantes comadrerías, ni de ir a pedir a la señora Plumet la explicación que no ha podido darme su marido. Espero. Si algo ocurre pasado mañana, seguramente que vendrán a decírmelo y te lo escribiré.

«Mi madre me encarga, que te salude. Te recomienda que te abrigues por las noches. «Los crepúsculos, dice, son el invierno de los países cálidos».

«Mi pobre madre se halla desde hace dos días fatigosa. Hoy ha guardado cama. Espero que no pasará de un resfriado.

»Te abraza

Silvestre LAMPRÓN.

Milán, 28 de junio.

La información ha empezado esta mañana: nunca hubiera creído que tuviésemos que examinar tantos ni tan extensos documentos. La primera sesión se ha invertido casi por completo en clasificaciones, rúbricas y escaramuzas de todas clases en rededor de este cuerpo de ejército.

Operamos, mis colegas y yo, en una sala del palacio municipal del Marino, inmensa, abandonada, y que, según creo, hace las veces de guardamuebles. Nuestros sillones de cuero y la mesa en que están ordenados los documentos del proceso ocupan el centro. A lo largo de las paredes muchos cofres, nidos de legajos y de ratones, algunos cuadros puestos del revés, escudos de madera partidos, jirones de banderas, arcos de triunfo de cartón desmontados y retorcidos: triste aparato de pasadas fiestas.

Asisten a la información, además de los tres franceses: un pequeño juez italiano de rostro canijo, arrugado como una manzana en el mes de abril, y cuyos párpados parecen llevar la constante amenaza del sueño; un escribano reluciente de gordo, con traje, cabellos y rostro de una jovialidad contenida, soñando voluptuosamente en los sorbetes que chupará con una pajuela en cuanto termine la sesión y desaparezca el horrible trasgo de invasión francesa que se agita en medio de la sala; y en fin, otro ser difícil de determinar, empleado, supongo, en un archivo cualquiera, simple manipulante aquí. Este me parece estar muy interesado en favor del señor Porfirio Zampini, porque en varias ocasiones, cuando su ministerio le obligaba a traernos algunas piezas, susurraba a mi oído:

—¡Si supiera usted, ilustrísimo señor, la clase de hombre que es Zampini, el noble corazón que posee, cuán perfecto caballero!

Conviene fijarse en que el perfecto caballero es vendedor de macarrones y con sospechas vehementes de haber querido jugar con la justicia francesa.

Bajo el calor sofocante que entra por las ventanas, por las puertas y hasta por las mismas piedras de las paredes que el sol tuesta, ha sido necesario escuchar momenciatras, y leer y compulsar... Los moscardones—su especie es feroz,—nacidos por millares en los artesones de aquella ardiente estufa, volaban zumbando sobre nuestros cráneos sudorosos. Su zumbido dominaba a intervalos, cuando la voz del escribano, debilitada y disminuyendo de volumen, amagaba extinguirse en los primeros ronquidos del sueño. Entonces el pequeño juez golpeaba la mesa con su raspador, y aquel ruido seco volvía a lanzar al lector en su vasta carrera. Mi colega de los archivos no daba muestra alguna de cansancio. Inmóvil, atento, clasificando las menores piezas en su memoria de erudito, ni siquiera sentía que los moscardones se posaban sobre las venas de sus manos, las picaban, las chupaban, y emprendían de nuevo el vuelo pesadamente, con el vientre enrojecido.

Yo estaba en ascuas en ambos sentidos, en el propio y en el figurado. En el momento de entrar en la sala, el archivero me había entregado una carta que, mientras me desayuné en otra parte, había llegado para mí al hotel: una carta de Lamprón, abultada y de gran tamaño. Evidentemente había ocurrido algo grave. Quizá se había pronunciado ya la palabra que debía decidir mi destino: ¡estaba allí y yo la ignoraba! Varias veces traté de registrar, en el bolsillo interior de mi americana, aquella pieza, mucho más interesante para mí que las del proceso Zampini. Hubiese querido rasgar discretamente el sobre, y leer, por lo menos,

las primeras líneas. Un instante me habría bastado para adivinar el sentido de sus largas confidencias. Pero cada vez que lo intentaba, las pupilas del juez, girando en la estrecha cuenca de sus ojos, se fijaban en mí, y aquello paralizaba mis movimientos. No, ¡fuera imprudencias! No quiero que este italiano, obsesivo y falso, tome pretexto de ello para probar que los franceses, ya de reputación tan ligera, son gentes sin conciencia, incapaces de cumplir las comisiones que se les confían...

Mas he aquí que de pronto se vuelve de espaldas y se pone a clasificar con el archivero un nuevo legajo. Es una ocasión inesperada. Rasgo el sobre, desdoble la carta, ¡ocho páginas!, y empiezo a leer:

«Querido amigo: A pesar de la inquietud en que me tiene el estado de mi madre; no obstante los cuidados que exige su enfermedad, declarada ya hoy pulmonía, voy a relatarte los gravísimos sucesos acaecidos en la calle de Hautefeuille...»

—Perdone usted, señor Mou-li-ard—dijo el pequeño juez, volviéndose a medias hacia donde yo estaba.—¿Tendría usted por casualidad en la mano la pieza número 27 que nos falta?

—De ninguna manera; es una carta personal.

—¡Ah! ¿Una carta personal? Le pido a usted mil perdones por haberle interrumpido.

Sonríe imperceptiblemente, cierra los párpados en señal de compasión por tanta frivolidad, y después, satisfecho, vuélvese, en tanto que los otros miembros de la expedición Zampini me miran con curiosidad.

La carta era importante. A fe mía, tanto peor: sigo leyendo:

«Trataré de reconstituir la escena según los datos minuciosos que he recogido.

«Son las diez menos cuarto de la mañana. Alguien llama a la puerta del señor Plumet. La puerta de enfrente se entreabre y la señora Plumet mira. Se retira vivamente turbada: «el corazón le salta en el pecho», según dice, porque el plan por ella urdido va a realizarse o a fracasar, toda vez que se ha empeñado la partida. El que llega es su enemigo, tu rival, el señor Dufilleul.

«Este nada sospecha: entra erguido, arrogante, con sus guantes amarillos y con su perro de aguas pegado a los pantalones.

—¿Está montado el retrato, señor Plumet?

—Sí, señor barón.

—Veámosle.

«Yo he visto ese retrato: una cabeza del novel barón, en miniatura, pintada al óleo, sin duda y con seguridad por poquísimo precio, por alguna iluminadora de fotografías. Está destinado a la señorita Tígra, de los Bufos. Es delicado Dufilleul, ¿no es verdad? Mientras que la inocente Juana sueña con las frases de amor que él se ha atrevido a dirigirle y tiene su corazón esclavo de la misma idea, de la misma imagen, él se ingenia para perpetuar el recuerdo de otros amores.

«Queda satisfecho del rico y trabajador marco de Plumet.

—Bien, muy bien. ¿Cuánto vale?

—Ciento veinte francos.

—¿Seis luises? Me parece caro.

—Es el precio que llevo por esa clase de trabajos señor barón, y hay gran prisa y afán por adquirirlos.

—En fin; por una vez, pase; no tengo la costumbre de haber poner marco a los cuadros, no me gustan.

«Dufilleul se mira y se remira en aquella detestable copia que sostiene en su mano derecha, mientras busca con la

izquierda su portamonedas.

«Plumet no pierde su aire digno, pero se muestra descontento e inquieto. Quisiera de buena gana que su parroquiano se hubiese marchado ya.

«El roce de un vestido en la escalera. Palidece; mira por la puerta entreabierta, hacia la que el perro de aguas alarga el hocico y se adelanta presuroso a cerrarla.

«Es ya demasiado tarde.

«Alguien la ha empujado silenciosamente; desde el umbral, en traje de mañana, la señorita Juana, contempla, con su mirada límpida y su sonrisa aún más dulce, a Plumet, que retrocede asustado, y a Dufilleul, que nada ha visto.

—¡Ah, caballero, le cojo a usted de sorpresa!

«Dufilleul se sobresalta y con involuntario movimiento oprime el retrato contra su chaleco.

—Señorita!.. ¡Ah!, verdaderamente, señorita, ¿usted venía?..

—A casa de la señora Plumet. ¿Le parece a usted mal?

—No, ciertamente..., incontestablemente...

—E indubitablemente, ¿no es eso? ¡Ja, ja, ja! ¡Por poca cosa se desconcierta usted! Vamos, repóngase. No hay motivo para que usted tiemble. Subía yo la escalera; Black Pearl asomó el hocico; adiviné que no estab solo; dejé a mi doncella en la habitación de la señora Plumet, y, en vez de entrar por la izquierda, entré por la derecha. ¿No lo encuentra usted gracioso?

—Desde luego, señorita.

—Solamente que soy muy curiosa y desearía ver lo que usted oculta contra el chaleco.

—Un retrato.

—Démelo usted.

—Con mucho gusto; desgraciadamente es el mío.

—¿Por qué «desgraciadamente»? Al contrario, está usted favorecido, su nariz parece más reducida. ¿No es así, señor Plumet?

—¿A usted le parece bien?

—Sí.

—¿Y el marco?

—Muy lindo.

—Entonces se lo regalo a usted.

—¿No era, pues, para mí?

—Sí, es decir..., no, no lo era... Hablando francamente: es un regalo de boda, un recuerdo... ¿No encuentra usted eso muy natural?

—Indudablemente; pero supongo que no tendrá usted inconveniente en decirme a quién iba destinado.

—¿Sabe usted que ya no me parece curiosidad, sino indiscreción, lo que pretende?

—¡Ah! ¡Pues me gusta!

—Ciertamente.

—Puesto que de tanto misterio rodea usted el retrato, ruego al señor Plumet que me lo aclare. Señor Plumet, a quién iba destinado?

«Plumet, pálido, da vueltas entre sus manos a su gorra de taller, como chiquillo cogido en falta.

—Señorita, yo..., yo no soy más que un pobre encuadrador...

—«Corriente; en ese caso, me dirigiré a la señora Plumet, que debe saberlo y que no tendrá inconveniente en decírmelo.

«La señora Plumet, que debía estar escuchando el diálogo entablado en la habitación de su esposo, acababa de entrar, efectivamente, temblando como una hoja y decidida a todo.

—«No haga usted nada, señorita, se lo ruego—exclamó Dufilleul—. Aquí no hay misterio alguno; sólo he querido impacientarla a usted. Ese retrato va destinado

a un amigo mío que vive en Fontainebleau

—¿Y se llama?

—«Gonín, notario.

—«¡Gracias a Dios! ¡Habían puesto ustedes, los dos, una cara tan extraña!... Otra vez diga usted las cosas en seguida y con toda ingenuidad, cuando no tenga razón alguna para callarlas. ¿Me lo promete usted?

—«Se lo prometo.

—«Pues hagamos las paces.

—Juana tendió su mano a Dufilleul, pero antes de que éste pudiera cogerla.

—«Permitame usted, señorita—dijo la señora Plumet—. No quiero que en mi casa la engañen a usted de esa manera. Señorita, lo que le han dicho no es verdad.

—¿Qué es lo que no es verdad, señora?

—«Que ese retrato sea para el señor Gonín ni para nadie de Fontainebleau.

«La señorita Charnot se irguió ante aquella confesión.

—¿Para quién es, pues?

—«Para una actriz.

—«¡Tenga cuidado, señora!

—«Para la señorita Triga, de los Bufos.

—«¡Eso es una infamia! —exclamó Dufilleul.—Pruébelo usted, señora, pruébelo usted.

—«Fíjese usted en el reverso—repuso tranquilamente la señora Plumet.

«Juana, que no ha soltado la miniatura, le da la vuelta, lee, pónese lívida, y la devuelve a su prometido.

—«¿Qué ocurre, pues? —dijo Dufilleul, inclinándose.

«En el reverso se leía: «Remitido por el señor barón de F... a la señorita T..., nulevar Haussmann. Para enviarlo el jueves».

—«Fíjese usted, señorita, en que esa letra no es mía. La invención es abominable Señor Plumet, yo ruego a usted que desautorice a su señora. Lo que ha escrito ahí es mentira: dígalo usted, dígalo usted.

«Plumet oculta el rostro entre las manos y no responde.

—«¡Cómo, Plumet! ¡Se calla usted!

«La señorita Charnot había tomado la puerta.

—«¿Qué hace usted señorita? No se vaya. ¡Bien ve usted que mienten!

«Juana estaba ya en el centro de la meseta. Dufilleul se acercó a ella, deteniéndola por la mano.

—«Juana, Juana, no se vaya usted.

—«Déjeme usted, caballero.

—«No; escúcheme usted. Lo que acaba de pasar aquí es una inconcebible burla. Le juro a usted que...

«En aquel momento una voz aguda asciendo por el ojo de la escalera:

—«¡Eh, Jorge!, ¿acabas pronto?

«Dufilleul, perdiendo súbitamente su presencia de ánimo, suelta la mano de la señorita Charnot.

«La joven se asoma a la escalera y ve abajo, al pie de ella, a una mujer con la cabeza echada atrás, la boca aún entreabierta y mirando hacia arriba. Sus miradas se encontraron. Juana retiró rápidamente la suya.

«Luego, dirigiéndose a la señora Plumet, que permanecía inmóvil y como pasmada junto a la pared:

—«Ahora, señora—dijo—vamos a elegir mi sombrero.

«Y cerró tras sí la puerta de la habitación de la modista.

«He ahí, amigo mío, la narración exacta de lo que ha pasado en la calle de Hautefeuille. Lo he sabido por boca de la señora Plumet, que no cabía en sí de gozo al contarme el éxito de sus planes y cómo su blanca mano había guiado la de la casualidad. Como adivinarás, el encuentro de Juana con su prometido, que tanto temía al señor Plumet, había sido

combinado por ella sin que lo supiese nadie. La fatal inscripción era asimismo obra suya.

«No necesito añadir que la señorita Charnot, abatida por aquella escena, tuvo un momento de debilidad nerviosa.

«Por lo demás, no tardó nada en repónerse y en recobrar su continente firme y digno, lo que parece demostrar una naturaleza enérgica.

«Pero no es eso lo que de momento interesa.

«A mi juicio, el casamiento queda definitivamente roto, y dada la forma de la ruptura, dudo mucho que se llegue a una reconciliación. He aquí lo que me parece haberse conseguido: la señorita Juana Charnot no se llamará nunca la señora Duffilleul.

«No exageres, sobre todo, las probabi-

«Tu amigo,

«Silvestre LAMPRON.

«P. S.—En el momento de cerrar esta carta recibo un billete de la señora Plumet en que me advierte que el señor Charnot y su hija han salido de París. ¿Adónde van? Lo ignora».

La lectura de esta carta me había absorbido por completo: al releer algunos párrafos, la profunda turbación que en mí produjo, y que tardó en disiparse, me tuvo sin conciencia alguna de lo que pasaba en torno mío un lapso de tiempo difícil de precisar, embebido totalmente en mi pasado y en mi porvenir.

El empleado italiano, rozándome con el codo a su paso, me volvió a la realidad. Colocaba el último legajo en los anchos cajones de la mesa. Habíamos quedado so-

«Escuche usted, caballero: conozco que es usted un verdadero sabio, un hombre a quien la gloria sólo puede tentar. Yo podría proporcionar a vuesañoría bellos manuscritos italianos, latinos, alemanes, ¡manuscritos inéditos, señor ilustre!

—¡Y robados también—le dije empujándole.

Salió y en la plaza contigua, fraternalmente sentados a la misma mesa, bajo el toldo de un café, vi a mi colega francés y al juez italiano. Junto a ellos, en otra mesa, el escribano sorbía algo con el auxilio de una pajuela. Y todos me vieron llegar sonrientes, acariciado por el sol, que todavía abrasaba.

Milán, 25 de Junio.

Hoy ha terminado nuestra misión. Zampini es un simple falsario. En presencia de pruebas irrecusables, ha confesado que había querido «dar un bromazo» a los herederos en Francia, presentándose como heredero, siendo así que le faltaban dos grados de parentesco para tener aquella condición.

Nosotros le hemos demostrado que semejante «bromazo» tenía la calificación de maniobra fraudulenta y le exponían por lo menos a pagar las costas del pleito. Se convenció de ello con la mayor facilidad del mundo. Se me figura que es de todo punto insolvente. Le pagará al portero de estrados en macarrones y al abogado en palabrería.

Mis colegas el archivero y el intérprete saldrán de Milán pasado mañana. Les acompañaré.

Milán, 26 de junio.

Acabo de recibir la tercera carta de Silvestre.

La desgracia persigue a mi buen amigo; su madre, la excelente señora Lam-

prón, ha muerto. Al saber la noticia, he sufrido una emoción punzante, yo que tan poco, tan demasiado poco he conocido y tratado a mujer tan admirable; yo que no era su hijo ni su pariente, que no he hecho más que pasar por el horizonte de su corazón, en ese límite restringido donde ella esparcía los tesoros de su experiencia y de su ternura. ¡Cuánto debe sufrir él que es su hijo!

«Oh, amigo mío, de qué dulzuras del deber me veo privado! Quiero, por lo menos, cumplir fielmente su último voluntad. De ella voy a hablarte:

«Sabes que mi madre vió siempre con disgusto que yo conservara en mi casa el retrato de la que fué mi primera y mi única pasión. Hubiera deseado que mis ojos no recordaran con tanta frecuencia a mi corazón aquella imagen de mis antiguos dolores. Yo resistí siempre. En su lecho de muerte, me ha pedido que ceda ese retrato a los que desde hace tiempo debieran poseerlo.

«Mientras yo he podido consolarte del dolor que la vista de ese retrato te causaba—me dijo—no he insistido vivamente en ello, pero en breve te encontrarás solo y no tendrás a nadie que te conforte cuando decaiga tu ánimo. Ellos te han suplicado desde allá muchas veces que les cedas el cuadro. Ha llegado la ocasión de que les complazcas.

«Se lo prometí».

«Y ahora, amigo mío, ayúdame tú a cumplir mi promesa. No quiero escribir: temblaría mi mano o temblaría la suya cuando me leyeran.

Ve a verles.

«Viven a cinco leguas de Milán, en el camino de Monza, de la parte de allá de esta ciudad, cerca del pueblo de Desio. La quinta se denomina del nombre de sus dueños: «Dannegiati». Antiguamente la cremía una línea de álamos y sus bosques eran famosos por su frondosidad. Haz que le pasen a la vieja castellana tu tarjeta y la mía, te recibirá. Entonces con los miramientos que creas necesarios, anuenciales que obedeciendo al deseo expresado por la madre de Silvestre Lamprón, en su lecho de muerte, el retrato de Rafaela será cedido en perpetuidad a la quinta Dannegiati. Cedido, ¿entiendes bien?

«Puedes también anunciar el envío. Acabo de convenirlo con el señor Plumet, y él se encargará del embalaje. Es hombre entendido como tú sabes. Mañana quedará todo listo, y mi casa enteramente vacía.

«Mi refugio será el trabajo y cuento un poco contigo para dulcificar los rigores de este consuelo.

Silvestre LAMPRON

En cuanto recibí la carta de Lamprón, serían las diez de la mañana, fui inmediatamente a ver al dueño del albergue dell-Aguello.

—Me podrá usted proporcionar un coche para ir a Desio ¿no es verdad?

—¡Ah! ¿Quiere vuesañoría ir a Desio en coche? Hace bien. Eso es más pintoresco que un viaje en ferrocarril. Desio, más allá de Monza de Monza, señor, es una de nuestras perlas. Vera usted allí...

—Sí,—le dije recitando mi Baedeker con la misma seguridad que él—la Villa Real y la corona férrea de los emperadores de Occidente.

—Eso mismo caballero, y la Catedral edificada...

—Por Teodolina, reina de los lombardos en 595 y reconstruida en el siglo XVI, sí, estoy enterado. Lo que únicamente le pregunto a usted es si puede proporcionarme un buen carruaje.



los. Mis colegas se habían retirado y la primera sesión había dado fin sin mí a presencia mía. No debían estar lejos. Algo confuso por mi distracción, tomo el sombrero con el propósito de alcanzarles y de sincerarme. El pequeño empleado me detuvo por una manga, y refiriéndose con una sonrisa indefinible a la carta que yo guardaba en mi cartera:

—¿E d'una donna?—dijo.

—¿Qué le importa a usted?

—¡Oh, sí! Las cartas de los hombres se leen más de prisa, y, ¡per Bacco!, ha empleado usted mucho tiempo en leer ésa. ¡Ah, le donne, illustre signore, le donne!

—¡Déjeme usted en paz!

Y me dirigí hacia la puerta. Pero él, ágil y gesticulando, se colocó delante de mí con las cejas enarcanadas y un dedo puesto en los labios.

«En todo caso, te aconsejo que no vengas, porque te creo capaz de todas las barbaridades, aun de las más tontas. Permanece ahí, reflexiona y espera.

«Mi madre y yo estamos pasando por una prueba atroz. Ella sigue enferma, muy enferma. Yo preferiría para mí su padecimiento a la inquietud que me inspira.

—Uno inmejorable. A las tres y media de la tarde, cuando ya haya cedido algo el calor, vueseñoría lo encontrará dispuesto. Podrá llegar a Desio antes de ponerse el sol y estar aquí de regreso para la cena.

Efectivamente, a la hora indicada me avisaron. El dueño del hotel cumplió puntualmente su palabra, porque los caballos atravesaron a Milán a trote largo y al mismo paso recorrieron el camino de Como, a través de las fértiles y llanas campiñas llamadas el jardín de Italia.

A la hora y media, sin más parada que unos minutos en Monza, el cochero detuvo los caballos delante de la primera casa, una posada de Desio.

La posada, de pobre apariencia, estaba situada en la esquina formada por la calle Mayor y por un camino que iba a perderse en el campo. Delante, algunos plátanos, recortados convenientemente, formaban una bóveda sombría. Sondas parras enlazaban en ellos sus vástagos. El sol caldeaba los pámpanos y los pesados racimos que pendían por varios sitios. Las ventanas estaban cerradas y en aquella atmósfera, saturada de calor y de luz, y entre el zumbido de las moscas, la casa parecía dormida.

—Entre usted y se despertarán—me dijo el cochero, que había adivinado mi pensamiento.

Después, sin esperar respuesta, y como hombre conocedor del lugar, hizo seguir a los caballos el camino para buscar la caballeriza.

Entré: todo un mundo de abejas y de avispones se arremolinó bajo los plátanos. Una gallina blanca, asustada, escapó cacareando, de su nido de polvo. Nadie se dejó ver. Abrí la puerta: tampoco asomó nadie: dos habitaciones a derecha e izquierda de un corredor, una escalera de madera al fondo. La casa, bien cerrada, estaba a oscuras y fresca. Mientras desde el umbral acostumbraba mi vista a aquella semioscuridad, oí ruido de voces a mi derecha:

—Tan pintoresco como tú quieras, pero el viaje ha fracasado. Estas gentes son verdaderamente salvajes; ni recomendaciones ni títulos, creo poderlo decir, ni reputación sirven aquí de nada.

—Falta que hayan leído tus cartas.

—Aún sería peor eso: ¡negarse a leer las cartas que se les dirigen! No, no lo creo: no les disculpes más.

—Dicen que han sufrido muchos disgustos en su vida, y eso, papá, les disculpa un poco.

—No, hija, no hay excusas para la ocultación de semejante tesoro científico. No reconozco en ningún señor italiano, así sea huérfano desde la edad de seis meses y tres veces viudo, el derecho de sustraer a las investigaciones de los sabios una colección de monedas romanas como no existe otra, y otra colección muy presentable de lo que nosotros llamamos propiamente medallones y medallas. ¿Ignoras que este feroz patricio posee los ocho tipos de medallas de la familia Atilia?

—¿De veras?

—Con toda seguridad; y los treinta y siete de la familia Cassia, ciento diez y ocho de los ciento veintiuno de la familia Cornelia, los once de la Farsuleia, los doce de la Numitoria, Pompeya, Escrubonia,

todos ellos en perfecto estado, como si salieran del cuño, y después, piezas capitales rarísimas; el Marco Antonio con su hijo en el reverso; Teodora sosteniendo el globo, y, sobre todo, Annia Faustina en oro con deliógabalo en el reverso. Joya incomparable de la que no se encuentra en el mundo sino otro ejemplar falsificado, una maravilla por cuyo examen daría yo un día, sí, hija mía, un día entero de mi existencia.

¡Tal conversación, en francés, en aquella habitación de posada! Me asalta un presentimiento. Me acerco despacito a la puerta de la derecha.

En la sombra de la estancia, atravesada únicamente por algunas hebras de luz que se introducen por las rendijas de las ventanas, se halla sentada una joven



con el codo apoyado en una tosca mesa de madera blanca, la cabeza inclinada, melancólica y resignada; su sombrero cuelga, encima de ella, de un clavo fijo en la pared. Separado por la anchura de la mesa, echado en una silla y apoyado contra el enyesado muro, está su padre, con los ojos clavados en el techo, los brazos cruzados y la cara enrojecida, en la que se descubre el más violento despecho. Entre, y se levantan ambos: Juana primero, después del señor Charnot. Su sorpresa es extremada.

No lo es menor la mía.

De pie los tres, nos miramos durante un minuto, haciéndose cargo cada uno de su sorpresa y de la que ha producido en los demás. El señor Charnot es el primero en romper el silencio. No parece muy satisfecho de mi presencia, y, volviéndose hacia su hija, que se ha puesto muy encarnada y algo sobre sí, le dice:

—Ponte el sombrero, Juana; ya es hora de que nos vayamos a la estación.

Después, dirigiéndose a mí:

—Vamos a dejarle a usted el sitio libre, caballero, y puesto que la más extraordinaria casualidad—y subrayó estas pala-

bras le trae a usted a este pueblo endemontado, le deseo a usted que le vaya bien caballero, muy bien.

—¿Hace mucho que está usted aquí,—le pregunté.

—Dos horas caballero, dos horas mortales en el cuarto de esta posada, bloqueados por el sol y por el fastidio, asesinados lentamente por las moscas, exasperado contra las costumbres inhospitalarias de este rincón de provincia lombarda.

—Efectivamente, el posadero es invisible, y su invisibilidad ha sido la causa de que entrara yo aquí, sin pensar que iba a tener el honor de encontrar a usted.

—No es de él de quien me quejo, no, por Dios. Está durmiendo allá en su gran-

—En ese caso, deshaga usted el camino hecho.

—¿Por qué?

—Porque allí no dejan entrar a nadie.

—Traigo una tarjeta de presentación.

Yo traía dos, caballero, amén de mi título, que supone algo y que me ha abierto las puertas de más de un museo extranjero. Se me ha despedido, ¿lo entiende usted?, el conserje de esa insolente casa me ha despedido. ¿Cree usted tener más fortuna que yo?

—Así lo espero.

Mi respuesta le pareció el colmo de la presunción.

—Vamonos Juana—dijo,— y dejemos al señor con sus ilusiones juveniles. No le durarán mucho, se lo aseguro.

Me saludó con una sonrisa llena de reticencia y se dirigió hacia la puerta.

En aquel momento, Juana dejó caer su sombrilla. Yo se la entregué.

—Gracias caballero—me dijo.

Ciertamente, aquellas dos palabras nada tenían de particular, a nada obligaban. Lo mismo le hubiera dicho a otro cualquier desconocido. Ni en su actitud ni en su mirada se reflejó emoción alguna que pudiera avalorar aquella frase trivial. ¡Pero su voz era una música con la que yo había soñado tanto! Aunque me hubiese injuriado, la hubiese encontrado dulce. Aquella voz me inspiró una resolución súbita: retener aquella aparición que huía, permanecer a ser posible, una hora más junto a la que la más singular de las casualidades había acercado a mí.

El señor Charnot, que había salido ya del aposento, marcaba su sombra en el muro del corredor, con un saco en la mano.

—Caballero—le dije,— siento mucho que se vea usted obligado a regresar tan pronto a Milán. Tengo la absoluta seguridad de ser recibido en la quinta Dannegianti, y me consideraría feliz en reparar una injusticia que, evidentemente, no es imputable más que a la torpeza de la servidumbre.

Se detuvo: el golpe había sido certero.

Tiene usted razón, caballero; es posible que no hayan sido leídas mis cartas ni mi tarjeta; pero permítame usted que le pregunte, ya que las mías no han llegado a su destino ¿qué secreto posee usted para hacer que lleguen las suyas?

—Un secreto muy sencillo y que no se relaciona con ningún mérito personal. Llevo a los dueños de la quinta noticias del más alto interés y de orden puramente privado. Es preciso que yo les hable. Mi primer cuidado, después de cumplir la misión que llevo, hubiera sido el de anunciar a ustedes: hubiesen ustedes podido entrar y admirar una colección de medallas, que según creo, es muy interesante.

—¡Única en el mundo, caballero!

- CONTINUARA -

Una Extraña Conclusión acerca de la causa más frecuente de disenciones MATRIMONIALES

POR

KATHLEEN NORRIS



Dejar que las dificultades matrimoniales crezcan hasta que no haya más cura que la separación o el divorcio, equivale a decir que el mejor remedio para un enfermo de la garganta es cortarlo.

EL matrimonio es o debería ser una cosa viva, no muerta. Son demasiados los matrimonios que mueren a los tres, cuatro o cinco años; y como todo lo que muere, es difícil resucitarlo. Muere un matrimonio cuando el marido y la mujer pierden interés uno en el otro, cuando la nota vital del afecto desaparece y sólo consideraciones secundarias los unen. Cuando son sólo razones económicas o de reputación social las que unen a una mujer a su marido, el matrimonio va camino de las rocas. Por eso es necesario que la mujer evite que se desarrollen estas dolencias matrimoniales cuando recién aparecen para no tener que recurrir a la cura cruel cuando ya han tomado cuerpo. Sólo así logrará que su unión llegue a darle en la edad madura ese confort y felicidad que deciden de la dicha y de una existencia entera.

Pocas mujeres se dan cuenta de que el marido ideal, no existe. Hay que hacerlo; resulta el ideal después de que una mujer inteligente lo ha reformado, rogado, reñido y mimado. Por eso es que son tantas las muchachas que se quejan de que los hombres que harían los buenos maridos están ya casados. No se casaron así; fueron transformados en buenos maridos por sus mujeres.

Pero no era de esto de lo que empecé a escribir. Me ocupaba de las dolencias del matrimonio. Estas son como las dolencias físicas; tienen sus síntomas tan claros como los de cualquiera enfermedad. Sin embargo, las mujeres que se creen perfectas en el diagnóstico médico y discuten con el médico las enfermedades de sus hijos o de su marido dejan que los síntomas de las dolencias de su matrimonio crezcan por meses y años hasta que ya no hay más cura que la separación o el divorcio. Y esto equivale a decir que el mejor remedio para un

enfermo de la garganta es cortarla.

Después de haber considerado este problema por los treinta años en que escribo sobre estos temas, he llegado a una conclusión extraña, basada en docenas de miles de cartas recibidas de todos los países del mundo y en observaciones personales. Descartadas las causas incidentales la fundamental que se encuentra siempre al fondo de estas catástrofes matrimoniales es la del dinero. He ahí el peor enemigo de la paz matrimonial.

Cuando el estado pecuniario de un matrimonio es desahogado, la confianza mutua crece, hay respeto y sencillez de ambos lados. No hay inclinaciones a jugar, a las extravagancias o al despilfarro, y falta ese gran causante de disensiones y querellas conyugales la acumulación de deudas que no se pueden pagar. En esta situación de holgura, la mujer se siente unida a su marido por un vínculo importante, el de la conciencia de que le debe una situación merced a su trabajo arduo y de que debe corresponder con una gran conciencia en sus gastos. Esto da a los dos una tremenda comunidad de intereses. Todo lo planean juntos, los gastos de los niños, los que imponen las fiestas y regalos.

Cosa sordida es el dinero y puede ser hasta odiosa. Pero cuando no se transforma en la amenaza del hogar, la que tiene a la madre nerviosa y al padre de mal humor, puede resultar una bendición. Lo que los hijos esperan de sus padres es que sean benévolos el uno para el otro y no se teman ni se enojen de continuo. Los hijos de matrimonios felices y pacíficos son los que siguen siendo felices en la vida.

No es frecuente en el Nuevo Mundo esa forma de manejo de Europa, en que padre, madre e hijos trabajan juntos en algún restaurant o pequeño negocio hasta que a los sesenta años de los padres han acumulado dinero suficiente para retirarse a vivir en alguna pequeña finca. Pero como esposos deberíamos tener el talento suficiente para darnos cuenta de que el matrimonio está enfermo si el dueño de casa vive nervioso y preocupado, está molesto por nuevos gastos y las cuentas que no se pagan, muestra disgusto por las extravagancias

de los hijos o de las expensas domésticas, y se alarma cuando su mujer le dice que haya o no haya renta simplemente tienen que irse a vivir a una casa mejor.

Un remedio drástico pero eficaz en tales casos es resolverse de una vez y cortar los gastos a la mitad cualesquiera que sean los sacrificios que eso imponga. Parece esto bárbaro pero no es más bárbaro que continuar una situación que lleva al marido a meterse una bala en el cráneo cualquier día. Y no es peor que llegar a una situación en que las mujeres tiene que buscarse un empleo después de doce años de matrimonio. Esas catástrofes ocurren todos los días en todas partes, y son ciertamente peores que una decisión enérgica de un día que se formula así: «de hoy en adelante gastaremos cinco centavos de cada diez que nos entren».

El plan parece imposible pero es factible y con frecuencia indispensable, y la única solución de fondo. Se pagarán cincuenta pesos en vez de cien de arriendo de casa; habrá una empleada de veinte pesos en vez de una de cuarenta; el lavado se hará parte en casa y la cuenta se reducirá de dieciséis a ocho. Las cuentas se irán cancelando todas lentamente, pero seguramente. Los niños serán invitados jovialmente a cooperar e irán al cine de a veinte centavos en vez del de ochenta. Y así el balance en el banco irá creciendo y el jefe de la familia tendrá algo reconfortable en vez de torturante que estimule en vez de perturbar su sueño cuando se tienda a descansar después de la dura faena diaria.

Cierto que muchos matrimonios fracasan por razones que son de dinero. Pero aún esas causas, si se las analiza bien, aparecen relacionadas con la actitud del marido o de la mujer respecto de la renta. Cuando un hombre se da cuenta de que su mujer no le guarda consideración y no mira con la debida simpatía sus esfuerzos para mantener su hogar en un pie decente, sin acumular deudas y evitando los gastos innecesarios, lo más probable es que se dé a la bebida o al juego o vaya a buscar bondad y comprensión cerca de otra mujer.

Así pues si empieza a preocuparla a usted mi amiga, el estado nervioso y molesto de su marido no deje de examinar la situación doméstica a la busca de esta causa fundamental. Esto es en los matrimonios como la fiebre en los niños.

Una puede no darse cuenta de lo que tiene el niño con temperatura pero sabe que es necesario aplicar cuidados inmediatos antes de que la dolencia asuma proporciones graves.

VARIETADES

Pero, señor, piense que lo que usted paga en impuesto a la renta puede mantener a una familia pobre.

Sí, pero también mantiene pobre a una familia, a la mía. (Parade).

HIPICA

Dice un comentador del turf que los caballos tienen que pasar mucho tiempo sin comer antes de la carrera. Y los apostadores después. (Turf).

CONYUGAL

Escribe una novelista que cada día es mayor el número de mujeres que se casan con sus patrones. Bueno, los hombres, los hombres hace tiempo que están haciendo lo mismo. (Answer).

CRONOLOGIA CONTEMPORANEA

No sé si el hecho ocurrió hace dos o tres semanas; pero estoy seguro que ocurrió en el periodo de nuestras tres últimas sirvientas. (House and Garden).

ELOGIO

La pobreza no es una desgracia, dice un magistrado. Sí; pero eso es lo único que se puede decir en favor de ella. (College Humour).

VERDAD

¿Es verídico su marido?

No, señor, es vendedor. (Picallili).

DEPENDE

Dice un psicólogo que no hay nada mejor que cerrar los ojos cuando uno tiene que resolver un problema. Siempre que no sea un problema de tránsito. (Punch).

EXPLICACION

¿Qué quiere decir un marido cuando asegura que él sabe manejar a su mujer?

Muy sencillo; que él la maneja de manera que haga lo que ella quiere. (Marienne).

TACTICA

Cualquiera muchacha puede lograr al hombre que quiere, dice una escritora. Probablemente, pero se necesita una muchacha de talento para lograr al hombre que otra muchacha quiere. (Ballyhoo).

MEJORANDO

Dice un cronista que ahora están de moda los noviazgos cortos. Hasta hace poco lo que estaba de moda eran los matrimonios cortos. (Ahora).

ORIENTE

muestra su vida en los mercados

HAY un procedimiento muy sencillo para conocer en pocos minutos, toda la vida de una ciudad africana o asiática. Allí se descubren

los secretos de la cocina y los del tocador, los del hombre y los del amor, esas dos pasiones que mueven a la humanidad; y allí se averigua también, con qué juguetes entretienen los niños su inocencia, con qué narcóticos y con qué libros intentan los hombres olvidar el aburrimiento de sus días, con qué telas y con qué perfumes contribuyen las mujeres a atenuar ese mismo aburrimiento. No hay quien no confiese, en un mercado, lo que el mejor psicoanalista no conseguiría hacerle revelar; las pasiones más ocultas, las tendencias más ocultas.

Marrakesh, en día de feria, está como desnuda. Vayamos al mercado. Tenemos que pasar por la calle de los perfumistas, donde los negocios se suceden sin interrupción. Los locales son habitaciones pequeñas, cuyos frentes de madera se dividen en dos hojas, que se abren muy fácilmente, una hacia abajo, para formar el mostrador, y otra hacia arriba, convirtiéndose en toldo. ¿Qué se vende en estas perfumerías?

Kool, una pasta preparada a base de plomo, para pintarse los ojos. Todas las mujeres africanas se pintan los ojos desde el comienzo de la historia, porque las arenas del desierto, castigan los párpados, y éstos necesitan ser defendidos. Pero en las perfumerías se vende tam-



Un esclavo preparando la «saammaria», especie de caja de mimbre guarnecida de sedas, en la que la prometida iniciará su viaje de bodas, a salvo de las miradas «impuras» de los hombres.



A lo largo de cansadoras jornadas sobre las arenas cálidas del desierto, marcha el camello llevando su precioso cargamento humano: una mujer, que ha cruzado el umbral de la casa donde nació, para transponer un segundo umbral: el del hogar en que vive su esposo.

por
CARLOS VIVOT LASTRA

bién khena, que tiñen le rojo violento las uñas. Y se vende esencia de azahar y de rosas. Y kiff, sobre todo, el opio marroquí, que se prepara a fuego lento, empastándolo durante diez o doce horas con una manteca que después puede usarse para cocinar manjares. Los dueños de la perfumería fuman, todos con sus pipas de kiff y sueñan así con los harenes que nunca tendrán.

Esta es la calle de los perfumeros, pero que no asoman a ella las mujeres. Los compradores son hombres. Hay también algunas viejas, seguramente esclavas, envueltas en sus jaiques; lo único visible de estas mujeres son sus pantorrillas, de venas saltonas. Por la pantorrilla se adivina que son viejas y se descubre que son flacas. Pero en la esquina de la calle se ha detenido un camello que llega guiado por cuatro hombres. Carga el camello entre sus jibas un enorme bulto que de pronto se abre; uno de los camelleros levanta su mano, en la que se apoya otra mano, blanca, regordeta, de uñas rojas. Esta segunda mano ha asomado por entre las telas de aquel extraño bulto: es la mano de una mujer, que rápidamente desciende del camello y sin dirigir una sola mirada a la calle, cruza el umbral de una casa y se pierde enseguida en el zaguán. El zaguán, zigzagueante, la oculta inmediatamente a todos los ojos indiscretos.

Esa mujer ha venido tal vez de las montañas del Atlas, cruzando el desierto metida entre esas telas que la protegieron contra el simún y contra el deseo de los hombres. Leguas y más leguas en silencio, por las arenas, después de haber cruzado el umbral de la casa donde nació. Ahora, acaba de cruzar un segundo umbral: el de la casa del esposo. Y sólo podrá cruzar un tercer umbral: el del cementerio. Esos son los tres umbrales que una mujer puede cruzar

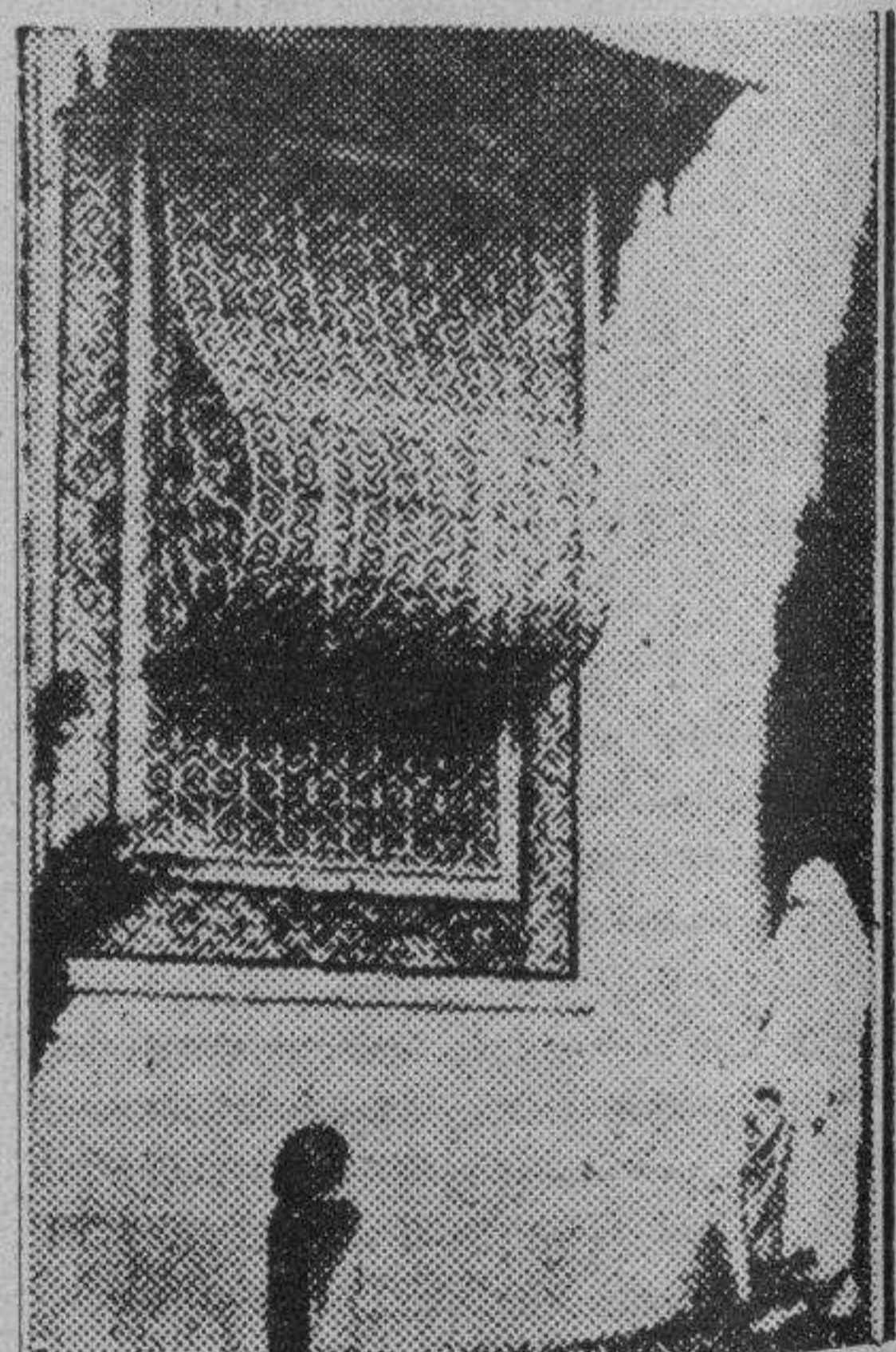
en este mundo, según el viejo proverbio mahometano.

La visión, aunque fugaz, nos ha permitido descubrir que esa mujer es joven y gorda. Todas las mujeres que cruzan el segundo umbral, son en el mundo mahometano, gordas. Así lo exige el gusto de los hombres; los señores árabes, que no se han dejado suggestionar por las modas de origen yanqui que impusieron a las mujeres la devoción por las aristas. Esa mujer, antes de ser llevada a la casa de su nuevo dueño, ha sido sometida a un tratamiento especial, que le permitió en gordar y ser digna de las exigencias de su señor. Comió cinco o seis veces por día, alimentándose a base de manteca, especialmente, y en cada una de sus comidas, el menú estuvo formado por pollo y carnero, condimentado de mil maneras distintas, con almizcle, y azahar, con agua de rosas e incienso, por alfajores y arroz con leche; por medias lunas de almendras picadas, por mazapán y por las famosas albóndigas de alcuzcuz; por confituras de anís y de miel. Y ahora, en su nueva casa, esa mujer mora seguirá alimentándose cinco o seis veces por día para conservar el espléndido estado físico que con tanta paciencia le procuró la preocupación maternal.

Así agrada a su señor y podrá llegar a ser la favorita del harem, porque esta casa como todas las mahometanas, es un harén, donde diez o veinte mujeres se consagran a suavizar las horas de un hombre. Por eso la casa no tiene siquiera ventanas; apenas si en lo alto hay unos angostos rectángulos que permiten el paso de un poco de luz. Sólo los harenes lujosos se permiten la insolencia de una hermosa reja forjada, a la que nunca se asoma nadie y que por lo mismo, enciende, como el kidd, la imaginación de los jóvenes.

Pocos pasos más, y llegamos al mercado, compendio de este mundo. ¿Qué podríamos no ver o no descubrir en este mercado? Han venido los narradores de leyendas, que entretienen al público recitando, como los juglares de la Edad Media, viejas y fantásticas hazañas de la estirpe. Un tambor acompaña el recitado discretamente. Y el público se agolpa a escuchar la narración. Hay, en el auditorio, hombres y también mujeres llegados de todas partes, moros de alboroz, blanco, y ojos renegridos; bereberes que bajaron de las montañas del Atlas; hombres rubios, de ojos azules, descendieron tal vez de la raza que hace centenares de siglo pasó de Europa a Africa, cuando los continentes estaban unidos por el istmo de Sicilia y el de Gibraltar. Estos bereberes, son quizás, parientes de esa otra raza misteriosa que desconcierta a los investigadores: los vascos, igualmente rubios y de ojos azules. Y hay en el público también muchachas tunecinas, que han desobedecido el proverbio según el cual una mujer sólo debe cruzar en esta vida tres um-

(Continúa en la pág. 25)



Sólo los harenes lujosos se permiten la insolencia de una hermosa reja forjada, a la que nunca se asoma nadie y que, sin embargo, enciende la imaginación de los jóvenes.

EL GOBIERNO FRANCÉS HA DISPUESTO LA REANUDACION DEL ENVIO DE CONVICTOS A LA TERRIBLE CARCEL DE LA GUAYANA

Por Jean Marchandi

Tus amantes te llaman
La Bella,
a secas, laconicamente.
El cojo, el ciego, el sordo,
al pensar en ti, amor mio,
tienen alas.

NI JEVAMENTE volverá a oírse esta vieja canción, como una letanía de muerte. La entonarán voces quebradas, y en los enormes silencios del océano se irá dilatando lentamente, alejándose cada vez más Francia. Luego, allá lejos, del otro lado del desierto líquido, bajo el sol ardiente de Cayena, seguirá resonando hasta cuando...

...ahora se la recuerda. Hace dos años que no se oía esa canción. Ahora, de nuevo se escucharán sus notas tristes el 20 de este mes, cuando «La Martiniere» largue amarras reanudando sus dramáticos viajes a la Guayana Francesa.

En 1936, cuando M. León Blum asumió la presidencia del Consejo de Ministros, suspendió en el día de penados el lejano establecimiento de la América tropical. Se estudió en ese entonces la forma de sustituir el régimen penal imperante en las prisiones de las Guayanas, con un sistema especial de colocación. Se hicieron muchos proyectos pero la atención de los jefes del Estado tuvo que concentrarse en muchos otros problemas que envolvieron a Francia; y las viejas cárceles, donde las vidas epilogaron dramas y pasiones fueron olvidadas poco a poco.

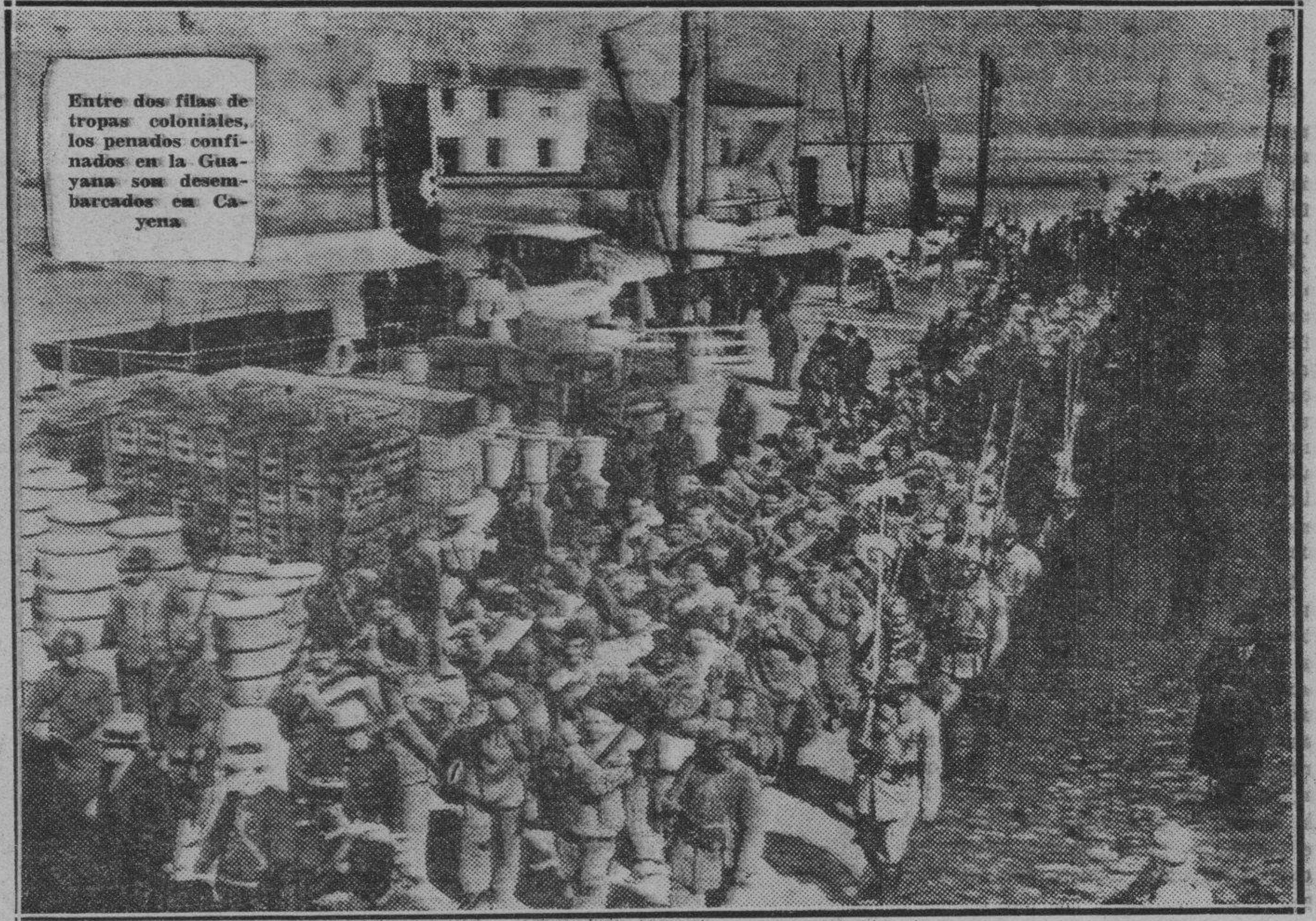
...una noticia escueta la que anuncia el envío de forzados entrará nuevamente en vigor en el pasado mes de noviembre. El gobierno de M. Daladier ha resuelto esa medida para desmantelar las cárceles francesas, y por ello que el 20 zarpará el barco «La Martiniere», llevando a bordo esas terribles jaulas de hierro que se transforman en bestia a los hombres, a los centenares de convictos.

LA OBSESION MORTAL

...sin saber como, misteriosamente, enterrarán la vieja canción:

Tus amantes te llaman
La Bella...

«La Belle», en el argot del presidio, la libertad. Desde 1860, más de 50.000 franceses han soñado con «La Belle». Muchos de ellos, centenares, murieron mandándola a través de las selvas arborescentes, en medio de los pantanos pesados, desamparados en el océano o atormentados por las fiebres, hambrientos, enfermos...



Entre dos filas de tropas coloniales, los penados confinados en la Guayana son desembarcados en Cayena.

LA MARTINIERE y sus dramáticos viajes a CAYENA

Hace diez años, yo pude hablar de todas esas cosas con M. Chanel. M. Chanel había sido gobernador de Cayena durante seis años. Conocía todos los horrores del presidio, la vida miserable y bestial de los forzados. Los dramas espantosos de los que perseguían «La Belle».

M. Chanel—justo es decirlo—fué relevado de su cargo porque se lo consideraba excesivamente blando para mantener el rigor disciplinario del presidio.

—Cuando salí de allá, me pareció que regresaba del infierno...

Siempre decía lo mismo el viejo gobernador cuando alguien conjuraba sus recuerdos de aquellos años terribles.

—Lo horrible, lo realmente dramático,

es que esos hombres deliraban constantemente con la libertad. El 85 por ciento de los penados están haciendo el proyecto o acaban de fracasar en una tentativa de fuga. Los únicos que no piensan en «La Belle», son aquellos que, enfermos o viejos, tienen los días contados.

Y agregaba.

—Por eso, todos los meses, a veces todas las semanas, había una tentativa de evasión. De cada 10 hombres que huían del presidio, 7 regresaban solos. De los tres restantes, sólo alguno de vez en cuando, solía alcanzar la libertad... Lee pantanos, las fiebres, la sed y el hambre eran los más feroces carceleros de Cayena.



Cinco de los siete hombres que este año lograron huir del penal, y cuyas peripecias emocionantes relata en un libro Belbenoit, otro escapado.

LA FAUSA LIBERTAD

—Posiblemente—me dijo más de una vez—lo que más rebela a los forzados de Cayena es la falsa libertad que tienen. Salvo los que están castigados por faltas disciplinarias, todos los demás pueden andar libremente por la ciudad. Pero esa era una libertad falsa... Estaban vigilados por miles de ojos. El uniforme los delata y están sometidos a la constante humillación, hasta de los negros que los llaman «popotes».

Están, además, los soplones. Los soplones suman un número infinito. Todos los que no son condenados, son por van obligados a aislarse, se tornan des-

Así, en un clima hostil, con una vida materialmente miserable, el penado inicia el largo y fatigoso planeo para alcanzar confianza, recelosos, hurtaños...

regla general, soplones. Y los presos se cansan «La Belle».

Y en Cayena, como en todas partes del mundo, lo primero que se necesita es el dinero. El penado entonces comienza a juntar dinero para la fuga. Muchas veces debe esperar tres, cuatro años, para reunir la cantidad necesaria. Y, entretanto, sufrir, callar y esperar.

Luego, cuando tiene el dinero, se juega la desesperada carta. Muchas veces las esperanzas alimentadas en cuatro años de paciencias se esfuman en una sola noche. La fuga fracasa. Y el penado, en el silencio del calabozo de castigo, sueña otra vez con «La Belle», y comienza a madurar otro plan. Y todos, invariablemente todos, se dicen lo mismo:

—Esta vez es seguro...

Y hay por eso en Cayena quienes se han fugado 8 o 10 veces. Y que seguirán insistiendo como apasionados de «La Belle», en ese enloquecido afán de volver a la vida.

SIETE HOMBRES DE CAYENA

La última gran aventura que se conoce, de las tantas que se han sucedido en Cayena, es la que René Belbenoit ha relatado en las páginas de un libro im-

(Continúa en la página 26).

La cúpula del Empire Star brilla sobre Nueva York como un sol de oro y centellean brillantemente también, a la distancia,

los metálicos puentes sobre el East River, pero en Nueva York se hace verdad como en todas partes del mundo ese aforismo afirmativo de que todo lo que reluce no es oro.

Bajo su límpido y reluciente aspecto, la gran ciudad del este oculta las miserias, los dramas, y los vicios que se ocultan, hasta desaparecer en la distancia, entre los seis millones de seres que viven en esta gigantesca colmena humana. Periódicamente, un escándalo, un crimen, una hazaña, centralizan la expectación colectiva por unos instantes, para disolverse luego en los centenares de miles de ansiedades que auspician el advenimiento de cada día.

Es curioso por ello registrar que hace un tiempo hay un solo nombre que periódicamente concentra aquella dispersa expectación. Un nombre que se está asociando efectiva y eficazmente a la historia de la ciudad y que señala la presencia de algo así como un moderno cruzado de la justicia. Se trata de Thomas E. Dewey, el joven y valiente fiscal de Nueva York, a quien con exactitud se podrá apodarar mañana o pasado ya como el «Enemigo número uno del delito».

Dewey en las últimas semanas ha sido universalmente conocido a raíz del sensacional proceso instruido contra Johnny Hines, proceso que, como se ha señalado oportunamente, es al mismo tiempo una declaración de guerra por parte de la justicia al célebre Tammany Hall y a su difundido sistema de corruptela política, tan en auge hasta que se cumplieron los cuatros primeros lustros de este siglo.

DEWEY CAMBIA LA PUNTERIA

Pero Mr. Dewey, que es un hombre de extraordinario dinamismo, no se ha ocupado tan sólo del asunto Hines durante los últimos meses. Algo ha sucedido en estos días que muestra cómo el joven fiscal, había cambiado su puntería y sin descuidar, por supuesto, el citado asunto, emprendió otra investigación de extrema delicadeza, cuyos resultados ahora tienen proporciones sensacionales.

La primera manifestación de esta actividad se puso de relieve a raíz del regreso a Nueva York de una serie de personas que hace un tiempo se habían ausentado de la ciudad precipitadamente.



Jeanne Walters es fotografiada en el momento de identificar a uno de los individuos que la llevaron engañada a San Francisco.



DEWEY solo contra el hampa

EL FISCAL THOMAS E. DEWEY, LUEGO DEL RESONANTE PROCESO HINES, ACABA DE EMPRENDER OTRA CAMPAÑA SENSACIONAL QUE LLEVA AL DESCUBRIMIENTO DE UN TENEBROSO SINDICATO

por
George J. Lee

En el poco tiempo que está desempeñándose como fiscal de Nueva York, Thomas E. Dewey se ha evidenciado como un cruzado de la justicia.

La policía suministró una cuenta de quiénes eran los que había llegado. David Betillo o Little Davie, Thomas Penochio o Tommy the Bull, Abraham Wahrman o Little Abie, James Frederick o Jimmie Ralph Liquori, Jack Alletstein o oack Eller, Peter Balitzer o Pete Harris, David Marcus, Al Wainer y otros figuran entre los hombres, y entre las mujeres se citaron a Helen Walsh, Anna Moore, Muriel Ryan y Marilyn Summes como las principales...

En los primeros momentos la información que se dió respecto a estas gentes tuvo carácter reservado. Los periodistas sabían, sin embargo, que se trataba de personajes de los bajos fondos, vinculados todos, con actividades de escabrosa calificación. Esta circunstancia parecía justificar el carácter de reserva impuesto a la información, y todo ello se confirmó días más tarde cuando se anunció la llegada de un nuevo par de personajes.

LUCIANO EL DICHOSO

Se trataba de Charles («Lucky») Luciano y de su inseparable secretario el

repelente Nick Montana. Ambos eran vastamente conocidos en todos los lugares nocturnos de segunda categoría y en Harlem especialmente. Inclusive, es fácil asegurar que la presencia de cualquiera de los dos en un club nocturno de Broadway tampoco hubiera pasado desapercibida.

La detención de Lucky Luciano estaba precedida de una historia interesante. Mr. Dewey tenía especial interés en esta detención. Sabía que Luciano estaba en Hot Springs (Arkansas), después de haber desaparecido de Nueva York en forma repentina y coincidente con ciertas disposiciones adoptadas por él. En Hot Springs, Luciano fué detenido tres veces y en las dos primeras obtuvo su libertad condicional bajo fianza. El fiscal de Arkansas, accedió a la primera fianza fijada en 500 dólares. Luciano no tuvo tiempo de marcharse porque llegó de Nueva York una segunda orden de detención y esta vez la fianza que exigió el juez fué de 50.000 dólares. No obstante la importancia de la cantidad, Luciano pudo hacerla efectiva, pero tampoco esta vez tuvo oportunidad de marcharse porque una tercera orden de detención llegó a tiempo. El fiscal del citado Estado, jurisdicción de Hot Springs, tuvo entonces un gesto de sorpresa porque Mr. Dewey le había comunicado que, en caso de solicitarse la libertad bajo fianza, la suma a depositarse sería de 350.000 dólares... Antes de que Luciano pudiera intentar tan sólo reunir esa crecida cantidad, llegaron de Nueva York los cuatro detectives que había de llevarlo hasta el dominio del fiscal Dewey...

Y así fué como Luciano, acompañado siempre por Montana, volvió a Nueva York...

EL CASO DE JEANNE WALTERS

El origen de todas estas detenciones se encuentra en un suceso ocurrido el pasado mes de abril en California. Una joven, Jeanne Walters denunció a la



Muriel Ryan, que fuera hace tiempo afamada modelo, figura entre las mujeres que dirigían el sindicato organizado por Luciano.

policía de San Francisco que había sido víctima de un infame atentado y de un secuestro que duró más de tres semanas. Había llegado de Nueva York con un supuesto contrato de trabajo; y tarde, desgraciadamente, descubrió que había caído en las manos de una organización de tratantes de blancas.

Este asunto tuvo resonancia y mister Thomas E. Dewey se interesó especialmente, porque la penosa aventura de la pobre Jeanne Walters había tenido su origen en Nueva York, ciudad donde la joven residía. Por eso cuando Jeanne Walters estuvo de regreso de su desgraciado viaje a San Francisco, Mr. Dewey la recibió en su despacho repetidas veces y conversó con ella por espacio de muchas horas.

También como en el caso de Hines y sus concomitancias con el abogado «racketeer» Dixie Davis, en esta otra ocasión Mr. Dewey necesitó varios meses para preparar su campaña contra los explotadores de la trata de blancas por...

Como John Barrymore se vengó del Gran Duque



Ethel Barrymore, como la Zarina en la película «Rasputin». Los vestidos reales son reproducciones auténticas.

un desastre en San Pedro, después de estar parrandeando toda la noche.

—Señores, —les aseguré. —Si Lionel y Ethel trabajan bien, me portaré yo también como un dechado de perfecciones.

Dicho y hecho. Me porté como nunca en ninguna película, porque esto de las cintas hay que tratarlo con seriedad. Constituyen el más importante medio de expresión dramática. En los tiempos del

cine mudo se aceptaba la broma, aunque recuerdo haber recibido una carta de una escuela de sordomudos en la que me regañaban por haber usado en la película palabras ininteligibles e impropias para ellos. Desde entonces me reformé.

Ethel y Lionel hicieron los papeles importantes en «Rasputin». El mío era insignificante y eso me daba a veces mucha rabia, no por el papel en sí, sino por

LA muerte de la MATA HARI JAPONESA

(Viene de la Página 18)

formación secreta acerca de las potencias más fuertes del mundo, una información que los espías japoneses on podían obtener por cuenta propia.

Según se afirma, conscientes las autoridades japonesas de que los espías de su raza tropezaban en el mundo occidental con dificultades insuperables, un día ofrecieron a los nazistas, que acababan de obtener el poder, la compra de su información. Los hombres amarillos estaban dispuestos a pagar todos los gastos del espionaje alemán, siempre que el Servicio de Inteligencia germano le proporcionara al japonés la información que obtuviera.

La versión a que nos referimos asegura que durante años los dos gobiernos mantuvieron secretamente su acuerdo, tan

secretamente que ni el embajador japonés en Berlín ni el ministro de Relaciones Exteriores alemán von Neurath lo conocía. Y según dice la inteligencia entre alemanes y japoneses solo fué descubierta cuando, al inicio de la guerra española, una comisión de militares nipones fué a Burgos con el propósito de estudiar los armamentos y las municiones rusas cogidos a los gobiernistas. El embajador ruso en Madrid, que dirigía entonces la campaña española, se dió cuenta del significado de la presencia de los japoneses en España y envió un grito de alarma a Moscú, desde donde lo traspasaron a sus aliados de París. Peco después alemanes y japoneses anunciaban su pacto contra la Comintern, que parece que no tenía otro propósito que tratar de ocultar o por lo menos justificar la otra alianza que ya existía.

que siempre tenía que estar de regio uniforme con muchos adornos de oro y en ocasiones llevar un casco de metal con águilas doradas. Una de esas películas en las que se supone yo soy un hermoso héroe, cosa que detesto de todo corazón.

Un día me dieron una parte de cuatro cuartillas de largo. Me encantó el asunto, porque al fin iba a tomar parte en las cosas de la corte imperial de Rusia.

—Perdone, —me dijo el supervisor—le he dado el papel de Lionel.

—¿Y qué pasa conmigo? ¿No estoy en el reparto?

—Ah, sí, desde luego! Aquí tiene...

Y me entregó una sola cuartilla, en el centro de la cual estaba escrito a máquina todo lo que debía decir durante el día: «Sí, pero...»

Agradecí a mis antepasados esto de todo corazón y lo repartí con gran énfasis y profunda convicción por catorce veces en los ensayos.

La mayoría de los actores no pueden aprenderse sus papeles de memoria, con la debida rapidez. Mi hermana Ethel se los aprende a las dos y tres lecturas. Un día le dieron tres cuartillas.

—¿Cuándo las hacemos? preguntó.

—Tan pronto las aprenda. Digamos, dentro de una hora.

—¿Cómo así? ¿Una hora para tres cuartillas? Quieren que las diga al revés?

Supongo que la primera escena en que aparecimos juntos debió ser motivo de una celebración, pero a mí me pareció aburridísima. En Los Angeles estaban reunidos a la sazón 300 periodistas en una convención, y se les invitó para que vinieran con sus esposas a ver a los tres Barrymore haciendo una escena. Los acomodaron ante nosotros, como si fuéramos elefantes de circo.

Queríamos de veras hacer algo, pero no teníamos libreto, de manera que inventamos una escena, bastante buena por cierto, aunque las cámaras no tenían film y el equipo de sonido estaba desconectado. Los visitantes quedaron muy favorablemente impresionados y seguramente les contaron a sus amistades sobre una escena que nunca verían en la película.

La escena tenía lugar a la entrada de la alcoba del Zarevitch. Lionel llevaba al chico, seguido por la Zarina y por mí. Improvisábamos mientras caminábamos, y luego Lionel se puso muy dramático por el motivo de que le hacían cosquillas las barbas en la nariz.

Lo único que les disgustó a los visitantes fué que no había camerinos en forma de casas para los Barrymore cerca del escenario, porque todo el mundo supone que necesitamos una mansión para ponernos polvo en la cara.

La verdad es que Lionel y yo llevamos siempre una polvera y usamos el primer espejo que nos cae en las manos. No tenemos camerino portátil, sino el común y corriente. La única vez que me dieron uno portátil, tuvieron que despedirme del empleo.

Ethel se sentía incómoda en el camerino de tres piezas que generalmente ocupa Greta Garbo. En el taller usaba un cuartito destartado que se humillaba cada vez que le pasaba por el lado el suntuoso carruaje de Joan Crawford, que es una casa hasta con persianas verdes.

Cuando me preguntaron si quería uno, contesté que sí, pero que con puertas automáticas y un letrero que dijera: «John Barrymore, cerveza y licores». Pero nunca quisieron complacerme.



ALEMANIA reclama sus colonias. Resuelto el conflicto checoslovaco, satisfechas las aspiraciones húngaras, los territorios coloniales constituyen, sin duda, la próxima reivindicación del Reich. La Liga Colonial Alemana, que desde el año 1932, fecha en que se cumplieron los cincuenta años de su fundación, acrecienta día a día su propaganda, alza de nuevo, acallados los clamores que pusieron a Europa hace pocos días en trance de guerra, su voz unívoca, constante, inexorable. Y el mismo Hitler, que durante los largos años de su formación política olvidó, por considerarla sin importancia, la idea colonial alemana, una ahora su voz poderosa, aún más fortalecida desde el acuerdo de Munich, a la de aquellos que consideran que no puede hablarse de una política de conciliación internacional mientras no se desenvuelvan los territorios que el tratado de Versalles arrebatara al derrumbado imperio de Guillermo II.

LA EXIGENCIA ALEMANA

La historia colonial alemana es relativamente breve. Bismarck, el apóstol de la unión germánica, no ambicionaba en demasía territorios allende los mares. La unión de los pueblos germanos no requería, según él, la intromisión de otras razas, ni siquiera como tributarias. Creía que todas las energías de su pueblo debían consagrarse a lograr la cohesión interna, la cohesión orgánica y duradera de algo cuyos miembros, unidos entre sí, se asemejaran a un gran cuerpo vivo y poderoso. Ni siquiera la victoria conseguida sobre Francia en 1870 incitó al imperio germano a arrebatarse a Francia vencida alguno de sus territorios coloniales. El mismo Hitler, en la época en que conyacente asistía—sin imaginar siquiera el papel que después le tocaría desempeñar—al derrumbe de Alemania, prestó excesiva atención a las cláusulas del tratado de Versalles, que entregaban los dominios alemanes en manos de los aliados. La historia colonial del país vencido habíase creado casi al margen de la verdadera, como mera consecuencia de su expansión comercial y del extraordinario desarrollo de su marina mercante.

Togo, en la costa occidental de Africa, actualmente divididos sus cien mil kilómetros cuadrados, en dos franjas longi-



Las colonias alemanas no se rindieron sin lucha. En los caminos de la selva las tropas aliadas lucharon incansablemente para desalojar a los soldados de Guillermo II. Triunfaron al fin, pero veinte años después el problema vuelve a plantearse.

ALEMANIA Necesita Colonias

LOS PAISES PEQUEÑOS, POSEEDORES DE GRANDES TERRITORIOS, SON LOS QUE OBSERVAN CON RECELO LA CONFUSA POLITICA EUROPEA

por RONALD H. HUXLEY

tudinales, entre Francia e Inglaterra, bas-tábase a sí misma en los días en que estalló la guerra y constituía para muchos un ejemplo de política colonial. El Camerún, con cuatrocientos noventa y tres mil kilómetros, poseía, desde 1860, factorías alemanas y recién en 1884 el explorador Nachtigal la anexó al imperio alemán. La mayor parte de esta posesión se halla bajo el dominio francés y la más pequeña pertenece a Gran Bretaña.

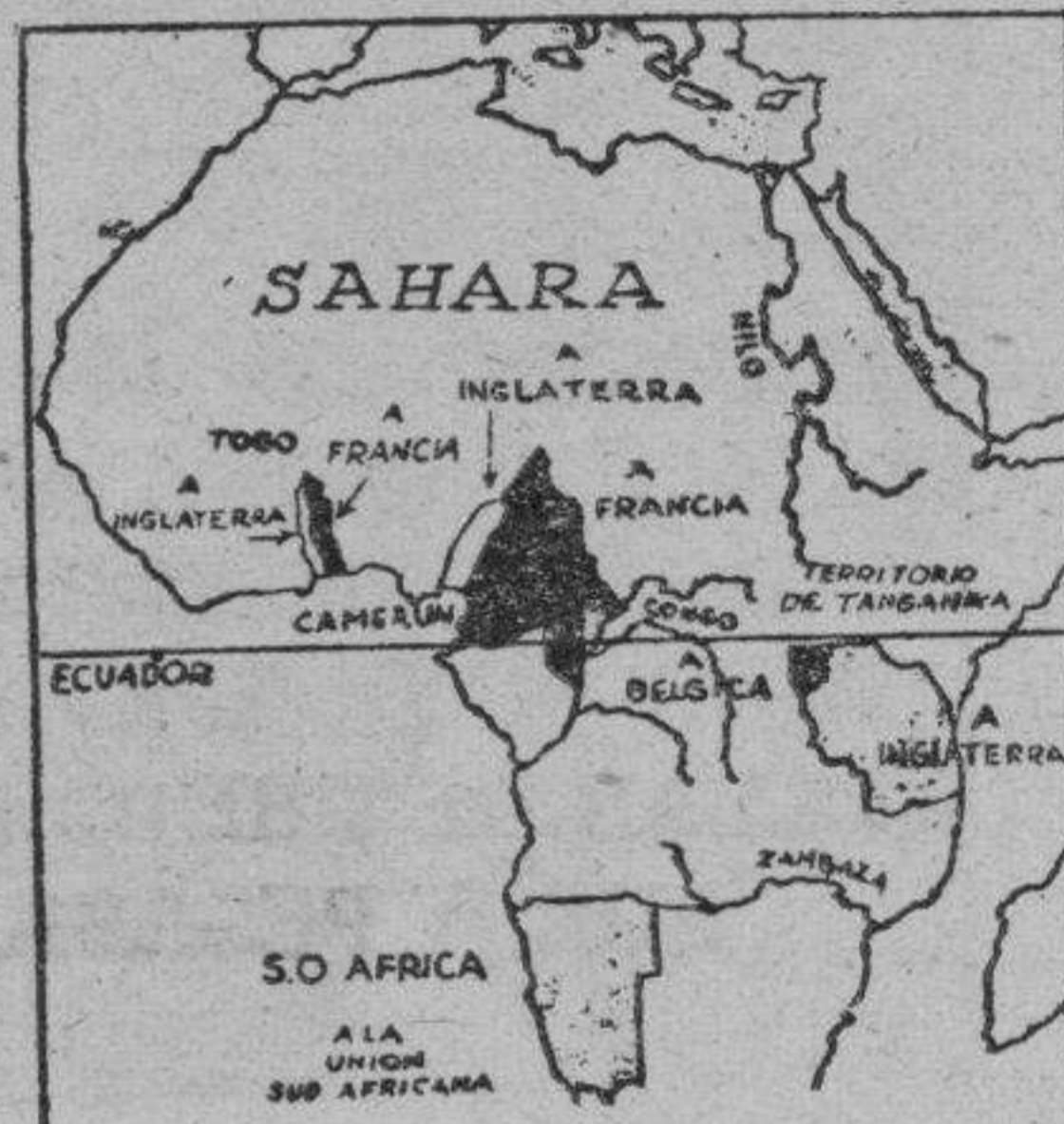
Sud Africa Alemana, importantísima por su situación estratégica, colindante con las posesiones inglesas del extremo sur del continente, había sido comprada por un negociante de Bremen en 1883. El mismo explorador Nachtigal añadió a ese territorio las comarcas circundantes, no sin que el gobierno alemán, interesado al fin por sus posesiones en el continente negro, tuviera que librar cruentas batallas antes de someter a los indígenas.

El Africa occidental alemana, colonizada desde el año 1884, constituiría, en el caso de ser devueltas a sus antiguos dueños, una amenaza para la ruta inglesa de la India, y, por añadidura, la proximidad con su posesión de Madagascar hace que Francia no admita con agrado vecindad tan peligrosa.

Además, el tratado de Versalles fué creado en una época en que se creía en las cosas definitivas. Los países que tomaron posesión de las comarcas alemanas en Africa, creyeron, sin duda, que jamás se acercaría el momento de tener que devolverlas. Eso los llevó a gastar en ellas ingentes sumas de dinero, favorecer el desarrollo de su comercio e industria, y despertar el interés de los colonos para que se establecieran en ellas. Y ahora, veinte años después, creados centros de población, caminos y líneas de ferrocarriles, la apremiante exigencia de los vencidos del año 18 amenaza con la obliación de entregar no sólo los territorios, sino también el producto del esfuerzo de dos décadas de trabajo incansante.

¿QUIEN DEVOLVERA LAS COLONIAS?

Esa es la razón por la cual los gobiernos directamente afectados aspiran, más o menos diplomáticamente, a satisfacer las demandas alemanas mediante la entrega de territorios, pero no de aquellos que le pertenecieron anteriormente. Se trataría con ello de evitar la ola de descontento, inevitable enter los que desde el tratado de Versalles usufructúan el Afri-



Croquis de las antiguas colonias alemanas en Africa y sus actuales poseedores.

ca alemana y de, contemplando las exigencias del Reich, que asegura necesitar para su pleno desenvolvimiento tierras que lo provean de materias primas, evitar que esas tierras se hallen en una situación estratégica, peligrosa para las rutas más importantes de Inglaterra.

Pero ¿qué territorios se entregarían en ese caso? El mundo, bien o mal dividido, lo está por completo. Inglaterra, pese a sus veinte millones de kilómetros de dominio colonial, se resiste a abandonar la más mínima parcela, temerosa de que esa resolución desencadene en muchos de sus dominios un ansia peligrosa de independencia. Francia, por razones de política interna, repudia la idea de ceder. Quedan, entonces, los pequeños países, aquellos cuyas posesiones son para muchos estadistas europeos desproporcionadas con relación a su superficie, población y necesidades internas. Bélgica, Portugal y Holanda se hallan en este caso.

Agitado, quizá infundadamente, el fantasma de una repartición de colonias hecho en base a las necesidades de los países de Europa, una nueva inquietud cunde en el viejo mundo. El gobierno portugués declara enérgicamente que a su país no le corresponde pagar las consecuencias de una situación que no contribuyó a crear. Sostiene que razones históricas, tan fundadas y elocuentes como las económicas, legitiman la posesión de las comarcas actualmente bajo su mandato. Bélgica, heroína de la guerra europea, víctima inocente de la colisión entre dos contendientes poderosos, parece merecer que no se piense en ella y que se le permita usufructuar sin sobre-

Una propaganda incesante mantiene despierto en el pueblo alemán el deseo de recuperar sus antiguas colonias. El grabado muestra una tarjeta postal alusiva.



salto los beneficios que le reportan sus colonias, aunque sea como recompensa por la esforzada ayuda que prestó en horas aciagas a Francia e Inglaterra. Queda Holanda con su enorme imperio de ultramar y su política de prescindencia en los asuntos europeos, como si se hallara ansiosa de pasar inadvertida mientras los belicosos vecinos se querellan.

Las colonias de Holanda abarcan ochocientas mil millas aproximadamente. Su área equivale, más o menos, al total de la superficie de Europa occidental hasta las fronteras de Alemania, sin contar Austria. Albergan una población de más de sesenta millones de habitantes, mayor que la de cualquier país del viejo mundo si se exceptúa Alemania y Rusia. Las Indias Orientales abarcan solamente un área de setecientos treinta y tres mil millas cuadradas y poseen más de sesenta millones de habitantes. Sólo Sumatra tiene una superficie de ciento sesenta y cuatro mil ciento cuarenta y tres millas cuadradas, mayor a la de Polonia o California.

Por añadidura la riqueza de materias primas transforma estos territorios en francamente codiciales. Anualmente exportan trescientas quince mil toneladas de goma y ciento diez mil de café. Sus plantaciones de arroz y de azúcar compiten ventajosamente con los países exportadores más poderosos del mundo. El área dedicada a la agricultura en las Indias Holandesas llegó en 1936 a abarcar seis millones cuarenta y tres mil quinientos treinta acres.

Es de imaginar, entonces, cómo esta riqueza despierta la codicia de los países que no poseen fuentes de materia prima y que en el caso de guerra podrían fácilmente carecer de lo necesario para alimentar sus industrias bélicas. El sueño de bastarse a sí mismo a toda costa, que en estos momentos obsesiona a muchas naciones, las incita también a pensar en la urgencia de poseer territorios que constituyéndose en adquirentes de los productos elaborados, sean también proveedores de materias primas.

Ese es uno de los problemas de Alemania, resuelto a medias por Italia con Etiopía y en vías de resolverse para Japón con el posible dominio de los mercados de China.

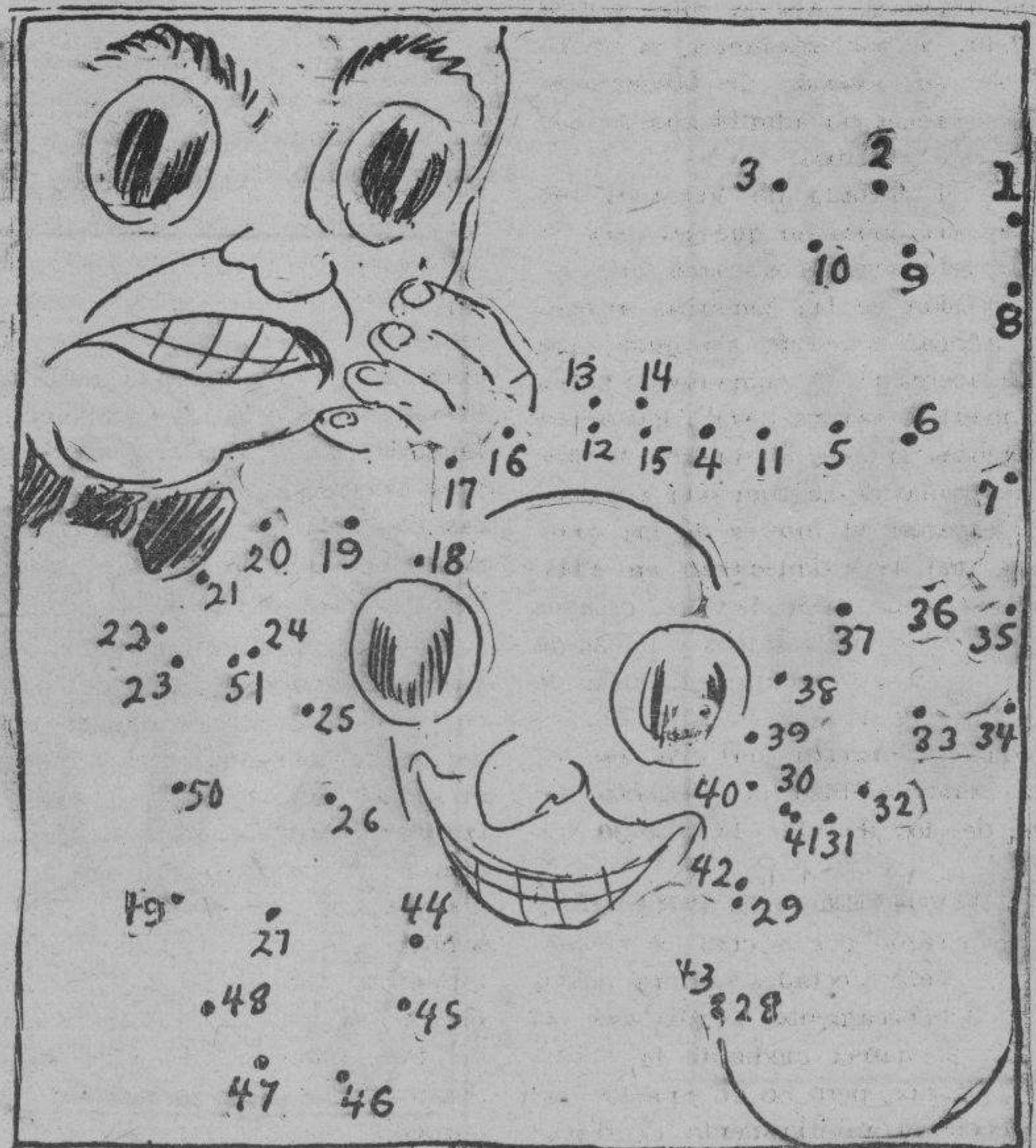
El imperio anticolonial de Bismarck y el sueño de unión nacional de Hitler, vuelo de espaldas a todo lo que no fuera germano, ha pasado a la historia. Alemania reclama sus colonias. Sistemáticamente una propaganda costosa e incesante recuerda al pueblo, que lo que se llamara la última injusticia de Versalles se encuentra aun por reparar. Estampillas alusivas, tarjetas postales, conferencias, desfiles; todos los medios se utilizan para demostrar al mundo que es preciso devolver las posesiones arrebatadas. Y mientras tanto, los países pequeños, poseedores de un imperio colonial extensísimo, aguardan con recelo los acontecimientos. La historia de la Europa actual se está haciendo a base de sorpresas y de contrastes, y nadie sabe—eso es lo que algunos países temen—quiénes serán los que devolverán a Alemania sus colonias perdidas u otras equivalentes.

Cuando le regalaron al Rey de INGLATERRA el diamante más grande del MUNDO

EDUARDO VII MANDO CORTAR EN 105 PEDAZOS EL DIAMANTE "CULLINAN" QUE VALIA SETECIENTAS MIL LIBRAS ESTERLINAS.—FUE ENCONTRADO A VEINTE MILLAS DE PRETORIA, EN EL AFRICA DEL SUR, Y PESABA 3.024³/₄ QUILATES.

Por BOB DAVIS

- 3.—Un diamante en forma de pera, 92 quilates.
- 4.—Un diamante cuadrado, 62.
- 5.—Un diamante en forma de corazón, 18%.
- 6.—Un diamante marquesí, 11% quilates.
- 7.—Un diamante Marquesí, 9.3/16.
- 8.—Un diamante cuadrado, 6 % quilates.



El que ha hecho esto es un caricaturista. Me ha pintado sonriendo, pero no me gusta nada que haya usado mi... como lona. (Vaya trazando líneas rectas entre los números).

- 9.—Un diamante en forma de pera, 4 9/32 quilates.
- 10.—96 diamantes con un peso total de 7 quilates.
- 11.—Fragmentos sin pulir, 9 quilates.

Deseoso de ver la reproducción de cristal del célebre padre de los diamantes, y de sus descendientes, visité los talleres de la compañía Asscher, situada en un edificio de cinco pisos que ocupa toda una manzana de la ciudad. Cuando hay demanda mundial de piedras, en estos talleres trabajan 600 artífices, talladores, y pulidores. Entre los cortadores hay un gran número de mujeres.

Mientras miraba las reproducciones de los diamantes de la prole del Cullinan original, colocados en un cofre forrado de terciopelo, Henri Polak, hijo, a cuyo cargo está la sección de tallar y pulir diamantes de la empresa, nos habla de la industria de Amsterdam.

«Fué en Golconda, India—nos decía— donde se descubrió hace cinco mil años que los diamantes solamente podían ser pulidos con polvo de diamante y que se podían tallar frotando dos piedras. En el siglo XV, Marco Polo importó a Venecia la técnica, en en siglo XVI, Amberes era el centro de los artífices y el ramo lo dominaban primero los protestantes y después los católicos. Hace 300 años, los protestantes salieron de Amberes y vinieron a Amsterdam, donde floreció su arte hasta que se presentaron los judíos portugueses y se posesionaron del negocio. Hoy en día, el 80 por ciento de los maestros y artífices son de raza judía. Benjamín Baars, el tallador del diamante Cullinan número 1, murió. Solomón Koe, el tallador del número dos, también está muerto, pero su hermano Henri, que talló la mitad de esta segunda piedra, vive aún, y es el único artista que trabajó en dicha gema que sobrevive».

¿Cómo montaron las piedras mayores, —le pregunté.

—El diamante Cullinan número uno es la piedra central del cetro de la Gran Bretaña, que se usa únicamente durante las ceremonias de coronación. El Cullinan número dos y los fragmentos restantes, inclusive los 96 pequeños diamantes, forman parte de la Corona Real, que se usan también en los actos de coronación.

De algo puede haber completa seguridad y es de que en ningún otro cetro o corona imperial del mundo existen diamantes más finos que en estos símbolos de la monarquía inglesa.

—¿Se atrevería a calcular el valor de estas joyas?

—No yo, respondió Polak, y cualquiera que lo haga se pondría en ridículo.

El cetro de la Gran Bretaña con estas gemas ha sido llevado por dos emperadores, Jorge V y Jorge VI, pues David, el hijo mayor de Jorge V fué proclamado rey, pero no coronado. Dos reinas, la Reina María y la Reina Isabel, han lucido la corona con los diamantes Cullinan.

Actualmente, el mercado de diamantes de los Estados Unidos está quieto, excepto en el ramo de piedras auténticas de la mejor calidad. Tal vez la demanda se reanude dentro de poco, ya que así es de caprichoso el público norteamericano.

AMSTERDAM.—Este ha sido un año malo para los fabricantes de diamantes, excepto en la India británica, donde la posesión de piedra preciosa es un principio religioso más o menos rito sagrado que cultivan todas las clases sociales, ricas, y pobres. Si no fuera por la India, los caballeros de las gemas estarían en un aprieto. Para el año de 1939, se vaticina una mejora en el ramo, es en esta ciudad de Amsterdam, cuartel general de los artífices más notables del mundo en este oficio, donde se anticipa un futuro más halagador. La empresa de diamantes Asscher, que durante los últimos cincuenta años ha dedicado los esfuerzos de sus maestros a cortar, tallar y pulir las piedras de los países productores de diamantes, se sabe de memoria la situación del mercado mundial.

A esta Amsterdam mandó en 1907 el Rey Eduardo VII de Inglaterra, el famoso diamante blanco de 3.024³/₄ quilates que poseía, el más fino y grande del mundo para ser tallado en sus múltiples formas por un Asscher auténtico. La luz de esta hermosa piedra contemplada por primera vez el 26 de enero de 1905, por un inspector de la mina Premier a veinte millas de distancia de Pretoria, en el África del Sur, era como una mancha iriscente incrustada en su masa. Por regla general, los diamantes en bruto no tienen vida y arrojan una luz demasiado opaca, pero un capa de esta gema imperial reveló en seguida una superficie de los pulgadas de largo que brillaba como una llama.

Lo llamaron el diamante Cullinan, en honor del propietario de la mina, y pronto se convirtió en la piedra más comentada de la historia. Era tan enorme para su uso personal, que finalmente fué comprada por el gobierno de Sud África en la friolera de 700,000 libras esterlinas y regalado en señal de homenaje al Rey Eduardo VII de la Gran Bretaña. Después de dos años de reflexiones, el Rey llamó a Londres a los expertos Asscher de Amsterdam, para discutir los pormenores del trabajo que se había de hacer con dicha piedra. Hubo demoras largas, y al cabo de cuatro meses, en enero de 1908, el diamante fué entregado a los Asschers en presencia del ministro de las Colonias y los abogados de la corona. Transportado bajo una guardia especial a esta ciudad, se puso en las manos de Joseph Isaac Asscher, quien estuvo dos semanas estudiando la piedra y midiéndola para determinar el corte que había de dársele.

El 10 de febrero de 1908, en presencia de los representantes del Rey, de peritos calificados y de notarios, Joseph Asscher intensamente emocionado, pero con firme pulso, dió el golpe único que necesitaba para dividir en dos partes el diamante Cullinan.

Uno de los fragmentos pesó 1,977¹/₂ quilates; y el otro, 1,040. Debido a ciertas razones técnicas, la división se realizó por las propias manos del maestro Joseph Asscher, siempre en presencia de los representantes del Rey.

El 5 de noviembre de 1908, el fragmento mayor, separado en 105 pedruzcos pulidos y perfectos, fué llevado a Inglaterra, bajo estricta vigilancia y el día 27 lo entregaron al Rey Eduardo VII en el castillo de Windsor, para luego ser trasladado desde allí a la Torre de Londres, e incorporado a las joyas de la Corona Real. Estas joyas son:

- 1.—El diamante Cullinan número uno en forma de pera, 516¹/₂ quilates.
- 2.—El diamante Cullinan número dos en forma cuadrada, 309¹/₁₆ quilates.

Del BUEN HUMOR

::: AJENO :::

PENSAMIENTOS

Por Diógenes



No hay peor moneda falsificada que aquella con la cual uno se casa.

Hay otra gente que tiene buen gusto pero, por cierto, el suyo es el mejor.



DICE LOLITA:

Puede que un perro no muerda, pero se mete «debajo de la piel».

Cuando un hombre inteligente discute con una mujer se queda callado.

Lo que mejor aprenden los niños en el colegio en estos días es lo poco que saben sus padres.

Las palabras de un hombre silencioso nunca sirvieron de testimonio en su contra.

Casi siempre los grandes pensadores son malos oradores.

Para el solterón la mujer más inteligente sería la que lo indujera a casarse.

La ambición es un aerostato que no tiene paracaídas.

Todo parece permitido en el amor y en la guerra... hasta el matrimonio y el asesinato...

Inteligente para el soltero es la mujer que es capaz de inducirlo a una propuesta de matrimonio.

Hay gente cuya conversación es tan poco interesante que cuando se callan nadie lo nota.



—Me dijiste, cuando me lo regalaste, que este perro estaba entrenado.
—Y lo está.
—Pues desde que lo tengo no ha hecho otra cosa que dormir sobre la...—(Vaya trazando líneas rectas entre los números).

MUY BREVES

ANIMALES

El automóvil, dice un escritor, está desalojando lentamente al caballo de los caminos. Pero no al asno. (Pick).

MUSICA

Leo que la mayoría de los directores de orquesta ganan mejor sueldo que los Ministros de Estado. ¿Por qué no? A lo menos ellos cambian a veces el tono. (Picallili).

DOMESTICO

Se queja una dueña de casa que unos huevos marcados en el almacén «recién llegados» estaban podridos. Bueno, el almacenero no dijo de dónde habían llegado. (Tit Bits)

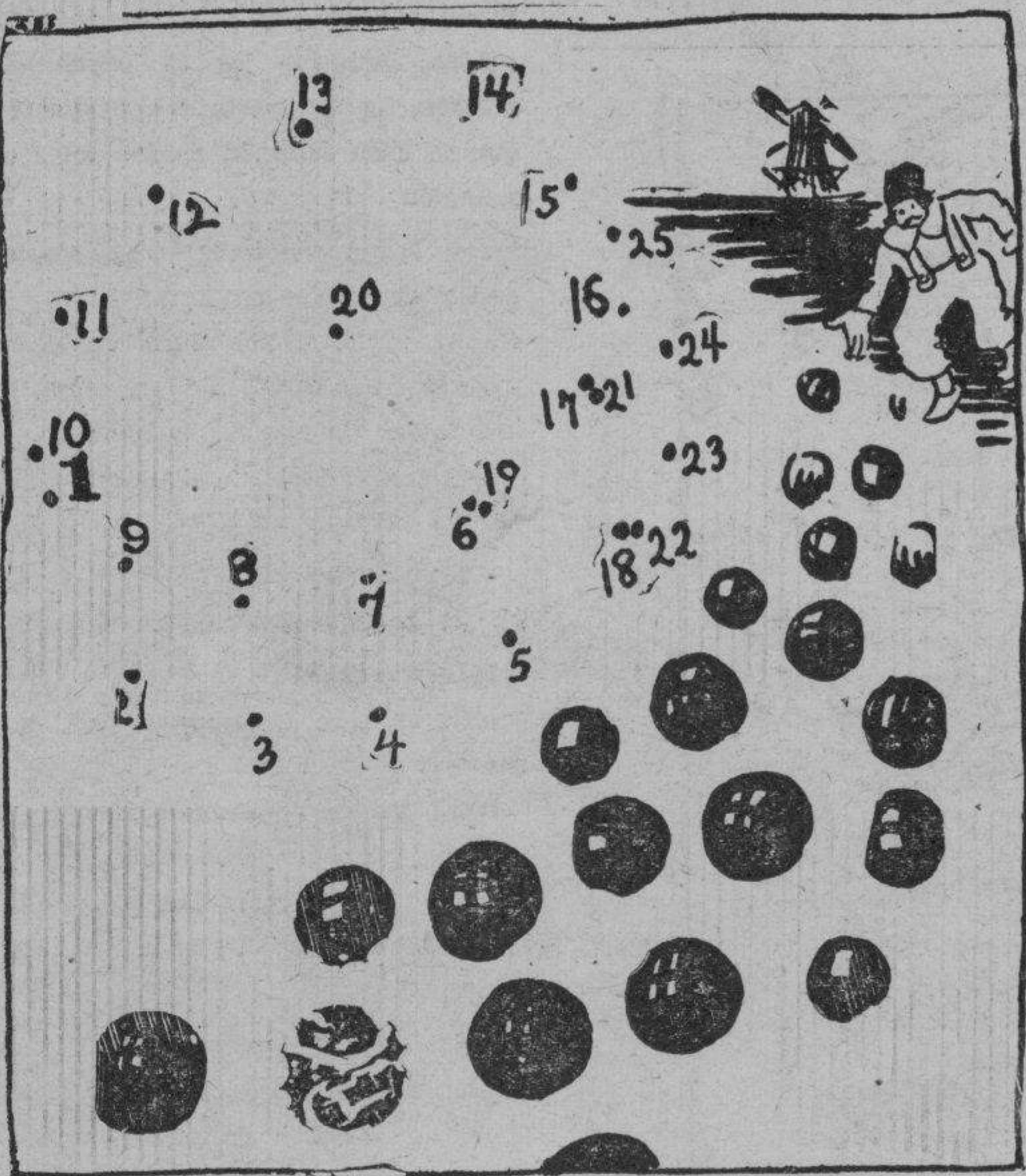
SOLUCION

Pregunta un joven novio qué puede hacer cuando ya no tiene dinero para sacar a su prometida a fiestas o teatros. Es muy sencillo, cásese con ella. (Lock)



DICE LOLITA:

Después de los días de fiesta, la mecanógrafa está cierta de que necesita otro para recuperar...



—¿Qué te parece lo bien que me ha quedado este cuadro? ¿No te parece una obra de arte?
—No. Si quieres que te diga la verdad, lo que has pintado ahí me parece un...—(Vaya trazando líneas rectas entre los números).



DICE LOLITA:

El primer disgusto de la luna de miel viene cuando ella le dice que estuvo a verla un amigo del colegio.



DICE LOLITA:

Un optimista es quien cree que el vino del amor tendrá siempre el mismo gusto.

OR los años de 1888 a 1892, poco más o menos, lo instalamos en los altos del Refrigerador de Mantecón en la calle de San Rafael

Viejas postales descoloridas,



Se sabía de memoria el Quijote, de cuyas bellezas tenemos la idea de que publicó una vez, en un pequeño tomo, una lección muy interesante. Entre sus proyectos literarios contaba una traducción al castellano de la «Atlántida» de Don Jacinto Verdaguer, que no sabemos si al fin logró llevar a cabo. Vestía Don Pedro invariablemente traje color negro, chaquet y bombín; destacándose en su rostro de acentuado perfil catalánico —recio el mentón y la tez pálida— su barba tirando a rojo, corrida y bien cuidada. Había en sus ojos una chispa de inantilidad. Rayaría en los treinta años, edad que en aquel entonces se consideraba provecita. Su modestia y su bondad eran tan grandes como su talento. No perdió nunca su marcado acento catalán. Era un archivo de fechas y una viviente colección de acontecimientos y pasajes célebres. Hoy nos hubiera servido a maravillas en nuestros trabajos periodísticos; pero entonces no «escribíamos postales»; sino que las «vivíamos».

Por aquel tiempo frecuentábamos también a menudo la famosa e inolvidable «Bodega de Alfonso»; pero allí tenían nuestras reuniones más aspecto de franquachelas. El «Braserí» era más serio, más literario, digamos. Nos parece que Don Pedro fué poco a casa de Alonso, o acaso no fué nunca; era comedido y sobrio en todo.

Salíamos del periódico «La Iberia», como dijimos, verdaderamente abrumados por el excesivo trabajo. Existían entonces en la prensa diaria muchas secciones que hoy han desaparecido, como por ejemplo, la llamada «Las Provincias», que se llenaba recortando y reproduciendo noticias y sucesos que publicaban los periódicos de la isla; y cuya redacción invariablemente se encabezaba con esta muletilla: «Nos escriben de Guaracabuya»; «Nos dicen de Pijirigua»; «Cortamos y pegamos del Diario de tal parte»; y también la de «Noticias varias», sacadas a punta de tijera de cuantos periódicos de la isla y extranjeros caían en la redacción, como canje. Había periódicos que ofrecían un buen caudal de informaciones y de tijeretazos, entre los que recordamos: «La Luz», de Guanajay; que dirigía el culto y laborioso periodista de aquella villa don Joaquín M. Aramburo. «El Imparcial», de Matanzas, a cargo de Alvaro de la Iglesia; el «Diario de Las Villas», de Cienfuegos; «El Diario de Santiago de Cuba»; y otros de aquella ciudad en que figuraban las chispeantes plumas de Duczal, Pepe Tamayo y más ricientemente, la de Aristigueta; «El Mayabeque», de Guines, etc.

Hoy, los infinitos corresponsales con que cuentan en el interior las estaciones de radio, le han quitado interés a los sucesos de provincias; los que el público habanero conoce casi al mismo tiempo de haber tenido lugar y cuya facilidad enojosa de trasmisión nos pone a veces en auto de algunos, sin verdadera importancia. Así como se dice hoy de un hábil periodista para calificarlo: «Es una buena pluma»; se decía entonces de otros «Es una buena tijera». Don José Triay, y con justa razón, figuraba en el número de estos últimos; siempre tenía interés, o merecía leerse, lo que él tijereteaba.

Sentados cómodamente en el balcón de nuestro «Braserí», oíamos sus socios, las temporadas de ópera, las tiples y los tenores con que el empresario italiano Sieni, «Napolione», el insustituible Sieni—durante años y años amenizara sus elencos líricos; y aunque todos, en nuestra calidad de periodistas en activo, gozábamos de entrada de favor en el gran Teatro de Tacón, allí vecino, en aquel «Balcony» nos veíamos libres de las exigencias de la etiqueta; y podíamos entablar sin cortapisa las más acaloradas discusiones acerca de los cantantes y de las obras, cuyas nuevas tendencias ya se advierten en «Payasos» y «Cavalleria Rusticana»; y que más tarde se manifestaron en toda su plenitud en «Manón», «Andrea Chenier», «Bohemia», «Tosca», etc. Don Pedro votaba a favor de la antigua ópera italiana. —La melodie; la melodie— repetía con la insistencia de un programa.

Gozaba el Teatro Tacón por entonces, y no sabemos si aún la conserva, la concesión especial otorgada por el Municipio, de que en noche de ópera no circularan vehículos de ninguna clase por el tramo de calle de su costado izquierdo, San Rafael entre Prado y Consulado; de manera que aquél resultaba un patio tranquilo desde el que se podía oír en toda su pureza la voz de los cantantes; una botella «callejeril», como si dijéramos, de la que disfrutaron seguramente no pocos de nuestros lectores, algunos con mayor gusto y sosiego, caso, que los que experimentan hoy en sus cómodos butacones de primeras filas; pagados con usura a los revendedores.

Empezábamos a reunirnos en el «Braserí» después de las diez de la noche; pero cuando se veía más animado era después de terminada las funciones de los teatros; «Albisu», con su zarzuela española, en la que se destacaban Villareal, Piquer, el tenor mallorquín Massanet, que tanto se hacía aplaudir en el género grande; la Rusquella; la Nalbert; o alguna

otra amada tiple española que siempre figuraba en el cartel; Tacón, con su compañía de ópera o alguna dramática avallorada con los nombres de Don Antonio Vico, Sarah Bernhart, Emmanuel, Novelli, la Reiter etc., acerca de los cuales sostenían las más calurosas y a veces, enconadas discusiones los dos cronistas que compartían el cetro de la de teatros: Hermida y el Conde Kostia. Resultaba que Hermida casi siempre había conocido a aquellos artistas en su país de origen; y cada rato citaba a Venecia, o no a cuento, en sus conversaciones de arte. Una vez que Hernández Miyares preparaba un número de Semana Santa, de «La Habana Elegante» al distribuir los trabajos entre sus amigos, según sus inclinaciones, nos hizo reír al decirle a Hermida:

—Usted, Don Pancho; recuerde a ver si se encontró a Judas alguna vez en Venecia; y escríbame algo sobre eso.

Allí, en el «Braserí Club», le dimos a Julián del Casal una fiestecita de despedida, la noche antes de emprender su viaje a España; y allí también le ofrecimos otra de cariñoso recibimiento, cuando volvió años después, triste y desencantado; de su precaria estancia en la Villa y Corte, que lo era entonces de los milagros para los poetas de su estirpe. Igual odisea había sufrido en pasadas épocas, el poeta natural de Matanzas, Relito Otero quien después de una temporada de privaciones volvió a su encantadora ciudad natal, para, al poco tiempo, languidecer y morir asilado en un manicomio... Allí, en el «Braserí Club», se concertó en principio aquel famoso duelo entre Antonio San Miguel, director de «La Lucha», y Santos Villa, de «La Discusión», con motivo de un reportaje sobre un secuestro de Manuel García; allí nos leía Alfredo Martín sus artículos de «La Lucha», encantándonos con la exuberancia y pomposidad de aquella su exquisita prosa que manejaba como uno de los grandes maestros del habla castellana; allí nos deleitaba, y enseñaba, Valdivia, recitándonos en francés los yámbicos sonoros y fustigantes de Barbier; los exquisitos poemas de Alfredo de Musset:

Je suis Mimi Pinsón...

Y allí al «Braserí», venía con frecuencia Prollezzo, aquel pintoresco bohemio que conocía toda la Habana y que se hizo célebre por su vida fantástica y paradójica. Entretenía oírle contar sus viajes, muchos desde luego, imaginarios. Según él, había residido largas temporadas en la India, en el Egipto, en la China, en el Japón; y aquí sobre todo, había tenido grandes amistades con los «samurais», nobles del país; algunos de los cuales ostentaban nombres tan pintorescos como «Cocotazo», «Chuchumeco», «Tacotaco», «Basurita» y otros de igual estructura eufónica, desde luego, inversión del incorregible mentiroso.

Algunas veces Mantecón, el dueño de la barra que había establecido en el piso bajo, subía al «Braserí» a hacernos compañía; y no pocos de nosotros, al verlo, nos echábamos a temblar, pensando en las respectivas cuentecitas que saldábamos con harta morosidad; pero el bueno de Mantecón nos volvía el alma al cuerpo diciéndonos.

—No se ocupen, muchachos; cuando publiquen sus libros ya las saldrán.

Pocos libros publicamos; y ya pueda sacarse la consecuencia.

Este bar de Mantecón, por ser uno de los primeros que dió a conocer, y puso

(Continúa en la página 16).

VIEJAS POSTALES

Descoloridas

(Viene de la pág. QUINCE)

a la venta, el laguer-beer en la Habana; allá por los años del 79-80-81, etc, el cual se recibía de New York en barricas; y se destallaba en vaso de diez centavos billete, con acompañamiento de lonjas de jamón o cuadrados trocitos de queso, a escoger. Lo que se consumió hasta entonces, y por cierto en desmedida abundancia, era la cerveza inglesa marca «T», que venía embasada en toscas botellas de barro; las cuales ya vacías, se utilizaban en los jardines particulares para demarcar los canteros. Aún no se habían fundado ni La Tropical ni La Polar. La primera se fundó en el año 1888 y su fábrica de hielo en 1924. Cuando empezó a conocerse y popularizarse el laguer en la Habana, algunos consumidores, aún no habituados, y para soportar su pronunciado amargor, lo tomaban con «un poco de sirope»; y de ello hizo buena burla, como se recordará, en sus humorísticas crónicas, el querido y malogrado periodista Víctor Muñoz: casi casi, hasta no hace mucho, relativamente, nuestra modesta Habana era una aldea grande que en materia de bebidas y refrescos se contentaba con el «drake», el «meneao», el «martínez campos», «una Campana con gotas amargas», y el «chichipó», gaseosa a la que le dió ese nombre su primer fabricante Chichí Pó; excepción hecha, desde luego, del Nectar Soda de San Rafael «El Decano» que señaló, hasta hace poco, un honoroso aparte aristocrático en el ramo; y que por lo antiguo, quizás fuese el primer refresco que saboreó Colón, después de celebrar la primera misa cabe la histórica Ceiba del Templete.

Todo el establecimiento se concretaba a un estrecho y reducido local, con diez o doce sillas a lo sumo, a ambos lados; y al fondo, la alta y niquelada mesa mostrador en la que se asentaba el también niquelado recipiente, que contenía el exquisito y bien preparado refresco, el cual hacía salir oprimiendo arriba una diminuta perinola, el mismo propietario del establecimiento, aquel individuo rechoncho, de mediana estatura, rubicundo rostro y barba terminada en punta, que estuvo sirviendo tan grato néctar a sus asiduos clientes, día y noche, durante más de cuarenta años; hasta que le cedió el negocio a sus sobrinos, y éstos lo explotaron un buen tiempo. Este pequeño local que no ocuparía más de cinco metros de frente por siete u ocho de fondo, se veía incesantemente visitado hasta la una de la madrugada por todas las clases sociales de la Habana; el vaso pequeño de néctar costaba diez centavos billete; y veinte el grande. Fabricaban allí, además de néctar soda en un decir, billeticos de banco que era un gusto. Se hizo un hábito para los transeúntes de San Rafael entrar en «El Decano», a refrescar. Un señor llamado Rafael Díaz, actor en su juventud del género vernáculo, más tarde agente de Aduana; y luego dedicado a varios negocios, adquirió y elegantizó aquel local últimamente; pero el próximo salón del Ten Cen que también ofrecía al público una amplia barra de bien servido lunch y delicados reísecos, se declaró su rival, resultando al cabo victorioso en la competencia y obligando al néctar habanero a cerrar sus puertas para siempre.



ASI COMO EL BUEN DIRECTOR DE ORQUESTA CONOCE
CON LOS OJOS CERRADOS, CUANDO ALGUIEN HA
DADO UNA NOTA FALSA,

Así también, quién conoce lo bueno a ciegas usa

Dentol

Fabricado según los trabajos de Pasteur, el DENTOL destruye todos los microbios nocivos de la boca y en pocos días dá a los dientes una blancura resplandeciente.

AHORA:

Tubo medio no \$0.20
Tubo grande \$0.40



Representantes Exclusivos

Apartado 2143
Habana.

El «Braserí Club», como todas las cosas, empezó a languidecer; y con la dispersión de sus miembros, allá del 92 al 96, se precipitó su última hora. Cuando años después perdió Mantecón por completo la vista, al encontrarse con algunos de nosotros, sólo de oírnos hablar demos-

traba el más profundo regocijo en su plácido rostro de ciego; y era que el eco de aquellas voces le traía a la memoria los gratos recuerdos de aquel alegre y ruidoso «Braserí Club» de mejores tiempos. Aunque privado de la luz del sol, Mantecón continuó siendo siempre un an-

daluz de «buena sombra». Era muy querido en el comercio y muy considerado en todas partes. Después ocupó aquel local del «Braserí Club», una sombrerería, en los bajos; pero ya eran otras las cabezas que iban por allí; y algunas no usaban sombrero.

La muerte de la MATA HARI japonesa y el espionaje Germano-Japonés

CUANDO se quiere expresar el prototipo de la espía lista, apta se la llama Mata Hari. De ese modo en todas las grandes potencias donde se practica esa moderna e inconfesable profesión,—al par que peligrosa—hay espías más o menos conspicuas, a las que inmediatamente se dedica el consagrante apéndice de Mata Hari.

han salido a relucir, no una, sino dos Mata Haris. Una de ellas, es la suave, gentil, linda chinita Peiping Lily Lee, adicta a las modas y procedimientos occidentales, quien fué detenida por las autoridades chinas en el mes de noviembre pasado, «para observación». No sabemos e lhadado que haya cabido a la dinámica muchacha, que al revés de la verdadera Mata Hari, tomó a su cargo la misión de introducir en el Oriente las danzas occidentales.

La otra Mata Hari, era la japonesa—si es que se le puede llamar así—Yoshimiko Kawashima, una ex princesa manchú, que parece había sido durante mucho tiempo espía de los nipones. Según se asegura, la citada espía, fué asesinada por unos supuestos patriotas chinos recientemente.

UNA BAILARINA QUE ENLOQUECIA A LO SHOMBRES

La verdadera Mata Hari—que entre paréntesis, parece que sucumbió al poder de seducción de uno de los escritores y periodistas más relevantes que ha producido Hispanoamérica, el fallecido guatemalteco Gómez Carrillo, que también poseyó el amor de la célebrima Raquel Meller—fué sin duda una de las mujeres espías con que contó Alemania en la guerra mundial y durante los tres primeros años de la contienda—no fué cogida hasta 1917—obtuvo información militar valiosísima, que sus amigos le proporcionaban de una manera u otra sin sospechar ni remotamente que aquella bella mujer que parecía haber sido creada para la danza y el amor, pudiera estar a sueldo del Servicio de Inteligencia del Kaiser. Nunca se supo el lugar donde había nacido Mata Hari, aunque se supone era oriunda de los Países Bajos y habiendo vivido en Java en un fecha u otra, se hacía pasar por javanesa.

Las danzas sensuales de Mata Hari parecían enloquecer a los hombres, y su fama fué tan grande que para ciertas reuniones «bien» de París, y Londres, se buscaba a la bailarina, que se desnudaba mientras danzaba, hasta ofrecerse a la vista del público en plena floración de su belleza. Naturalmente, tenía adoradores a docenas, que ella escogía entre los alocados muchachos o lascivos viejos que más información militar le podían proporcionar.

En julio de 1917, Mata Hari fué conducida ante el pelotón militar que había de fusilarla. Pidió y obtuvo que se le permitiera usar uno de sus mejores trajes y las joyas que había lucido en sus noches de triunfo por estimar que uno y otros eran como el uniforme que le correspondía a la labor que había realizado en el mundo. Sobre la vida y muerte de Mata Hari se han escrito millones de cuartillas y se han filmado buen número de películas.

UNA MATA HARI VIVA Y OTRA MUERTA

Las dos Mata Haris orientales también tienen historias interesantes: Peiping Lily Lee, que fué arrestada en Chugking cuando se disponía con dos amigos a tomar un avión para Hong Kong, parece que cultivaba antes de su arresto

LA GUERRA DE ESPAÑA DESCUBRIÓ A LOS RUSOS LA ALIANZA GERMANO-JAPONESA DE ESPIONAJE, AL ACUDIR MILITARES JAPONESES A BURGOS A ESTUDIAR LA ARMAS Y MUNICIONES DEL SOVIET.—LO QUE FUE LA VERDADERA MATA HARI, QUE SE HACIA PASAR POR JAVANESA, Y LO QUE HAN SIDO LAS DOS MATA HARI ORIENTALES DE QUIEN HAN ESTADO HABLANDO LOS PERIODICOS EN LOS ULTIMOS TIEMPOS CON MOTIVO DE LA GUERRA EN CHINA.

la amistad de distintos miembros del los Departamentos de Guerra y Relaciones Exteriores del gobierno chino, pero en lugar de habérsela considerado hasta entonces como enemiga de su patria, se comentaba favorablemente todo lo que

había hecho con el propósito de occidentalizar a la China, por lo que ello tenía de ventajoso para sus compatriotas. Una vez fué elegida «reina de los cabarets», y ella aceptaba con orgullo el título de introductora en el Oriente



SE HA ANUNCIADO EL ASESINATO DE LA MATA HARI JAPONESA

Yoshimiko Kawashima—a la derecha—princesa manchú que actuaba de espía de los japoneses en China, se dice que ha sido asesinada por unos patriotas chinos. Aquí aparece retratada con una amiga, vestida de hombre.

de casi todas las danzas occidentales de más éxito.

En cuanto a Yoshimiko Kawashima, parece que se trata—o se trataba,—de una verdadera profesional en el arte de engañar a los demás por todos los procedimientos. Su muerte se dice ocurrida el 30 de diciembre pasado, en la población de Tientsin, lugar donde se encontraba debido a los planes del gobierno japonés, para crear un nuevo Gobierno Central en China. Los asesinos parece que siguieron sus pasos desde Hong Kong, donde había estado en contacto con los líderes japoneses y los personajes chinos que han aceptado las proposiciones niponas respecto a un nuevo régimen bajo su supervisión.

Parece que la Mata Hari japonesa era hija del príncipe Su, noble manchú que perteneció a la corte de Pekín, hasta la revolución de 1911. La muchacha, hija de una concubina japonesa del príncipe, fue adoptada por una familia nipona cuando su padre cayó en desgracia, y fué educada en buenos colegios de China y Japón, donde se hizo notar por su facilidad para aprender las lenguas extranjeras.

Tenía 18 años cuando se casó con el príncipe Pan Chulchab de Mongolia, y fué inmediatamente después de ese matrimonio cuando inició su carrera de espía, reportando a los japoneses sobre las actividades del Soviet, actividades que trajeron como resultado la creación de la Mongolia Exterior a costa de China y bajo el protectorado de los rusos. Una vez que la princesa tuvo de su marido toda la información que deseaba, se disfrazó de hombre—costumbre que continuó practicando hasta su muerte—y de ese modo pudo llegar hasta los japoneses, en cuyas manos puso toda la valiosa información que poseía.

Aquella labor le produjo amplio reconocimiento por parte de las autoridades niponas, que desde entonces confiaron en ella como en una de sus mejores espías. Y se dice que sus actividades fueron también muy importantes en los sucesos posteriores que culminaron en la guerra de Manchuria y la creación del nuevo estado conocido por Manchuko. Se dice que fué ella quien se puso al habla con el antiguo emperador Pu Yi para que fuera a Manchuria y asumiera la responsabilidad de emperador con el nombre de Kang Teh.

ALEMANIA Y LA JUANA DE ARCO DE JEHOI

Cuando en 1933 fué uno de los organizadores del «Ejército de Hierro y Sangre» que peleó con los japoneses en la conquista de Jehoi y la invasión de la China del Norte, hecho que produjo la capitulación de China, se la llamó también la Juana de Arco de Jehoi. En esa campaña resultó herida y al ir a recuperar al Japón, públicamente se le dió crédito por haber laborado sin descanso por la causa japonesa, llegando hasta a ser en una ocasión la concubina de uno de los jefes chinos más significados, para así, obtener toda la información que necesitaba.

Con la muerte de la Mata Hari japonesa, como se ve, los japoneses han perdido uno de los miembros más valiosos de su Servicio de Espionaje. Y en este caso sí que nos atrevemos a afirmar que Alemania no le podrá proporcionar al Japón una espía que pueda sustituir en el Lejano Oriente a la desaparecida.

Forque,—el lector acaso no lo sepa—parece que Alemania, desde hace varios años, le viene suministrando al Japón in-

Continúa en la página 27.

CON motivo del papel de Rasputin que tenía que hacer en la película, mi hermano Lionel estaba furioso con sus barbas. Tomaba una hora en ponérselas, pedazo a pedazo, y esto le causaba tal ira que en sus momentos más volcánicos en escena, todo lo que tenía que hacer era pensar en ellas para hacer la representación más dramática de su vida.

Una tarde se las quitó, creyendo que había terminado la tarea del día. Pero el supervisor, Bernie Hyman, le gritó desconcertado, cuando ya era demasiado tarde:

—Lo siento, pero no me ha entendido. Tenemos que repetir la escena. Quiero hacer un cambio.

—¿Y tengo que echarme una hora en ponerme estas barbas monstruosas?—preguntó Lionel.

Bernie movió la cabeza afirmativamente.

—Bernie, —repuso Lionel— eres la clase de persona que, cuando naciste, miraste al médico y le gritaste: doctor, ahora lo haremos de nuevo a mi manera.

El supervisor soltó la carcajada, y entonces Lionel se dedicó a ponerse las barbas.

Cuando Ethel llegó a Hollywood se encontró con un país extraño y desorganizado. Estaba acostumbrada a una vida teatral bastante ordenada en la que su representante compraba un drama y ella seleccionaba el reparto, hacía los ensayos y lo ponía en escena.

—¿Cuándo empezamos a trabajar?, me preguntó a los tres días de no hacer nada.

—Tan pronto tengan el libreto.

¿Quieres decirme que todavía no tienen el libreto?

—Tienen seis, pero no creen que ninguno vale la pena.

—¡Válgame Dios!, —exclamó Ethel.

—Ojalá no encontremos uno bueno en seis meses, —le repuse—. Yo estoy jugando golf y divirtiéndome la mar. Lionel se la pasa trabajando en sus dibujos. Ten calma, Ethel. Goza del clima de California. Ya conseguirán un libreto. Siempre acaban por conseguirlo.

—Yo me ocuparé de eso, —dijo ella.

Aunque nuestros sueldos no empezaban a ser pagados hasta comenzar la cinta, lo que le preocupaba a Ethel era que debía regresar a Nueva York a ensayar una obra. Al día siguiente se fué a ver a Talberg, que también estaba preocupado con el asunto del libreto.

—¿Por qué no contratan a Charles Mac Arthur para que lo escriba? insinuó ella.

Mac Arthur es un excelente dramaturgo, y está casado con Hien Hayes, la actriz amiga de Ethel. Acababa de llegar a Hollywood con el fin de descansar.

—Ese es el hombre, —replicó Talberg.

—Pero no lo hará.

—Yo conseguiré que lo haga, —respondió Ethel.

Aquella noche fué a la casa de Mac Arthur. Le hizo una señal a Helen Hayes y sacudiendo por los hombros a Arthur, le gritó:

—Tienes que escribir a Rasputin.

—¡No! ¡De ningún modo!

—Tienes que escribir el Rasputin!

Charles agarró a su mujer como un escudo y contestó:

—Señora, prefiero morir a escribir el Rasputin.

—Perezoso. Incompetente. Cobarde. Ocioso. Necio. Vas a escribir el Rasputin.

Helen Hayes protestó y dijo:

JOHN BARRYMORE REANUDA EN ESTE SU SEGUNDO ARTICULO, EL HILO DE LA CONVERSACION CON NUESTROS LECTORES, HABLÁNDOLES DE LAS INTIMIDADES DE SU FAMILIA, CONSIDERADA YA—Y CON EXACTA JUSTICIA—COMO UNA DINASTIA DE ARTISTAS QUE DIERON GLORIA AL TEATRO, Y DESPUES AL CINEMATOGRAFO.



Lionel, Esthel y John Barrymore vestidos para lo obra «Rasputin». Lionel es el Monje, Esthel la Zarina y John, Pablo.

Como JOHN BARRYMORE se vengó del Gran Duque Boris

A JOHN UNA CORISTA DE QUIEN ESTABA ENAMORADO Y COMO AÑOS DESPUES EL ACTOR LE COBRO LA DEUDA RIDICULIZÁNDOLO EN LA PELICULA «RASPUTIN».—PARA QUE EL DRAMATURGO CHARLES MAC ARTHUR ESCRIBIERA EL LIBRO DE LA MENCIONADA CINTA, ETHEL BARRYMORE TUVO QUE AMENAZARLO CON QUEMARLE LA CASA.—COMO LOS BARRYMORE ENGAÑARON A UNA CONVENCION DE PERIODISTAS REUNIDA EN LOS ANGELES. «JOHN BARRYMORE. CERVEZA Y LICORES», ERA EL CARTELITO QUE EL GRAN ACTOR QUERIA QUE LE COLGARAN EN LA PUERTA DE SU CAMERINO.

por JOHN BARRYMORE



Ethel Barrymore en una escena con el pequeño Zarevitch.

—Charles, nunca ninguna mujer te ha hablado así. ¿Qué piensas hacer?

—Nada de Rasputin.

Ethel tiró al suelo un montón de libros y revistas que había sobre la mesa.

—¿Quiere que le destruya esta casa?

—¡Por Dios, Ethel! ¡Es la única que poseo!

—¡Lanzaré esa lámpara contra la pared!

—Cuidado, Charles; ¡que lo va a hacer!

—gritó Helen.

Está bien, —respondió él. —¿De qué se trata? ¡Lo escribiré!

Ethel se quedó allí hasta las tres de la madrugada contándole todo lo que sabía de la historia de Rusia, que era mucho. Ethel conoció al Zar y a la Zarina en Londres, con ocasión de los funerales de la Reina Victoria. Hacía en la capital inglesa el drama «Pedro el Grande» con Sir Henry Irving en el papel estelar y se hospedaba en Stafford House con la Duquesa de Sutherland. Estando allí, el Zar y la Zarina fueron festejados por el Duque de Sutherland.

De modo que Charles Mac Arthur escribió el libreto.

El trabajo de investigación que se realizó fué estupendo. Todos los detalles, la escenografía, los gestos, el vestuario, fueron estudiados por peritos. El director fué un ruso, Richard Boleslavsky.

Durante todo el tiempo estuvo en el taller un oficial de la guardia del Zar, ayudando a vigilar la fidelidad de los pormenores. Hasta las joyas que lucía Ethel eran reproducciones exactas, inclusive el número de perlas y diamantes que había en cada gema.

Aunque yo había conocido a los miembros de la familia real, sabía muy poco de la historia de Rusia. Hacía nueve años, estando a bordo del yate del Duque de Westminster en Biarritz, conocí a dos damas vestidas de negro, hermana y sobrina respectivamente del Zar. Solamente recuerdo que me dijeron haber visto a Lionel en una película de trama rusa titulada «Los enemigos de la mujer», y les extrañó que los personajes rusos que aparecían actuaran tan diferente de los rusos auténticos. Les contestaré que ese era secreto del cine que no podía divulgar. Me dijeron entonces que creían era una tontería guardar secretos de esa clase.

No sé si aquellas señoras viven aún

(Continúa en la página 27-)

LOS LIBROS Y SUS AUTORES

NOTAS BIOGRAFICAS

LAS GRANDES COLECCIONES ARGENTINAS

ARRIBA: La joven que con su desgraciada aventura — Jeanne Walters — dió a Mr. Dewey, el Fiscal de New York, la pista exacta que le sirvió en el desarrollo de su sensacional campaña contra el hampa de la gran ciudad americana. Para un ojo lince como el del ex candidato al Gobierno de New York, no pasaron desapercibidos los detalles más importantes de la aventura, que supo aprovechar en beneficio del imperio de la justicia



Nick Montana, el astuto secretario del famoso Luciano, que también cayó en las redes de Mister Dewey, dando como consecuencia de ello con sus huesos en la cárcel.

ya a más de 120, número este que por sí solo da idea clara de la magnitud de este caso...

Dewey, pues, obtiene así otro resonante triunfo.

Dewey prosigue triunfalmente su campaña para sanear Nueva York y agrega otro fundamento más para que sea suyo desde luego ese título de «Enemigo número uno del delito».

MUY BREVES

COINCIDENCIA

Se anuncia un servicio religioso en acción de gracias para matrimonios felices. Lo curioso es que el servicio tendrá lugar en la más pequeña de las iglesias de Londres.—(The Daily Express).

PERO...

Dice un químico que el benzolsulfoncinud es más dulce que la miel. Pero habrá que ordenarlo por escrito al almancenero.—(New Yorker).

Fué el Profesor Charles William Eliot, famoso Rector de la Universidad de Harvard, quien primeramente se preocupó en América por la orientación sistemática de la lectura, como antes se había preocupado con la enseñanza y logrado establecer en dicha universidad la reforma de los estudios libres y electivos en sustitución de los cursos obligatorios prescritos por la Facultad.

A él le debemos la idea del estante de libros selectos «cuya fiel y cuidadosa lectura le darán a cualquier persona los conocimientos esenciales de una educación de tipo liberal». Desde entonces goza de renombre entre el público de habla inglesa el método de agrupación de obras en ediciones especiales. La colección de los «Clásicos de Harvard», en la que la idea original de Eliot se ha transformado en la más completa síntesis de la producción literaria del mundo, es uno de los mejores ejemplos que pueden citarse.

Don José Vasconcelos, durante su incumbencia en el Ministerio de Instrucción Pública de México, intentó hacer la divulgación popular del libro con las ediciones de clásicos vertidos al castellano que llevaban el lema «Por mi Raza Hablará mi Espíritu», y hay una anécdota muy graciosa sobre el caso. Parece que los ejemplares de los dramas griegos se imprimían por millares y se agotaban con rapidez, a lo que se le quejaban los subalternos a Vasconcelos de que la gente andaba robándose los libros, y había que hacer algo para impedirlo. El Ministro contestó, indignado, que nada había que hacer, sino celebrar el hecho, porque aquellos libros irían siempre a parar a manos de alguien que los leyera y eso era lo esencial del proyecto.

CLASICOS Y MODERNOS

Entre los esfuerzos que se vienen realizando en Hispano América por la orientación de la lectura hay que mencionar las excelentes colecciones de las editoriales de la Argentina entre ellas la llamada «Las Cien Obras Maestras de la Literatura y del Pensamiento Universal» de la Editorial Losada de Buenos Aires.

Las últimas obras aparecidas en esta serie son: «Facundo», de Sarmiento; «En la Bahía», por Katherine Mansfield; «La Ruta de Don Quijote», por Azorín; «Las Aventuras de Tom Sawyer», por Mark Twain; «El hombre que fué Jueves», por G. K. Chesterton. Antes ya se habían publicado doce obras escogidas de diversos autores de primera categoría como la versión moderna, en verso de Franz Kafka, el escritor checo, por Jorge Luis Borges; «El Decamerón Negro», de Frobenius; y «La Agonía del Cristianismo» de Unamuno.

«La Colección Estrada», que ofrece la editorial «La Facultad» de Buenos Aires, es otro proyecto de mérito. Aparte del texto de «Mi Vida», del gran Sarmiento ordenado y anotado en dos tomos, por Julio Noé, esta empresa ha publicado ya los «Viajes y Otras Páginas Literarias» de Santiago Estrada y la «Apología de Sócrates» de Platón. De las cien y pico de obras que se propone publicar, ya están en prensa unas cuantas de Romero, Avellaneda, Figaro, Echevarría, etc. Son volúmenes econó-

micos de bolsillo cuyo costo no pasa de 40 centavos de dólar el ejemplar, precio muy conveniente para los estudiantes.

La Editorial Sopena, de Buenos Aires, está contribuyendo de una manera constructiva a la divulgación de los clásicos de la literatura entre las generaciones jóvenes con la publicación de su valiosa colección de obras célebres en las ediciones de la Biblioteca Mundial.

Entre otros títulos recientes de esta biblioteca figuran las obras más notables de Cervantes, Dante, Dostoiewski, Dumas, Eca de Quiroz, etc. «El noventa y tres» de Victor Hugo apareció a fines de septiembre, al igual que «La Vuelta al Mundo en 80 Días», de Julio Verne. De los últimos seis meses son también las ediciones de «La Dama de las Camelias» y «Los Tres Mosqueteros», de Dumas, hijo y padre, «Ivanhoe», de Walter Scott, y «Naná», de Emilio Zola.

Casi todos los genios literarios figuran en la selección de Sopena. Edgar Allan Poe, en cuyo tomo están las «Historias Extraordinarias» y las «Aventuras de Gordon Pym», y Oscar Wilde, con un volumen que contiene dos de sus más deliciosas piezas, «El Abanico de Lady Windemere» y «La Importancia de Llamarle Ernesto».

«Facundo», de Sarmiento; «Cándido», de Voltaire; «El Criterio», de Balmes; y «El Príncipe», de Maquiavelo, forman, hasta ahora, parte del grupo más serio de obras de autores-filósofos en esta serie. Los clásicos españoles más notables, siempre importantísimos en tales colecciones, no faltan: están Cervantes, Alarcón, Pereda y Valera. Las obras de tradición, que ningún joven debe dejar de leer antes de los 25 años, como el «Hamlet» de Shakespeare y «La Ilíada» de Homero, también abundan; así también Dickens con su inmortal «Oliverio Twist»; Stevenson con «La Isla del Tesoro»; Tolstoi con «Resurrección» y Hernández con «Martín Fierro».

Interesa enormemente a los lectores otro tomo de la referida serie, y es el de Chateaubriand. En este volumen están incluidos «Atala», «René» y «El último Abencerraje», joyas que revelan la virtuosidad de aquel espíritu inquieto aunque no hayan sido tan celebradas como «El Genio del Cristianismo» y las «Memorias de Ultratumba».

Los volúmenes comprendidos en esta serie han sido cuidadosamente impresos y encuadrados en rústica con una carátula ilustrada en cada caso. En la contratapa aparece un dibujo del autor de cada obra hecho a pluma por el artista Corvalán. El texto, compuesto en tipo muy elegante a dos columnas de a a dos pulgadas en páginas, ha sido integralmente incluido de acuerdo con las ediciones originales.

que, de acuerdo a los sistemas que ha puesto en evidencia, el fiscal de Nueva York sólo procede cuando los hilos de la red están en sus manos.

En esta oportunidad, el primer hilo de una vasta madeja fué puesto en sus manos por la joven Walters, quien a través de sus palabras dió a Dewey la sensación exacta de encontrarse frente a una temible organización con ramificaciones en todo el país.

OTRA GIGANTESCA «GANG»

Los pocos detalles concretos y estadísticos que se conocen respecto a este nuevo asunto que apasiona ahora a Nueva York bastan, sin embargo, para dar la sensación de que la justicia se encuentra abocada al esclarecimiento de las actividades de una gigantesca banda, comparable casi a la que formaron durante la prohibición los contrabandistas de bebidas alcohólicas.

Esas primeras informaciones afirman que se ha destruido, merced a la diligencia de Mr. Dewey, un verdadero sindicato de explotadores en cuyas manos giraba un capital de no menos de 10.000.000 de dólares, mientras que los beneficios obtenidos con su tenebroso tráfico alcanzan holgadamente al millón por año.

La detención de Charles Luciano se considera vital para el éxito del proceso que se ha de instruir en breve, pues la justicia tiene pruebas terminantes de que este extraño individuo de antecedentes oscuros, era quien se hallaba al frente del citado sindicato. Asimismo, todos los demás detenidos que fueron localizados en diversas partes del país están afiliados como los principales integrantes de la organización, igual que las mujeres mencionadas al comienzo de esta crónica.

El total de las detenciones efectuadas en el curso de dos semanas alcanza

Es la Secretaría del Comercio antesala de la Presidencia de los Estados Unidos?



TOMANDOLE EL JURAMENTO DE MIEMBRO DEL GABINETE DE ROOSEVELT
El Presidente Roosevelt observa cómo el Juez del Tribunal Supremo, Stanley Reed, toma el juramento de rúbrica a Harry L. Hopkins, nuevo Secretario de los Estados Unidos. Mr. Hopkins era el Administrador de la Works Progress Administration.

LA renuncia del Secretario del Comercio de los Estados Unidos, Mr. Daniel Roper, elevó a la categoría de consejero oficial del presidente Roosevelt al discutido Mr. Harry L. Hopkins, que hasta ahora había venido siendo administrador de la PWA (Public Works Administration) el departamento gubernamental que ha distribuido miles de millones de dólares para obras públicas en todo el país.

Aunque ha habido un comentarista que ha asegurado que el ascenso de Mr. Hopkins ha venido a ser «una patada escaleras arriba», una forma de anticiparse al ciclón que esperaba al administrador de la PWA—acusado de haber usado los dineros bajo su custodia para la reciente campaña política de la que tan mal librados salieron los demócratas—cuando se reuniera el nuevo Congreso, lo cierto es que se asegura que el presidente Roosevelt ha puesto los ojos en él como sucesor a partir de marzo de 1941, por lo cual lo ha llevado al departamento que sirvió a Herbert Hoover de escalón que lo encumbrara a la Presidencia de la República.

El cargo que los republicanos y muchos de sus correligionarios demócratas le hacen a Mr. Hopkins, consiste en que habiendo sido provisto de dinero para atender a las necesidades de la WPA hasta el mes de marzo próximo, él aumentó el número de empleados durante el período electoral con el propósito de obtener de esa manera votos para los candidatos gubernistas. De ese modo ha expuesto a la cesantía a varios millones de esos empleados del gobierno, al agotarse los fondos con antelación a la fecha que debían alcanzar.

La amistad de Mr. Roosevelt y Mister Hopkins es estrechísima y se puso de manifiesto durante las fiestas pascuales recientes, cuando el nuevo secretario del Comercio fué el único individuo fuera de sus familiares que tomó parte en ciertas ceremonias a que acudió el Presi-

Se dice que el presidente Roosevelt ha nombrado a Harry L. Hopkins para dicho puesto, con intención de que imite a H. Hoover.—Los adversarios del Presidente y de su «ahijado» aseguran, en cambio, que Roosevelt sólo ha querido parar el golpe que le venía encima al administrador de la WPA, por haber empleado el dinero de su departamento en hacer la campaña electoral gobiernista.

dente. Esa estrecha amistad data desde la época en que Franklin D. Roosevelt era gobernador del estado newyorquino.

¿Está Mr. Hopkins capacitado para

desempeñar un puesto de tan grande responsabilidad en estos momentos críticos? El general Hugh S. Johnson, primer administrador que tuvo la fenecida NRA,

lo niega. De todos modos su historial comprende una sucesión de cargos que estaban relacionados con el mejoramiento de los infelices y los necesitados, pero que nada tenían que ver con el hábil manejo de los resortes que destruyen o engrandecen el comercio de un pueblo.

Mr. Harry L. Hopkins nació en 1890 en Sioux City, estado de Iowa, y a los 21 años terminó su carrera universitaria en la universidad de Grinnel.

En cuanto finalizó sus estudios fué nombrado supervisor de la Asociación para el Mejoramiento de la Condición de los pobres, y desde entonces y hasta que Mr. Roosevelt lo colocó al frente de la WPA, sus actividades fueron dirigidas a mejorar la salud y las condiciones de sus semejantes.

En 1918 fué hecho secretario de la Comisión de Mejoramiento del Niño, y cuatro años después se unió a la Cruz Roja, siendo hecho director de la división de New Orleans.

Después de haberse pasado dos años en el mencionado cargo, volvió a la Asociación para el Mejoramiento de la Condición de los Pobres, como auxiliar del director de la organización. Luego fué director de la Asociación para la Salud y contra la Tuberculosis de Nueva York.

En 1931 fué hecho director ejecutivo del Comité de Alivio del Desempleo del estado de New York y poco después el gobernador Roosevelt lo nombraba también presidente del mencionado comité.

En cuanto Roosevelt subió a la presidencia, encargó a Hopkins de la administración de los fondos destinados a las obras públicas que comenzaron a efectuarse por el gobierno federal en todos los Estados y que han consumido varios miles de millones de dólares. La primera cantidad que colocó en sus manos fué de 500 millones de dólares.

CURIOSIDADES

REGENERACION DEL PERFUME DE LAS FLORES

He aquí un procedimiento muy sencillo que indica un profesor de Química, Mr. Baillif, para devolver a las flores naturales, el perfume perdido al marchitarse y para comunicárselo a las flores artificiales.

Cuando las flores se marchitan, se las sumerge primeramente en una solución extendida de cloruro de amoníaco que las revivifica; luego se las rocía con una solución alcohólica de la propia esencia natural o artificial.

Si se trata simplemente de reforzar el perfume de una especie determinada, se colocan las flores impregnadas de glicerina en una ne-

vera, donde se inyecta, por medio de un pulverizador de bomba, una corriente de ácido carbónico saturado del perfume que se quiera reforzar. Su intensidad dependerá del tiempo que dure la operación.

Cuando se quiera cambiar el perfume de una flor, bastará despojarla de su aroma por medio de agua bromada, y comunicarla luego la esencia que se desee.

Por este sencillo procedimiento se puede comunicar cualquier perfume a las flores artificiales.

Los chinos no llevan más que cinco botones en sus chaquetas para tener a la vista algo que les recuerde las cinco virtudes morales más importantes que recomendó Confucio, y que son: bondad, justicia, orden, prudencia y rectitud.

ORIENTE Esta su vida en MERCADOS

(Viene de la pág. 20)

Estas muchachas tunecinas muestran el rostro, el cabello adornado con... y también el busto desnudo; y mueven despreocupadamente, haciendo circular las monedas agujereadas que salen de sus vestidos.

Hay más allá, un músico negro que ha venido desde el Sudán con su... y con su sonrisa brutal, con su... achatada y con esa piel de tigre pretende evocar una aventura hecha en la selva. Y después, rodeado por un grupo de curiosos, está el encantador de serpientes, que paraliza a los ofidios con sólo pasarles las manos por el lomo, como quien soba con... Los ofidios, se quedan rígidos, inertes. El encantador articula una palabra. Alá, vuelve a pasar la mano por el lomo del animal, y éste se ondula, suavemente primero, bruscamente después, erguirse mostrando su lengua viva.

El mercado es el nexo de todas las gentes de cualquier condición. El tambor que suena monótono y pesado, pero atrae a los aquellos que oyen el ritmo mecánico. Quien acciona, lo hace mecánicamente, casi sin oír el ruido que produce. Y a veces, dormita sin cesar un instante de tocar.

El narrador que comienza también monótonamente, y pareciera que su voz fuera de los siglos. Pero, paulatinamente, cobra vivacidad y fuerza, agitando los brazos, gesticula, y hasta se enardecen. Gana a su auditorio, deseoso éste de ser ganado, de entregarse a la emoción que la vieja emoción siempre gustada. Pronto cruzaremos rápido el mercado, siguiendo a la multitud que se desplaza.

INSAMIENTOS

... que ser muy tonto el hombre que se ríe de un chiste dicho por su...

... ambición es un aeroplano que no puede ser paracaídas.

... que un tribunal condene a un nombrado lo que no dijo.

... hay hombre casado que no sea un inventor... de excusas.

... que callándose puede un marido tener una discusión con su mujer.

... que se en sus propias faltas y verá que le queda que decir de las de los demás.

... que habla y ella escucha en el noviazgo; que el matrimonio es el reverso.

... que los 16 años ninguna muchacha está segura de si es amor o un ataque de bilis

... que lo general, quien vive despacio vive...



UN MERCADO. Pero este muestra un orden perfectamente occidental.

hacia el otro extremo. ¡Va a comenzar el teatro...! Diez muchachos hermosos, casi desnudos, se disponen a bailar, en-

tonando canciones cuyo sentido no podemos descifrar, pero que provocan raras sonrisas en el auditorio. Un música

lenta, desesperante, ritma los movimientos y el canto de los muchachos. Ninguno de ellos tiene más de 17 años. Todos se han adornado el pelo con trenzas de flores. Sigue la música, largo rato; siguen los cantos y la danza. Estamos presenciando tal vez un espectáculo como el de las fiestas báquicas del mundo griego. La música se acelera, imponiendo otro ritmo a los danzarinnes.

El público, generoso, arroja monedas. El compás de la música se precipita, los danzarinnes se contorsionan. Un golpe seco de los tambores, y los danzarinnes caen extenuados. Hay una verdadera lluvia de monedas. El público, ya satisfecho, se desparrama. Va hacia los puestos de comida. Los cocineros moros han preparado el carnero y el alcuzcuz, y las grandes sartenes donde se frien y tuestan las langostas que ayer llegaron en manga a la ciudad.

Langostas fritas, sí. Pero, a pesar de todos nuestros prejuicios culinarios, confesaremos que las sartenes donde el insecto se frie huelen tan bien como las del puerto de Génova, como las del famoso «sottoripa» en que se cocinan los bichos más raros del mar. Un pulpo, un calamar, una langosta... ¿Hay tanta diferencia?

**¿SE SIENTE UD. DEBIL,
FATIGADA, DESGANADA?**

Recupere
las energías
perdidas
TOMANDO

**QUINIUM
LABARRAQUE**



El más poderoso regenerador, aprobado por la Academia de Medicina de París como el más poderoso de los tónicos y el más energético de los febrífugos. Preparado con vino añejo de Málaga, se recomienda a los febriles, a los debilitados, a los fatigados, a los convalecientes, a los ancianos, a los niños anemiados.

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS

Depósito: MAISON FRERE 19 Rue Jacob, Paris (60)

A. ROGER

VERSALLES. — Después de adquirir una cabal educación en música y melodía, me dirigí a Versalles para asistir a dos hermanas a quienes conocí a fines del siglo pasado.

Durante la conversación, que giró sobre la diseminación de la cultura musical y en la cual tomé una parte brillante disertando sobre el porvenir de la ópera y del creciente amor a la música, que se demuestra en todo el mundo, me consideré bastante capaz hasta que una de las señoras, Mme. Paul Monlun, que actualmente cuenta ochenta y un años, me participó que ella y su hermana eran las dos únicas hijas sobrevivientes de Camila Urso, la maravillosa violinista de Nantes que en 1851, a la edad de diez años, fué la primera mujer en lograr la distinción, hasta entonces nunca acordada al bello sexo, de ser admitida al Conservatorio de Música de París, para tomar un curso completo en el rey de los instrumentos de cuerda. Una vez que oí esta declaración, me convertí en atento oyente.

—Mi abuelo materno —dijo Mme. Monlun— tocaba la flauta en un teatro de Nantes y era el organista de la iglesia de la Santa Cruz. Su esposa había sido una cantante de nota y Camila, cuando sólo contaba cinco años de edad, manifestó ardientes deseos de poseer un violín y de tener un maestro que la enseñara a tocarlo. Félix Simon, que era el primer violín de la orquesta sinfónica de Nantes, tomó la chiquilla a su cuidado. Vinieron entonces muchas horas dedicadas cada día al aprendizaje de sostener el instrumento; después muchas horas al modo de sostener el arco, y más tarde las primeras tentativas para producir notas. Estos preparativos tomaron un año y al cabo de él los únicos que sabían del adelanto de la chica eran papá Urso y Simón.

—Esta niña es un genio—declaró el maestro. —Es necesario que entre en el conservatorio.

—No —replicó el famoso compositor Auber, que en aquel entonces era su director. —¿Una niña? ¡Qué insensatez! Ni siquiera un muchacho menor de diez años puede ser admitido.

—Sin embargo, con una persistencia rara en un niño, la chica continuó estudiando mientras su padre y el maestro Simón continuaban bombardeando a los directores del Conservatorio. Al fin, Auber, ya exhausto, se rindió.

—Está bien —dijo—hay que traer la niña ante el Comité, que la escuchará. Pero no podrá entrar en el conservatorio. Esto es punto final.

—Cuando vino el examen, setenta y seis muchachos y una niña comparecieron ante los ocho solemnes críticos, entre los que se contaban el director Auber, Rossini y Carafa, ambos compositores de gran fama; Alard, el violinista, y cuatro músicos eminentes. Se la hizo tocar el «Andante» y el «Finale» del Cuarto Concierto de Rode, con acompañamiento de violín, segunda viola y violoncello. Para aquella niña de diez años la prueba fué tremenda, pero su triunfo fué completo, pues se la admitió al Conservatorio sin un solo voto en contra, siendo uno de los seis únicos candidatos aprobados. Entonces se convirtió en alumna de Manssart, que le daba lecciones gratis.

«Después de graduarse a los doce años, hizo una gira por Francia, las ciudades renanas, Basilea, Heildelberg, Karlsruhe y Hamburgo. Volviendo a París con cinco mil francos de utilidad, reanudó sus lecciones en el Conservatorio como si nada hubiera ocurrido. En un certamen

RECORDANDO A LA PRIMERA MUJER ADMITIDA EN EL CONSERVATORIO DE PARIS

obtuvo el primer premio por tocar a primera vista y ser excelente solista. Su nueva aparición en público tuvo lugar en Boston, donde a los quince años tocó por primera vez sola. Una semana más tarde, ante la Sociedad Filarmónica de New York, Camila Urso fué aclamada como la violinista más eminente de su época.

«Regresó a París después de sus triunfos en los Estados Unidos y reanudó sus estudios al mismo tiempo que criaba tres hijos, dos niñas y un varón, fruto de su unión con George M. Taylor, pianista inglés con quien había contraído matrimonio en Nashville, Estados Unidos. Quedando viuda antes de los veinte años y abrumada más que nunca por sus responsabilidades, Camila Urso hizo otra gira por los Estados Unidos, que resultó de mayor utilidad que la anterior. En 1862 contrajo matrimonio con Frederic Luere, gerente del Redpath Lyceum Bureau, de Nueva York, con el que tuvo dos hijos, un niño y una niña, esta úl-

tima la actual Mme. Dewey, al presente con su media hermana Mme. Monlun, en Versalles».

Fué, pues, a las dos hijas de Camila Urso a quienes yo visité para oír de sus propios labios la relación de su parentesco con la eminente violinista, que sabía tocar el bello instrumento con toda la delicadeza y vigor de Sarasate, y a la que yo mismo tuve la dicha de escuchar en una ocasión.

Mme. Dewey me narró la visita de Camila a una de las primitivas colonias del Oeste de EE. UU. que se había dirigido al Redpath Bureau solicitando que la violinista fuera a tocar allí una noche.

—Mamá —continuó— que no tenía intenciones de tocar en aquella población ningún programa clásico, indicó a papá que pidiese 500 pesos y todos los gastos. La respuesta fué un telegrama diciendo: «No disponemos de tanto dinero, pero lo conseguiremos». Para ello esta gente fronteriza convirtió la pequeña población

en activo centro comercial, vendiendo jaulas y conservas, ganado y pieles, aves y otros productos hasta obtener la cantidad pedida. Mamá llegó en medio de una gran nevada y fué recibida por una delegación de gentes armadas que la envolvieron en mantas y la llevaron a un pequeño hotel decorado con flores. En la noche, en un trineo, fué conducida a la casa municipal, donde inició su programa con «La Danza de las Brujas», de Paganini. Al terminar, el auditorio, compuesto por gente más o menos primitiva e inculta, guardó un profundo silencio, pero sin un momento de vacilación la artista respondió de modo brillante tocando sin interrupción «Swanee River», «Annie Laurie», «Hogar, dulce hogar», «La última Rosa del Verano» y «El viajero de Arkansas». Se la obsequió con una ovación tremenda y el gentío acabó por tomar el lugar de los caballos del trineo, dándosele un paseo por la campiña adyacente antes de llevarla al hotel. Más adelante todos los hombres de la población se empeñaron en aprender a tocar el violín.

Las tres hijas de Mme. Urso fueron eminentes pianistas y Lindley, el hijo mayor, reveló su talento artístico desde su niñez y en los estudios Tiffany de New York se convirtió en excelente tallador de nácar y marfil. Desgraciadamente falleció a los 17 años. Su otro hijo, Federico, y una hija, Carolina, también fallecieron. Las dos damas a quienes me refiero en este artículo, fueron las dos únicas sobrevivientes de la familia. Camila murió en Nueva York en 1902 pero sus restos reposan en Nantes, ciudad natal.

Sus violines, un Guarnerius del Gesù y un Guaddanieri, que actualmente son de valor inestimable, fueron vendidos según las disposiciones de su testamento y se hallan en colecciones privadas.

La Martiniere

(Viene de la Página 17)

presionante, aparecido este mismo año en Estados Unidos. El libro de Belbenoit es «Dry Guillotine», y en él se relatan las peripecias sufridas por siete hombres que lograron huir de la espantosa prisión francesa.

René Belbenoit es uno de esos hombres.

El relato de Belbenoit se suma así a aquel otro relato horroroso que hiciera Albert Londres de la fuga de Eugenio María Diudonné, que estuvo quince años en el presidio a causa de un error judicial. Y el alegato, que fué este último en pro de la abolición de ese bárbaro penal, ha sido reforzado, después de seis años, por todo lo que Belbenoit cuenta.

En el libro de éste, además de todo lo que constituye elemento de juicio para condenar ese establecimiento de castigo, hay también algunos datos estadísticos que son, de por sí solos, un documento palpitante.

Cita, por ejemplo, que la población colonial que, en los principios del siglo alcanzaba a 57.000 hombres en la jurisdicción del penal, ha sido reducida actualmente, por las penurias y las enfermedades, nada menos que a 18.000. Este índice, tomado en la población colonial, que necesariamente vive mejor que los reclusos allí por la justicia, da clara idea de lo que puede ser la vida para los hombres que están allí cumpliendo un castigo.

Belbenoit cuenta los enormes trabajos que tuvo en sus cuatro tentativas de fuga, que fueron a la vez cuatro fracasos.

Por fin la quinta tentativa prosperó, y en una chalupa, adquirida en doscientos francos, los siete hombres iniciaron una fantástica travesía de 18 días hasta arribar a Puerto España. Desde allí se dirigieron a las costas de Colombia, donde abandonaron la embarcación, para seguir la fuga a pie. Después de varios meses de terribles penurias llegaron a Costa Rica, y allí lograron embarcarse para seguir por el Pacífico hasta el puerto de San Pedro, California.

Belbenoit, en su libro, denuncia como inhumano el régimen que impero en el penal, concretando una infinidad de cargos, cuya importancia hizo pensar que en Francia el caso tendría amplia repercusión, cosa que no ocurrió.

EL ULTIMO GRANDE

Belbenoit lo dice, y también lo afirmaba Diodonné, que los condenados que tienen de alguna manera renombre, nacional o internacional, son los que pasan los momentos más difíciles, pues en ellos se concentran todas las severidades del establecimiento.

En la actualidad queda en el penal sólo un condenado de esta índole. Es el famoso Benjamín Ullmo, el ex alférez de la Armada francesa que fuera protagonista de un sensacional «affaire» de espionaje, en el año 1907.

Ullmo entonces tenía 26 años. En el proceso apareció complicado con las ac-

tividades de la Belle Lison, una mujer de vida aventurera que estaba fichada en los archivos de la oficina de contraespionaje francés.

En el mes de febrero de 1908, fué conducido a una corte marcial, donde confesó que había robado documentos secretos de la caja fuerte del destrozado «Carbine» bajo la influencia del opio, funesto vicio que le había sido inculcado por la Belle Lison. Ullmo entonces fué condenado a reclusión perpetua en las Guayanas.

Desde 1908 hasta 1923, Ullmo fué uno de los pocos habitantes de la isla del Diablo, hasta que su lastimoso estado provocó la compasión del gobernador, que dispuso su traslado a Cayena, donde se encuentra actualmente...

Ullmo recordará la patria como una lejana pesadilla. Cuando «La Martiniere» arribe a Cayena, ya envejecido, con el cabello canoso, mirará, absorto, desembarcar ese nuevo contingente de condenados, muchos de los cuales nacieron cuando él ya conocía los horrores de la isla del Diablo...

Y «La Martiniere», con sus enormes jaulas de hierro, seguirá haciendo viajes nuevamente.

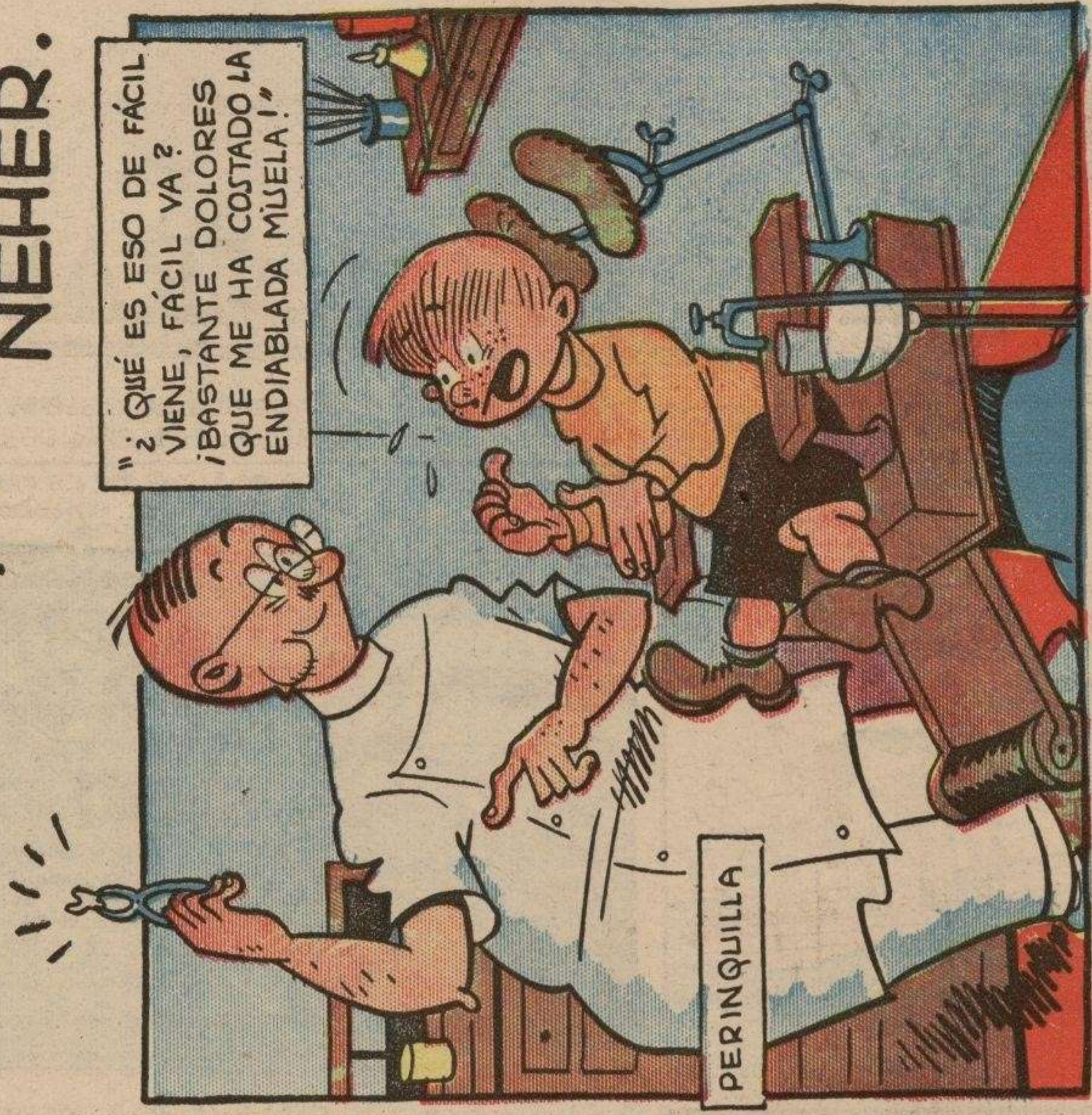
Terribles viajes, en los que nunca hay regreso para aquellos que dejan la tierra de Francia, con la sola, única, remota esperanza de alcanzar un día «La Belle».

Y el eco fatídico de la vieja canción resonará nuevamente en la inmensidad del océano:

Tus amantes te llaman
La Bella

LA VIDA ES ASÍ...

Por FRED NEHER.



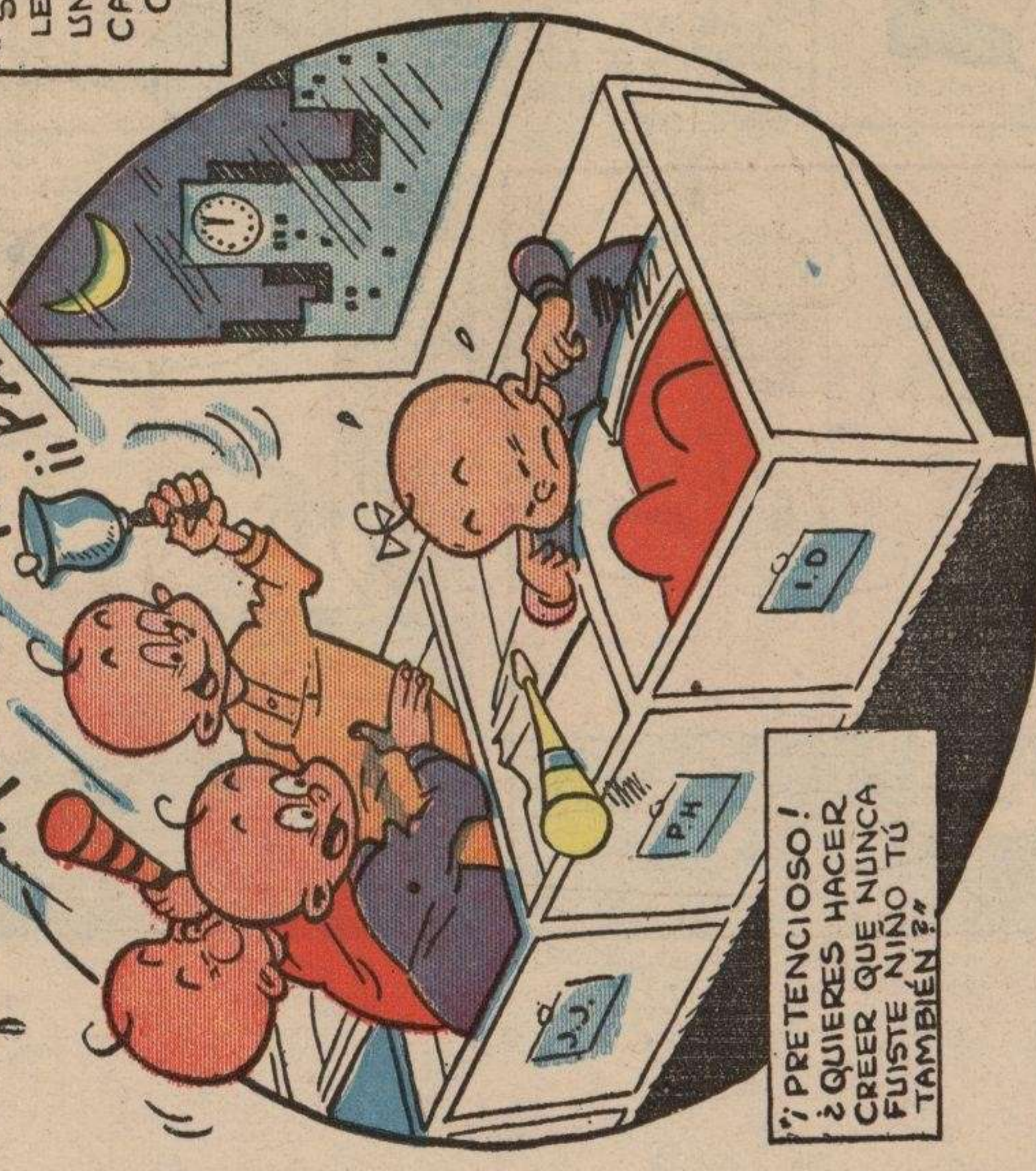
"¿QUÉ ES ESO DE FÁCIL VIENE, FÁCIL VA? ¡BASTANTE DOLORES QUE ME HA COSTADO LA ENDIABLADA MUELA!"

PERINQUILLA



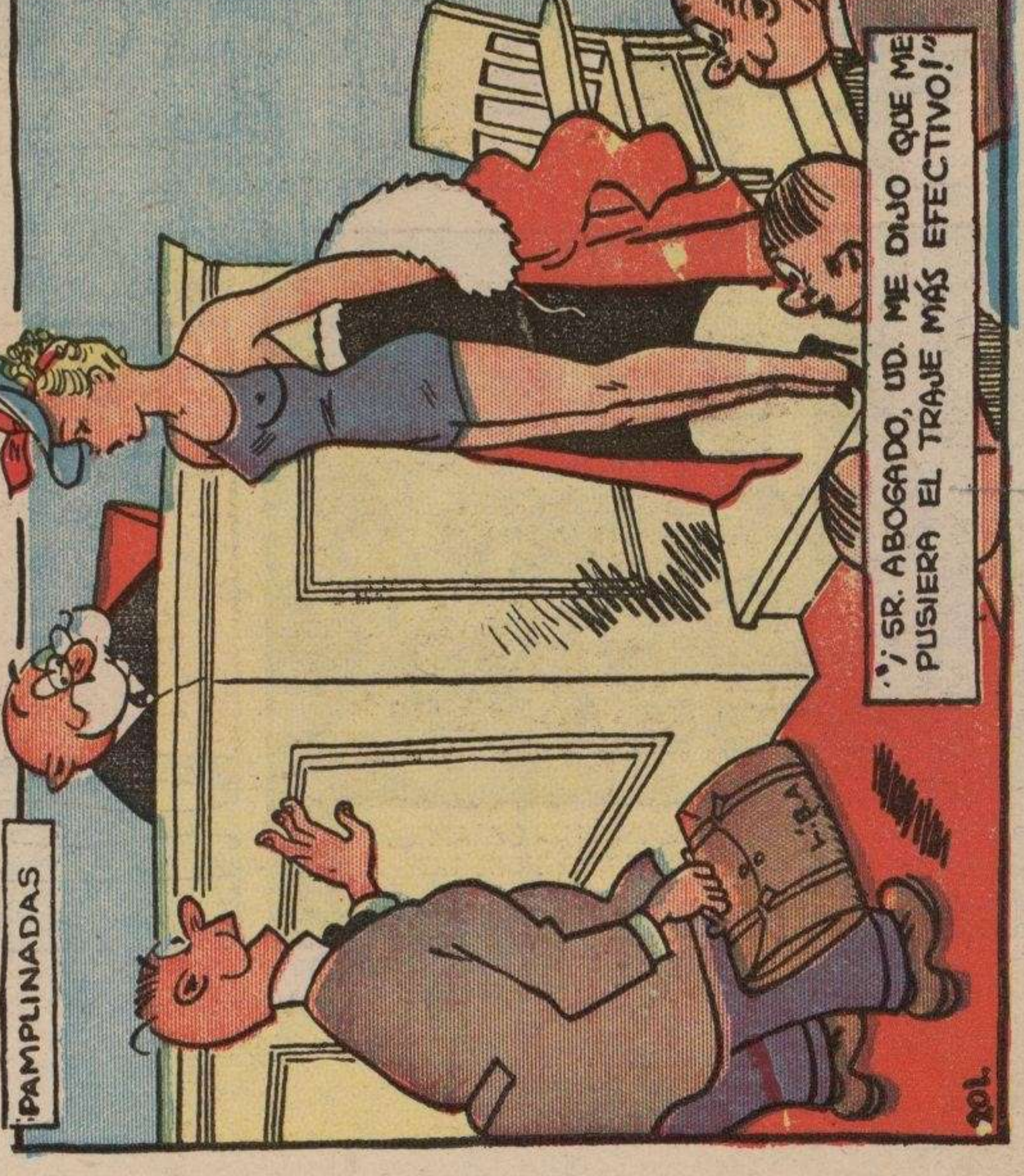
"SEÑORA, SI EL MÉDICO LE DIJO QUE COMIERA UN BOCADITO DE CADA COSA, LE OFREZCO EL MEJOR PICADILLO."

EL MANJAR DIVINO



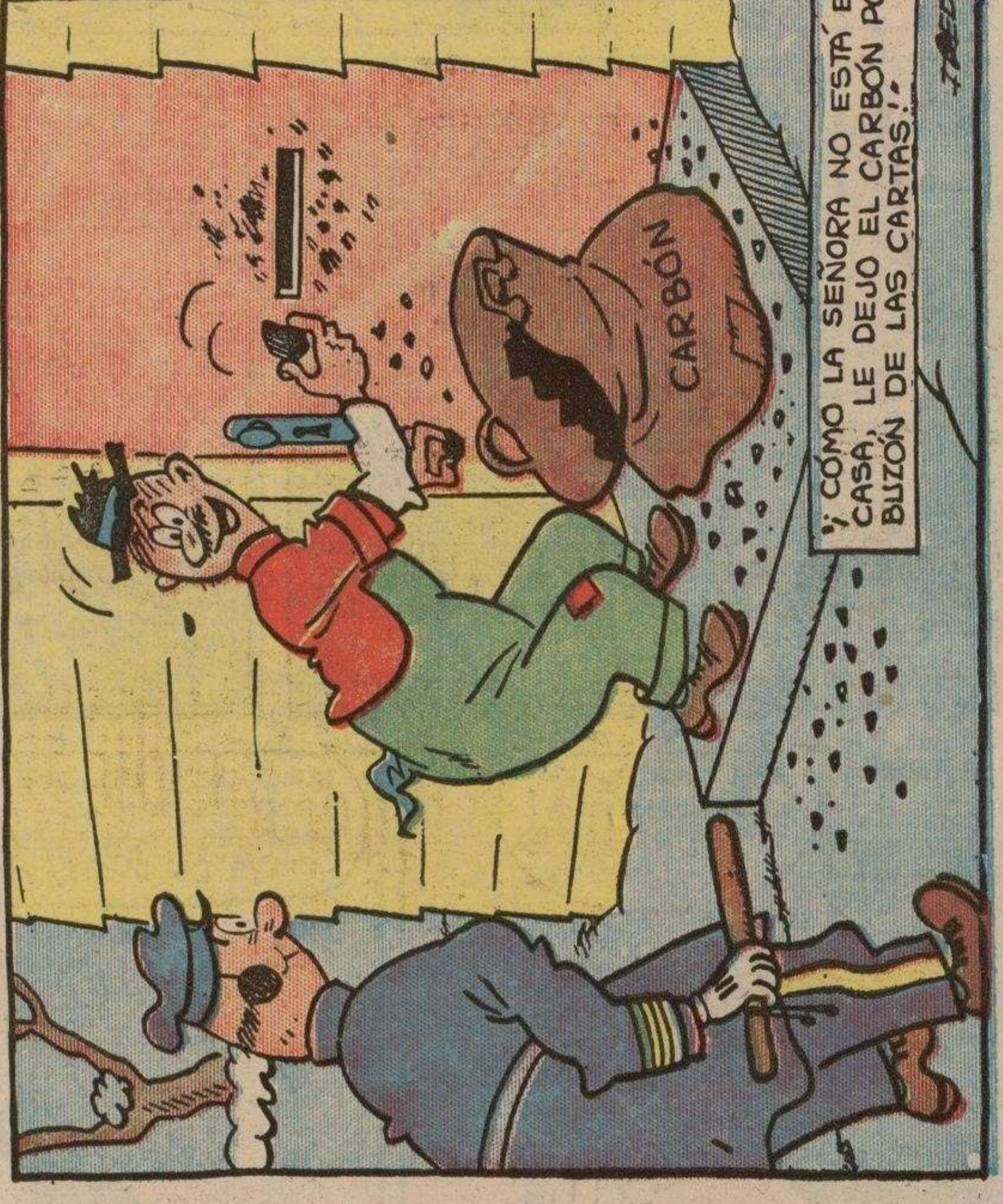
TOT PANG!!
TOT PANG!!
TOT PANG!!

"¡PRETENCIOSO! ¿QUIERES HACER CREER QUE NUNCA FUISTE NIÑO? ¿TAMBIÉN?"



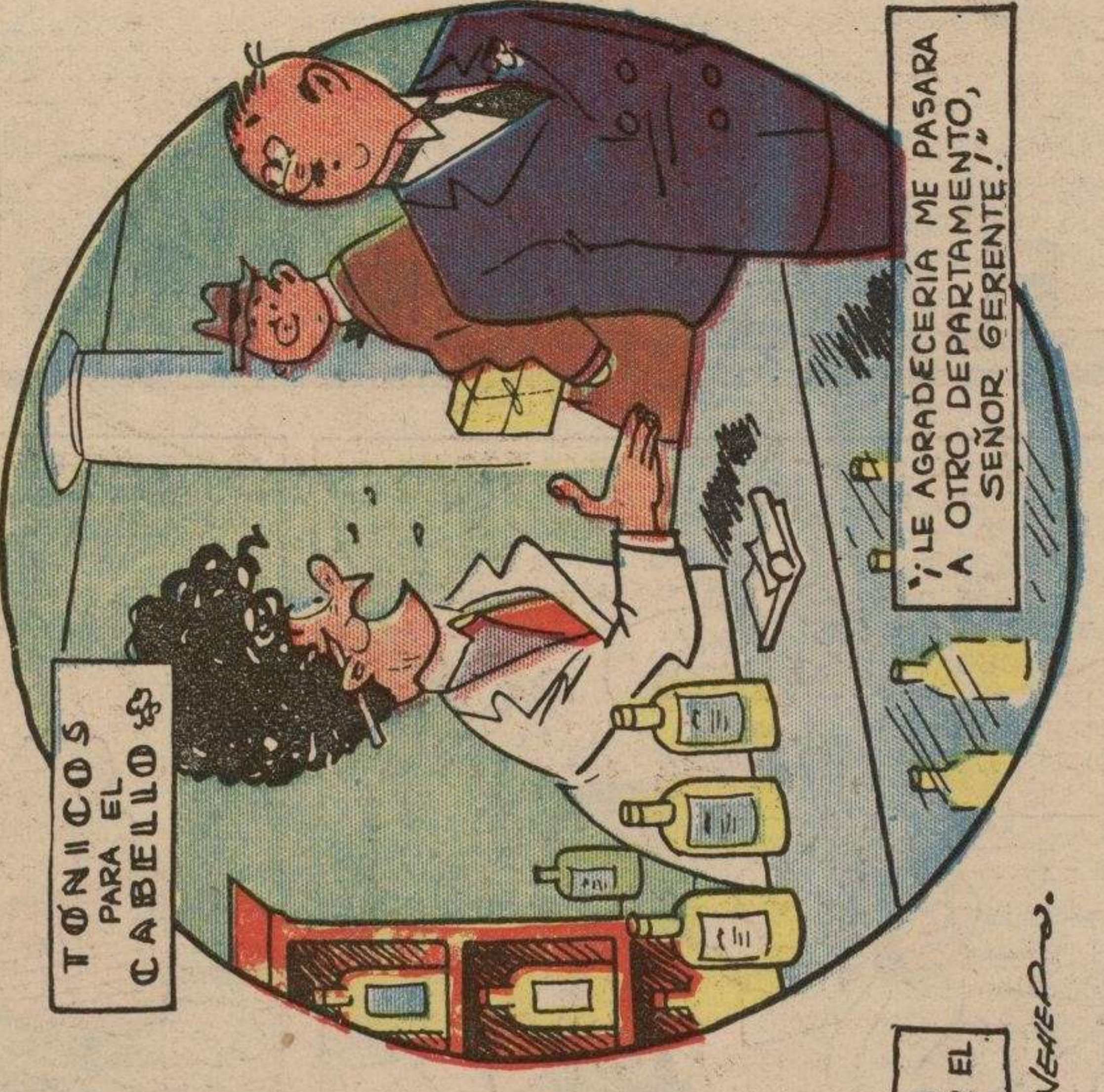
PAMPLINADAS

"¡SR. ABOGADO, UD. ME DIJO QUE ME PUSIERA EL TRAJE MÁS EFECTIVO!"



"¿CÓMO LA SEÑORA NO ESTÁ EN CASA, LE DEJO EL CARBÓN POR EL BUZÓN DE LAS CARTAS!"

CARBÓN



TÓNICOS PARA EL CABELLO

"¡LE AGRADECERÍA ME PASARA A OTRO DEPARTAMENTO, SEÑOR GERENTE!"

EL CAPITÁN AGUILA POR ROY CRANE



¡DIABLOS, ESTOS BANDIDOS DE LA GOLETA NOS PERSIGUEN! ¡HABRÁ DIFICULTADES, NO CABE DUDA!

ME PARECE QUE HA LLEGADO EL MOMENTO DE QUE NOS DIGA QUIÉN ES UD. Y POR QUÉ SE INTRODUJO EN NUESTRO BOTE.

¡SOY MONA WILSON!



DESPUÉS DE VISITAR A MI TÍA EN SAMOA, VOLVÍA A CASA EN EL 'NAPANI', CUYAS MÁQUINAS SE AVERIARON.

¡IREMOS A LA ISLA DE SAN JAIME!

ESA NOCHE SE NOS ACERCÓ LA GOLETA Y EL CAPITÁN ROBBINS ME HIZO LEVANTAR DE LA CAMA.



HIJA MÍA, MEJOR ES QUE VAYAS A TIERRA, PORQUE AQUÍ HABRÁ CAMORRA.



¡BUM!

YO DORMÍA EN MI CAMAROTE CUANDO HUBO UNA EXPLOSIÓN TREMENDA, GRITOS Y DISPAROS.



A LA MAÑANA SIGUIENTE EL 'NAPANI' Y EL CAPITÁN ROBBINS HABIAN DESAPARECIDO.

YO ME QUEDÉ EN LA ISLA, A MERCED DE LOS BANDIDOS. LLENA DE TERROR ME ESCONDÍ AQUÍ.



LA MUJER COMIENZA A LLORAR.

¡OH, SEÑOR, LE OFREZCO MI VIDA! ¡ME CONVERTIRÉ EN SU ESCLAVA!



¡NO DEJE UD. QUE ESOS HOMBRES SE APODEREN DE MI! ¡SON COMO BESTIAS SALVAJES! POR FAVOR, LE RUEGO QUE ME SALVE DE ELLOS! ¡PROTÉJAME!

LA JOVEN SE ABRAZA A LAS RODILLAS DE AGUILA, LLORANDO AMARGAMENTE.

TRIUNFA PORQUE AGUILA SE SIENTE DERRETIR ANTE AQUEL DOLOR TAN PATÉTICO.

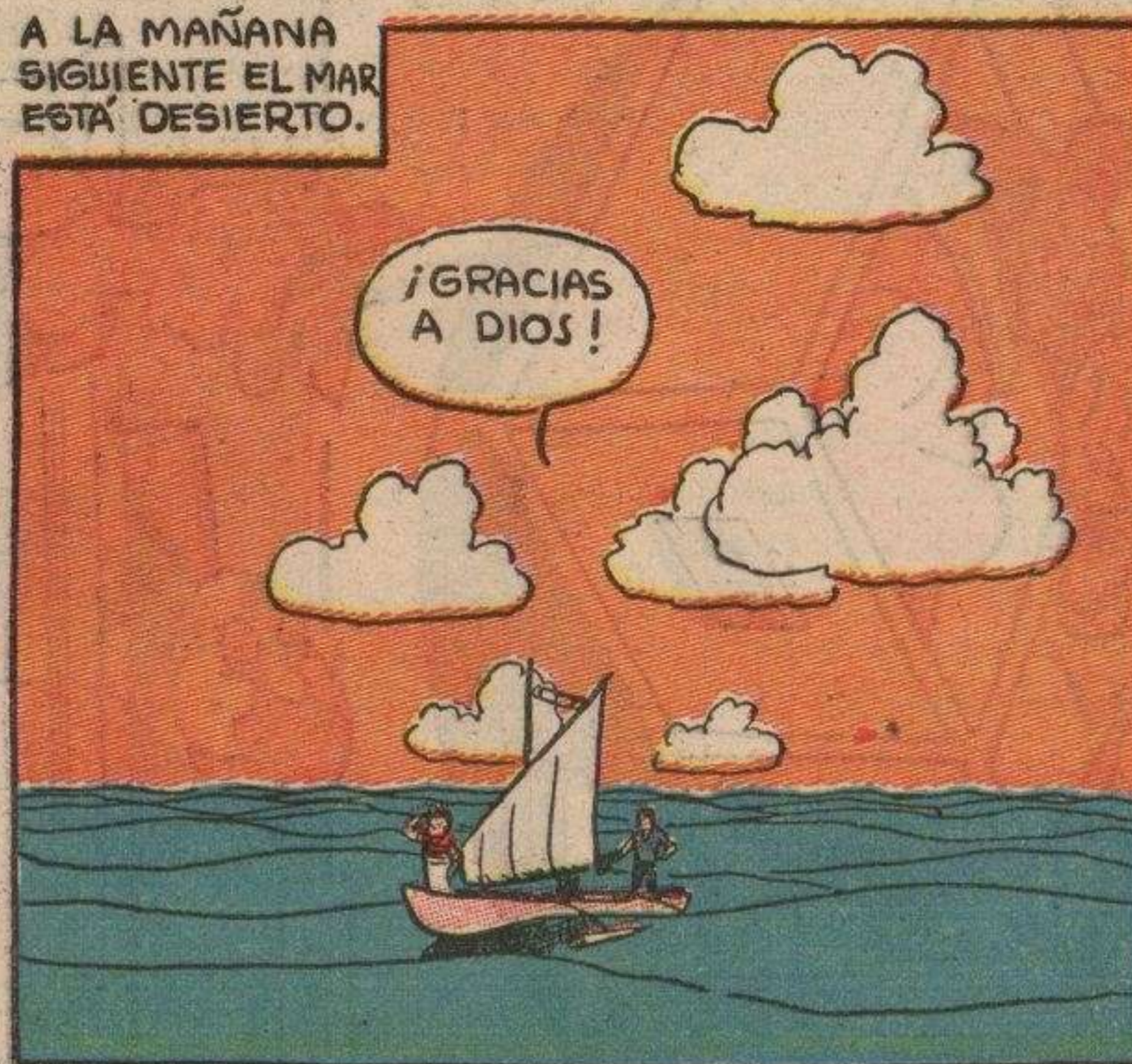


¡VAMOS, CÁLMESE! ¡LA PROTEGEREMOS!

¡QUÉ LINDA ES!



PASAN LA NOCHE TRATANDO DE APROVECHAR LA OSCURIDAD PARA HUIR DE SUS ENEMIGOS.



A LA MAÑANA SIGUIENTE EL MAR ESTÁ DESIERTO.

¡GRACIAS A DIOS!



DOS DÍAS MÁS TARDE LLEGAN SANOS Y SALVOS A LA ISLA DE MONA.

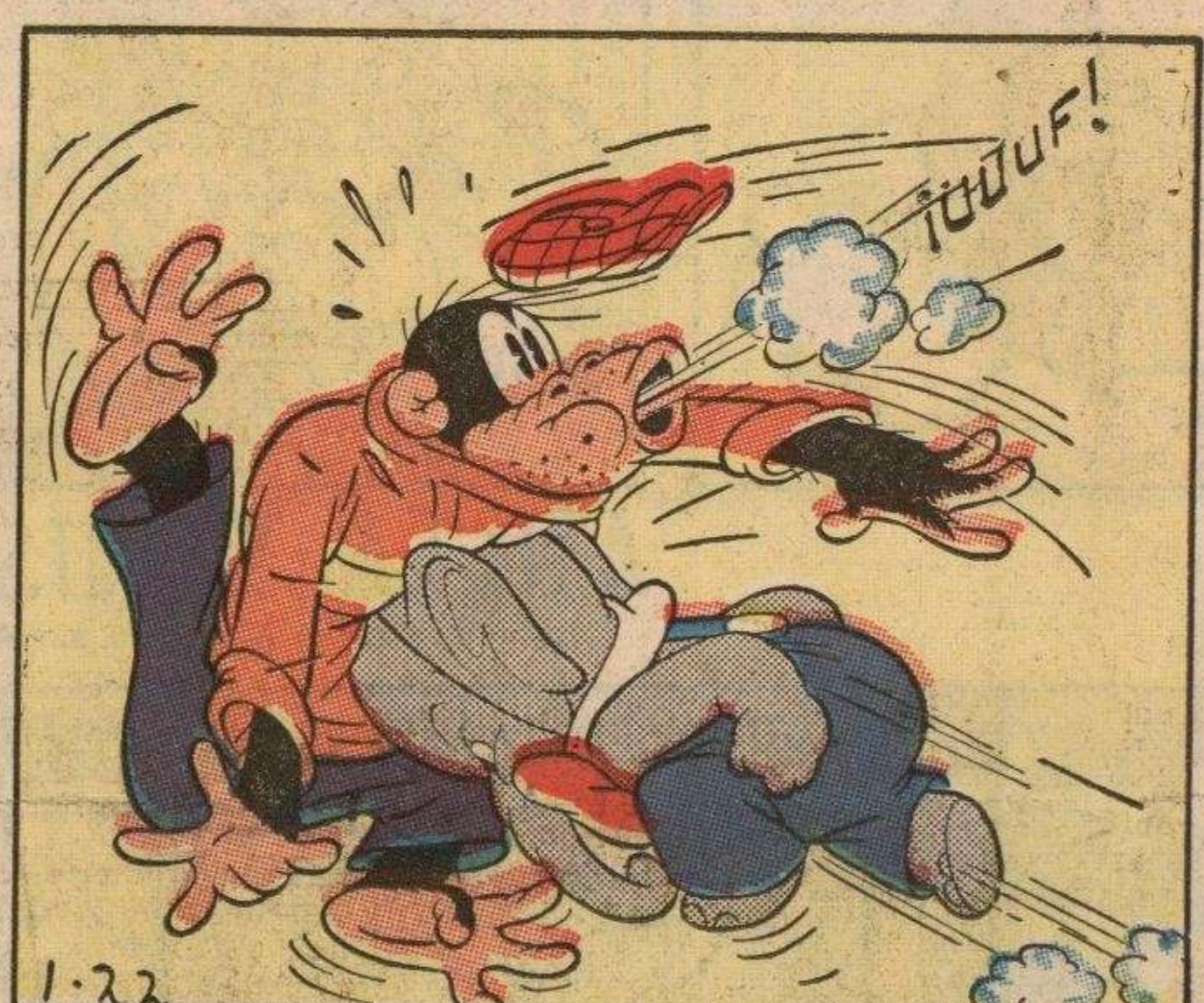
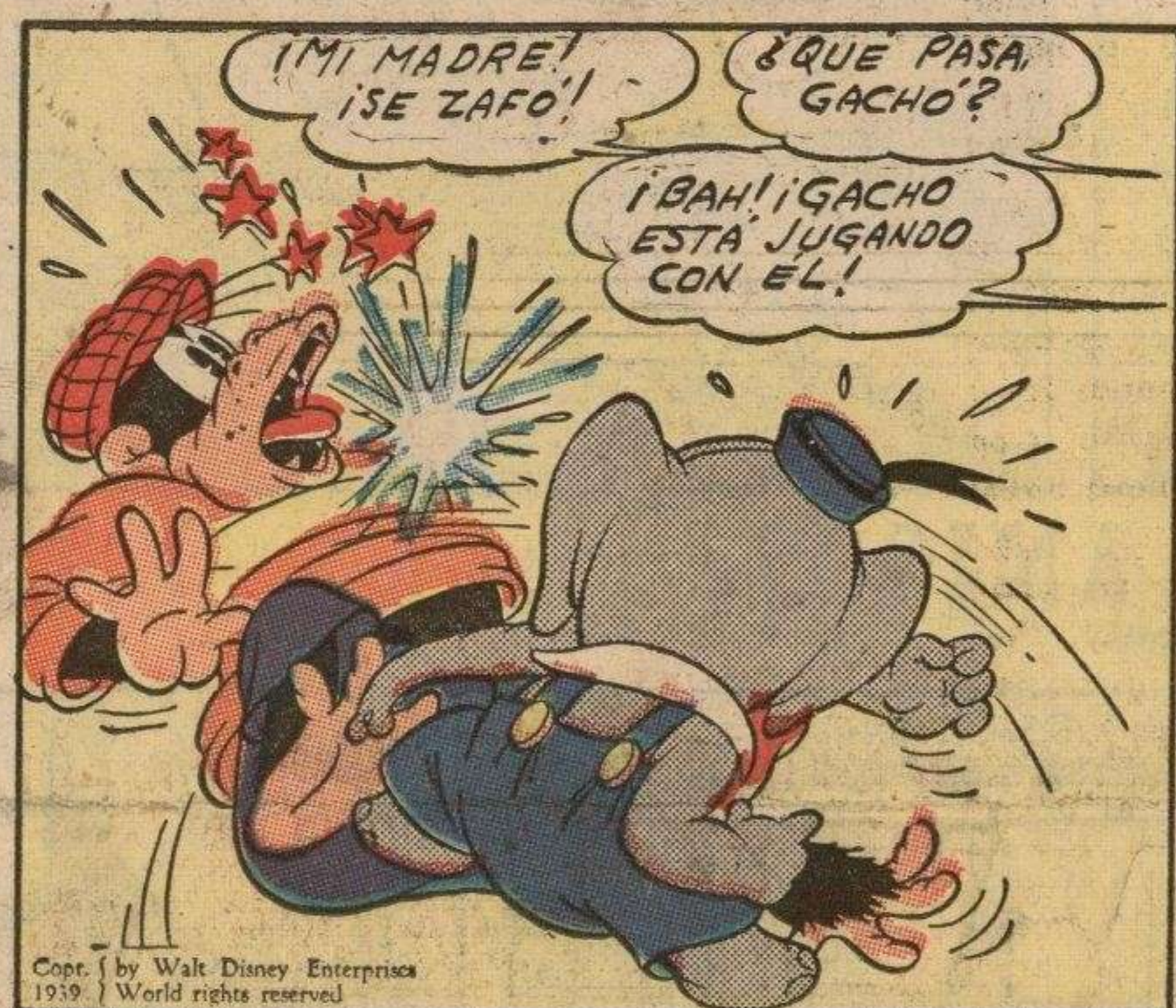
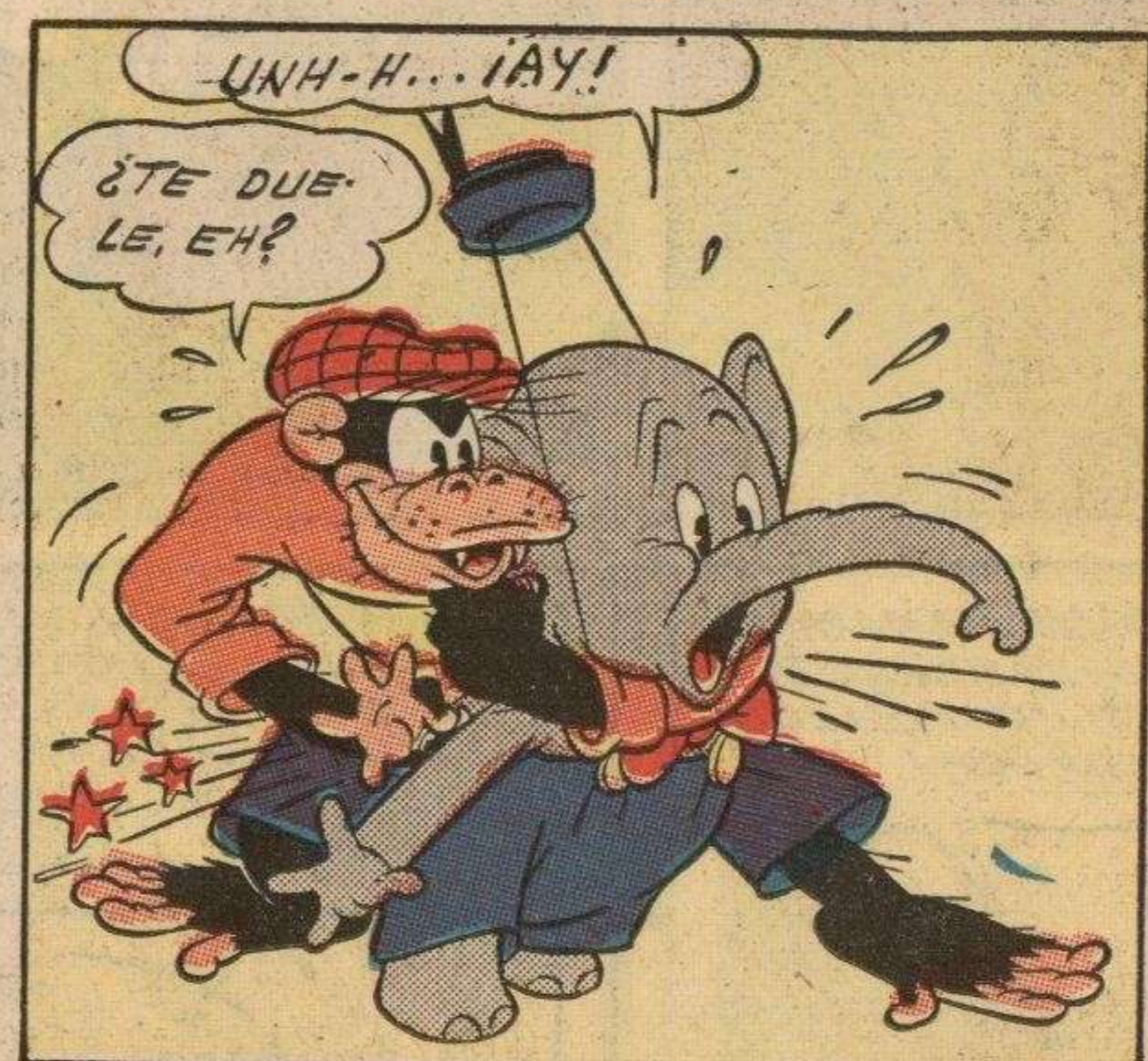
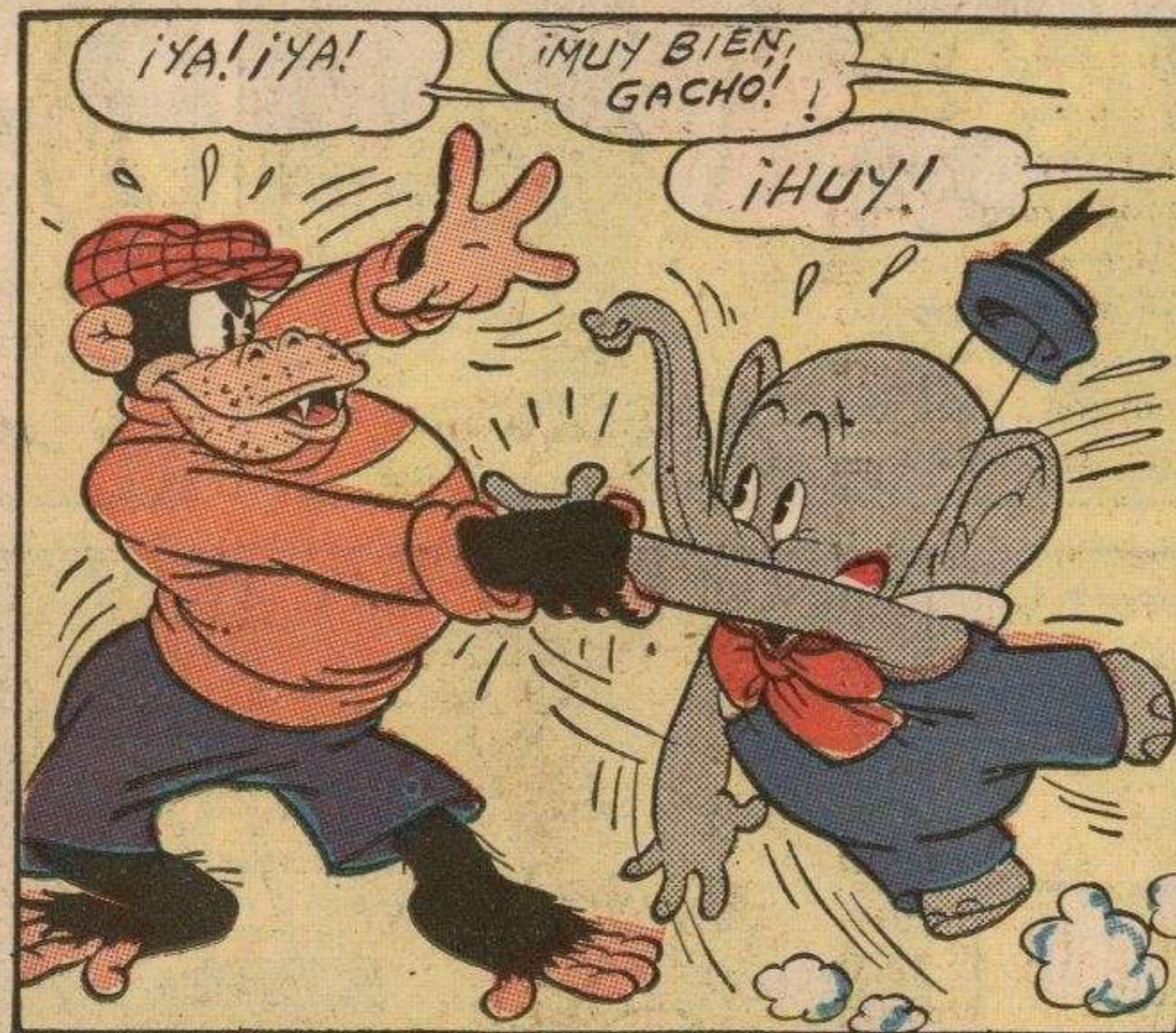
¡DIABLOS! ¡MIRA LO QUE ESTÁ ALLÍ!

¡LA GOLETA!

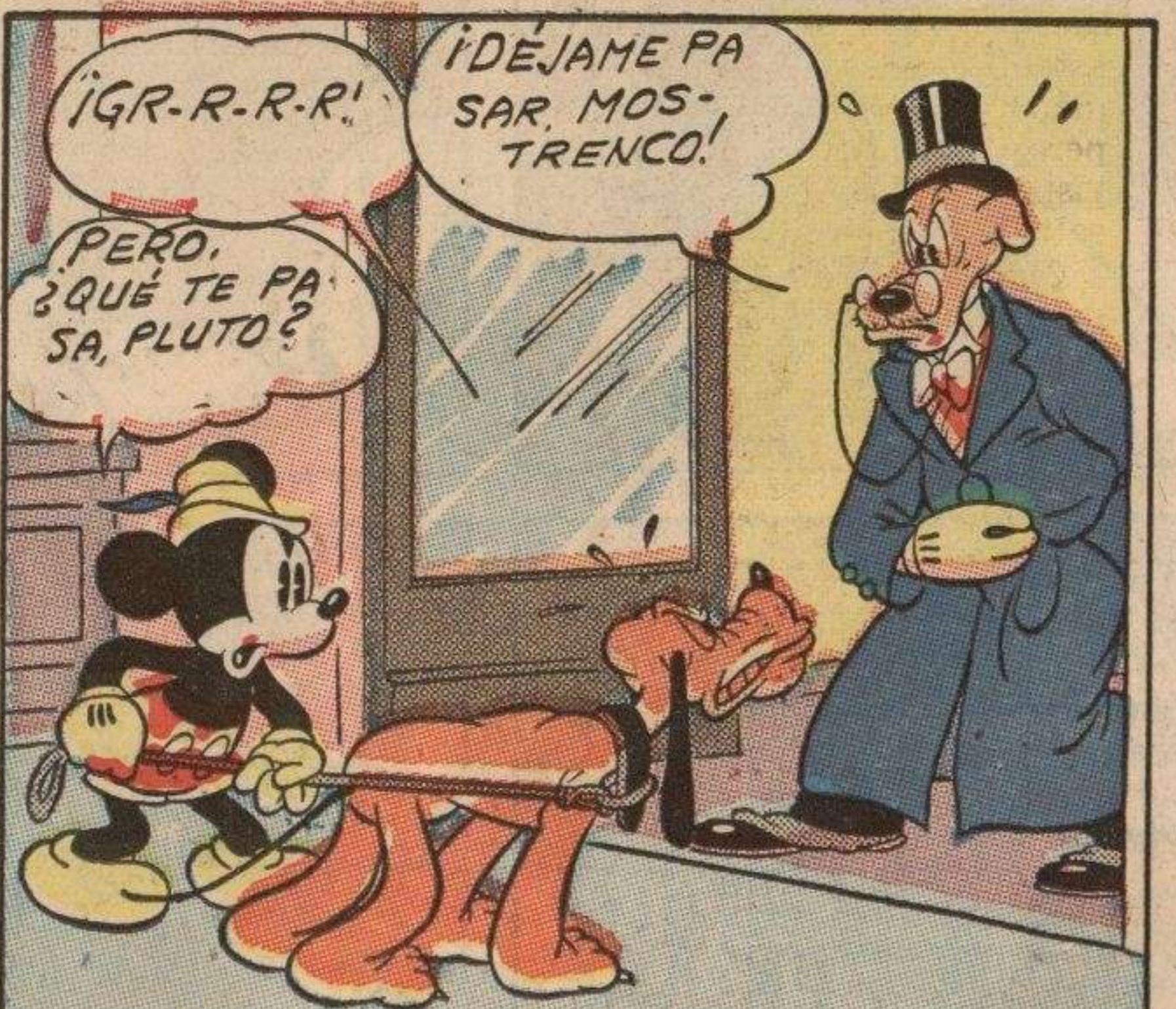
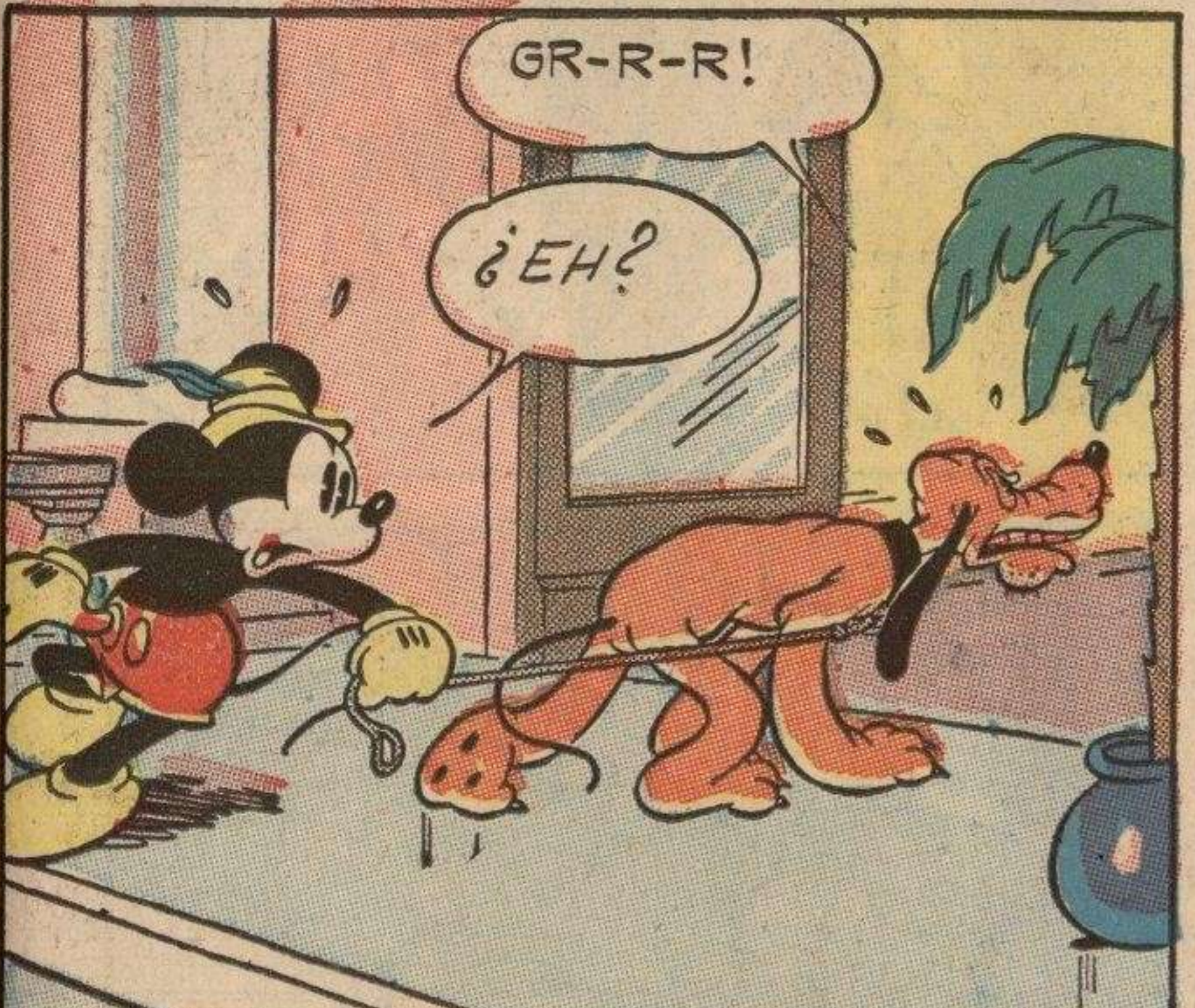
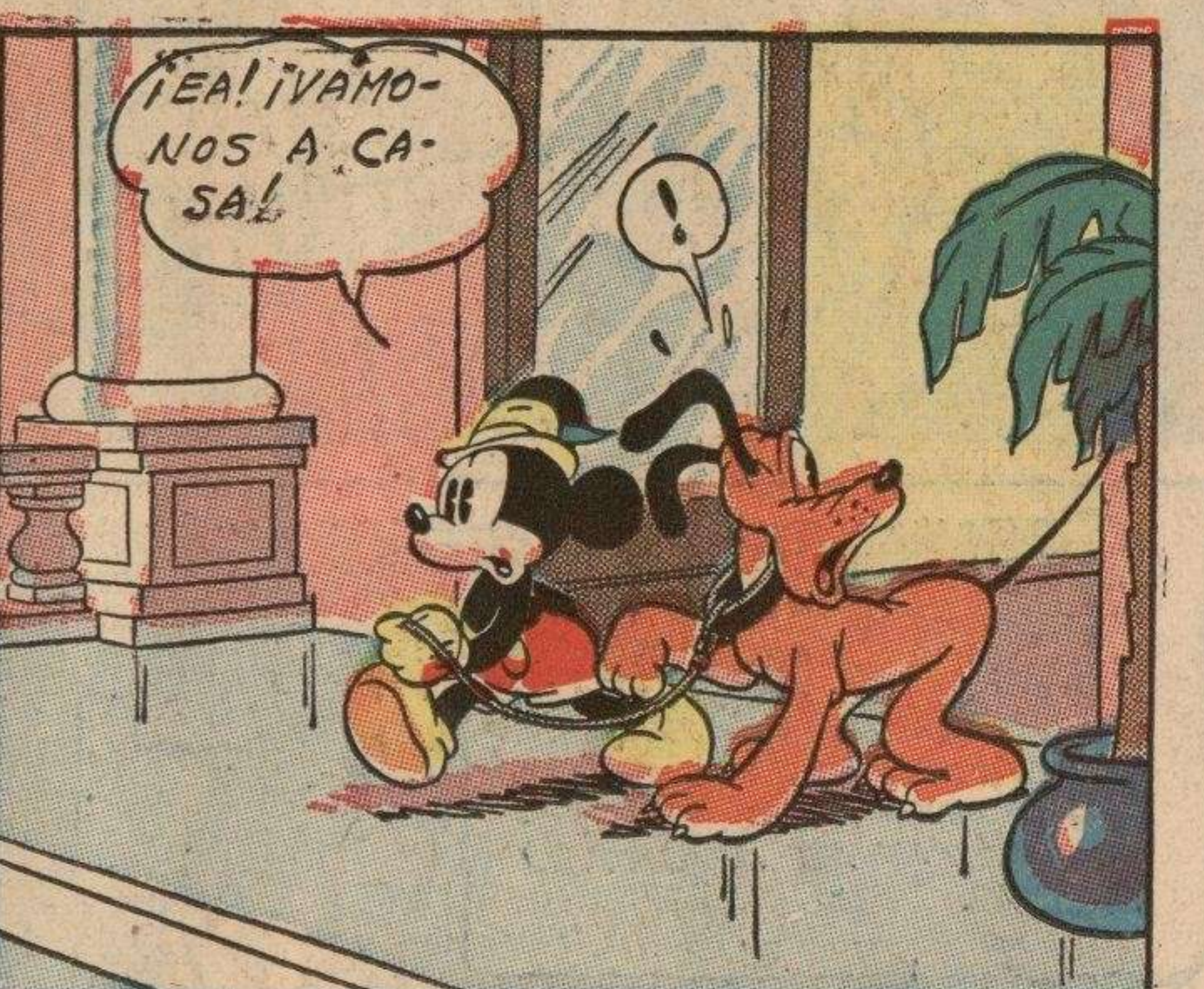
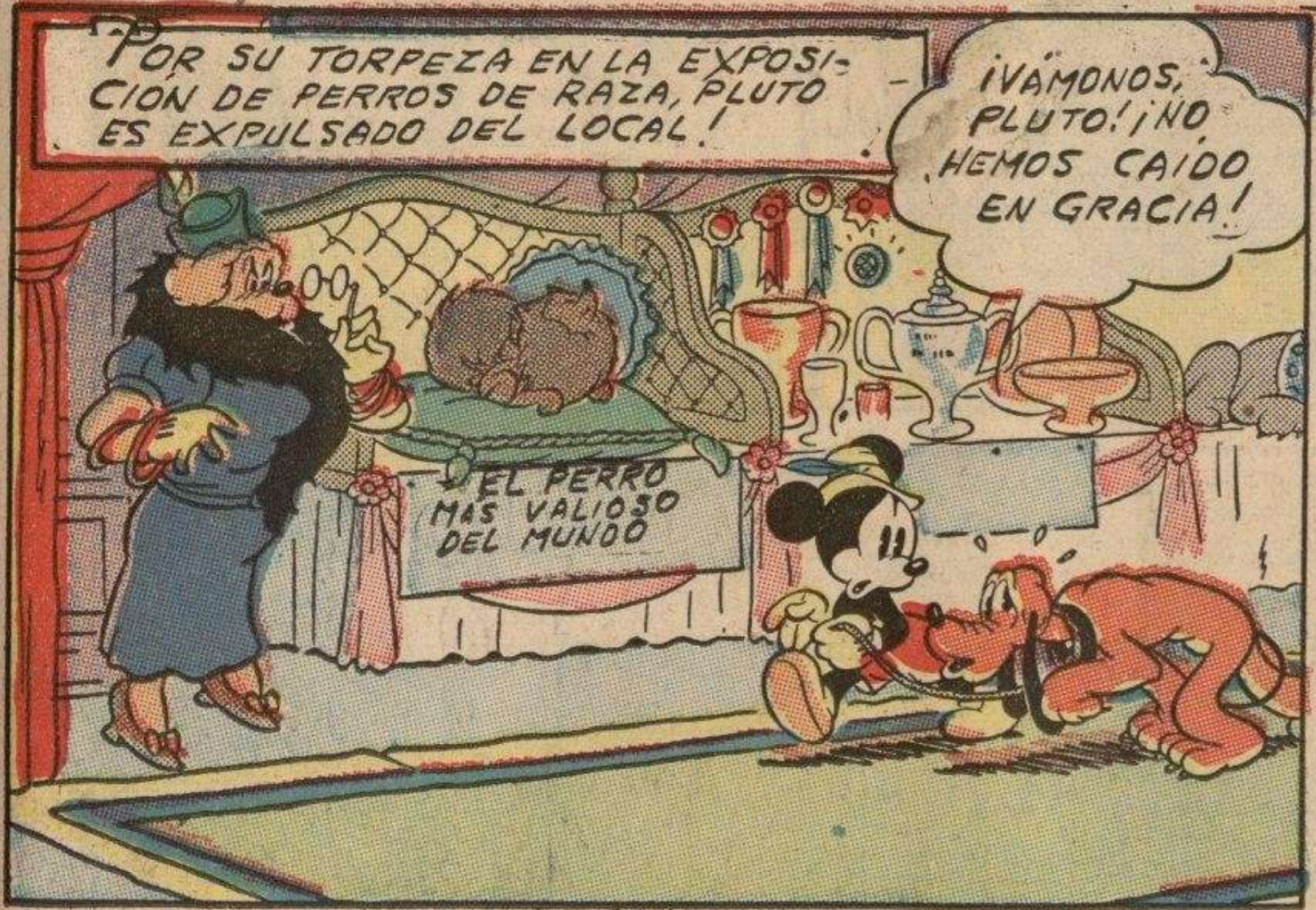
¡HAN VENIDO AL MISMO LUGAR QUE NOSOTROS!

DIARIO DE LA MARINA

DOMINGO 29 DE ENERO DE 1939



EL RATON MIGUELITO



WONG-LO

BRANDON WALSH

LA MUERTE SE CIERNE SOBRE EL PETREL EN CUYA BODEGA SE OCULTA UN POLIZÓN SINIESTRO A QUIEN LA SED DE VENGANZA HA LLEVADO HASTA LOS LIMBES DE LA DEMENCIA. ES EL "AMO" QUE DESPUÉS DEL EXTERMINIO DE SU BANDA DE ASESINOS, SÓLO VIVE PARA SATISFACER UN ANHELO OBSESIVO, EL DE MATAR A WONG LO Y A TODOS SUS COMPAÑEROS.



HEMOS REGISTRADO EL BARCO DE PROPA A POPA Y DE LA QUILLA HASTA LOS PALOS SIN ENCONTRAR POLIZÓN ALGUNO.

EL MARINERO DEBE HABER VISTO UN FANTASMA.

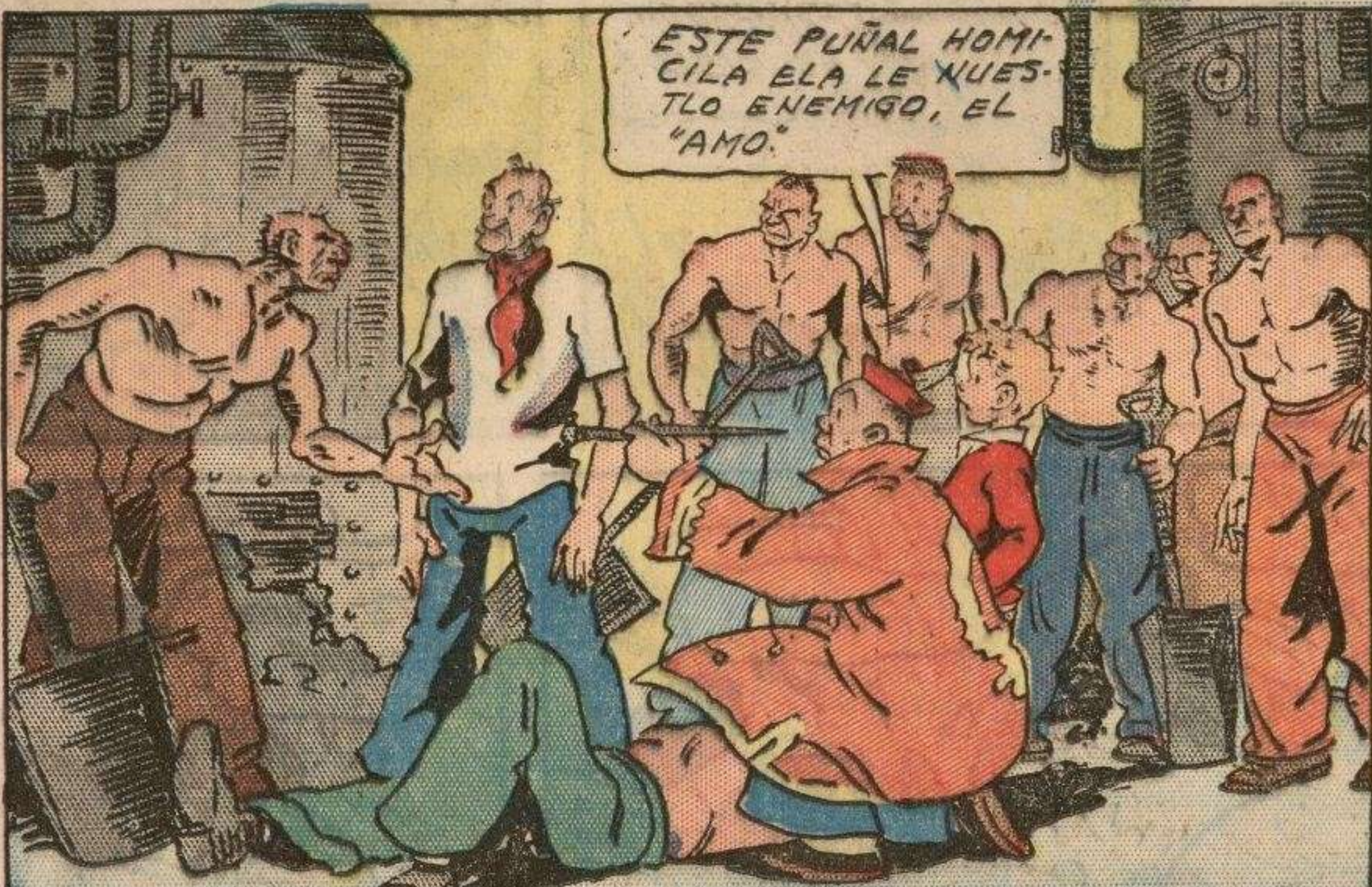


¡LOS ESPÍRITUS LE NUESTROS HONORABLES ANTERPASLOS NO ACOSTUMBLAN LEBAJARSE A LOCAL CALTUCHOS LE LINAMITA!

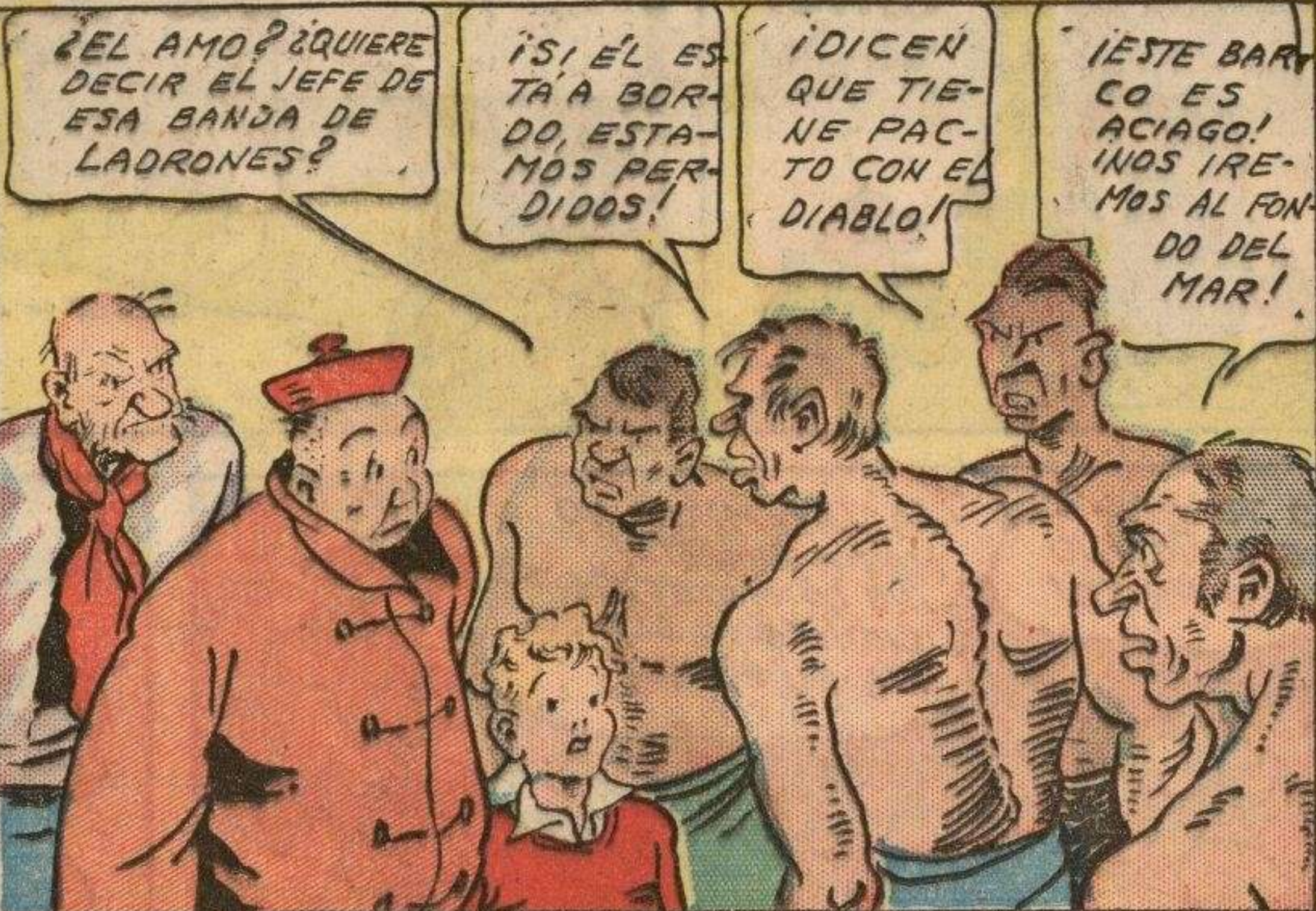


HE HECHO DOBLAR LA VIGILANCIA. YA NO HAY PELIGRO DE UNA SORPRESA.

¡SUÉLTAME, IDIOTA! ¡TE DIGO QUE HAY UN CADAVER EN LA SALA DE MÁQUINAS!



ESTE PUÑAL HOMICIDA ERA LE NUESTRO ENEMIGO, EL "AMO".



¿EL AMO QUIERE DECIR EL JEFE DE ESA BANDA DE LAZRONES?

¡SÍ! EL ESTÁ A BORDO, ESTAMOS PERDIDOS!

¡DICEN QUE TIENE PACTO CON EL DIABLO!

¡ESTE BARCO ES ACIAGO! ¡VAMOS IRREMOS AL FONDO DEL MAR!



SÓLO LOS NECIOS LE PLOCHAN A LOS LIOSES CUANDO EL TIGLE MATA LOS SABIOS LECUELAN QUE CON LA PIEL LE ESE ANIMAL SE HACE UNA ALFOMBLA PLECIOSA.

¡CALMA, CAMARADAS! ¡YA SABEMOS QUE HAY UN POLIZÓN A BORDO!



¡SÍ! SOMOS HOMBRES. DESPABLEMONOS Y DENTRO DE UNA HORA TENDREMOS AL "AMO" COLGANDO DE UN BOTALLÓN!

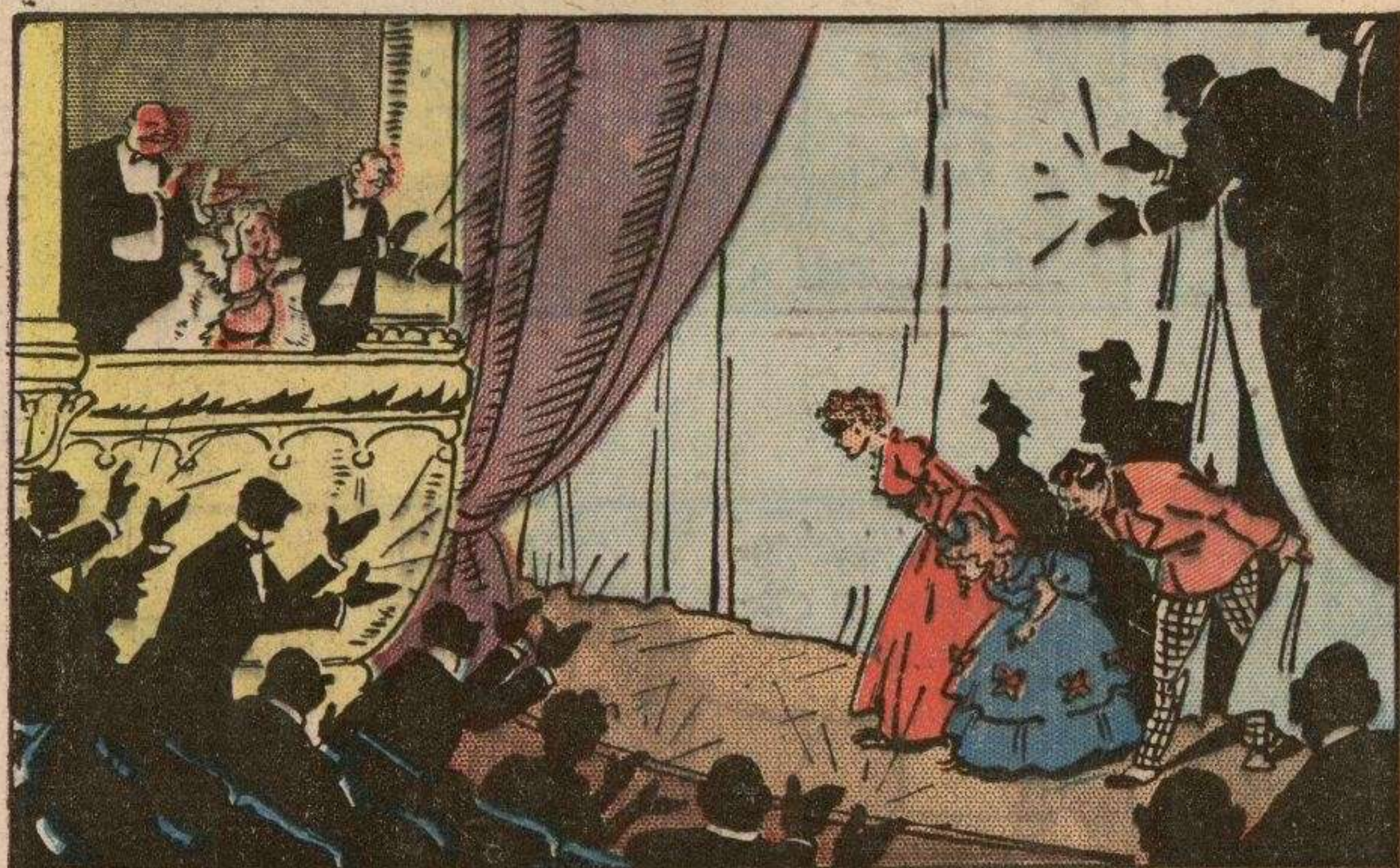


¡WA, JA! ¡SIGAN NAVEGANDO, IDIOTAS! ¡NO SABEN QUE ESTE BARCO ES UN ATAÚO FLOTANTE!

ANITA Y SUS AMIGOS

Registered U. S. Patent Office

Brandon Walsh



¿COMETI MUCHAS FALTAS?

¡NI UNA SOLA! ¡REPRESENTASTE TU PAPEL COMO UNA GRAN ARTISTA!



ERES UNA NIÑA MUY DISTRAIDA ¿QUE NO SABES QUE HOY ES DÍA DE PAGO?

¿QUE HOY PAGAN?



¡CARAMBA, SEÑOR LÓPEZ! ¿A QUIÉN SE LE OCURRE PAGARME TODO ESTE DINERO, COMO SI FUERA UNA ACTRIZ? ¡MUCHAS GRACIAS, PERO NO PUEDO ACEPTARLO! ME SIENTO PAGADA CON HABER PODIDO AYUDAR A FLORA... Y ME HE DIVERTIDO MUCHO.



CLARO QUE USTED ES MUCHO MÁS LISTO QUE YO, SEÑOR BARNES. PERO A MÍ NO ME PARECE BIEN ACEPTAR DINERO POR AYUDAR A FLORA. ¡CINCUENTA PESOS ES MUCHO Y NO LO MEREZCO!



¡SÍ... LA SEÑORITA FLORA RES LOS ESPERA.

¡QUE ALEGRIA SABER QUE FLORA ESTÁ MEJOR! ¡NO SABE CUANTO LA APRECIO!



¡NO SE QUE LE ENCUENTRAS DE SIMPATICO A ESA GOLFILLADORA LA FARELLAR Y TARTAMUDEAR TU PAPEL...

PERO YO LA QUIERO MA MA... ¡QUE BIEN SE PORTO TRATANDO DE SALVAR LA FUNCION, CUANDO YO NO PODIA TRABAJAR!



¡VAMOS! ¡NO LLORES, HIJITA! ¡LO PRIMERO QUE HAY QUE APRENDER EN LAS TABLAS ES SOPORTAR LAS CENSURAS INJUSTAS!... FLORA ES BUENA Y NO TIENE CULPA DE LO QUE DICE SU MADRASTRA.



¡CUANTO ME ALEGRO FLORA, DE VERTE BUENA OTRA VEZ! ¡ESTOY LORRANDO DE CONTENTO!



MODESTO RIZOS



¡EH, TURCO! ¿ERES TÚ?... CREÍ QUE ERA ÉL.



VOY A ENVIARLE EL MENSAJE A BITLEY INMEDIATAMENTE.



LA PALOMA LLEGARÁ A SUS MANOS A MEDIODÍA.



RIZOS, CORRE HASTA LA GRANJA MAS CERCANA.



...ENTONCES, SEÑOR LEECH, ME DISFRACE DE FLINT EL ERMITAÑO, PARA AVERIGUAR QUIÉNES SON LOS BANDIDOS Y QUE HACEN.

Y DE PASO, OBTENER UN MAGNÍFICO ARTICULO PARA "EL CAÑÓN", ¿VERDAD?



¡COMO NO! LE PRESTARÉ UN PAR DE PALOMAS, PERÒ PARA QUE LAS QUIERES?

LOS FORÁSTEROS TIENEN UNA JAULA CON PALOMAS EN LA CUEVA QUE QUEDA DETRÁS DE LA CABAÑA. RIENDO CAMBIARLAS POR LAS SUYAS.



SERÁ ARRIESGADO SACAR LAS PALOMAS Y REEMPLAZARLAS CON ESTAS.

SI TENGO ÉXITO, LOS MENSAJES DE LOS BANDIDOS IRÁN A PARAR AL PALOMAR DE LEECH Y ASÍ PODRÉ LEERLOS.



EL TIPO ESE DE LOS BIGOTES TIENE QUE HABER SALIDO ENCENDIENDO LA LUMBRERA.



¿QUÉ HACE USTED AQUÍ?

TENGO HAMBRE, STARLIT Y QUIERO PROBAR SU COMIDA. ¿QUÉ TRAE EN ESA CAJA? ¡A VER!

AVENTURAS DE AGUILUCHO

By Lyman Young



¡MIREN! ¿VEN COMO SALE HUMO POR EL AGUJERO?

VEAMOS DE DÓNDE PROVIENE.



¡CUIDADO, MUCHACHOS! ¡PUEDE SER UNA TRAMPA TENDIDA POR MI HERMANA!

EL HUMO ES AHORA MAS DENSO, ALROOD.



¡ENTRETANTO, AL PIE DEL CUERPO DE RANDO, LA REINA RECCJE LAS JOYAS.



LA MUY AVARA, CASI ASFIXIADA, CARGA CON EL TESORO.



¡SALIERON DE LA CUEVA!

¡OÍ GRITOS DE SOCORRO!



¡SUERTE QUE TROPECA CON ÉL!

¡YA LO TENGO!



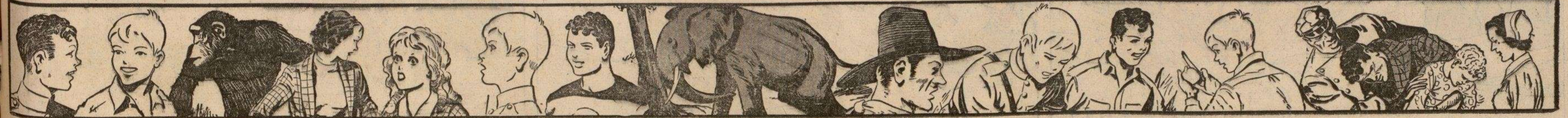
EN OTRA PARTE DE LA CUEVA, AGUILUCHO ENCUENTRA OTRO CUERPO.

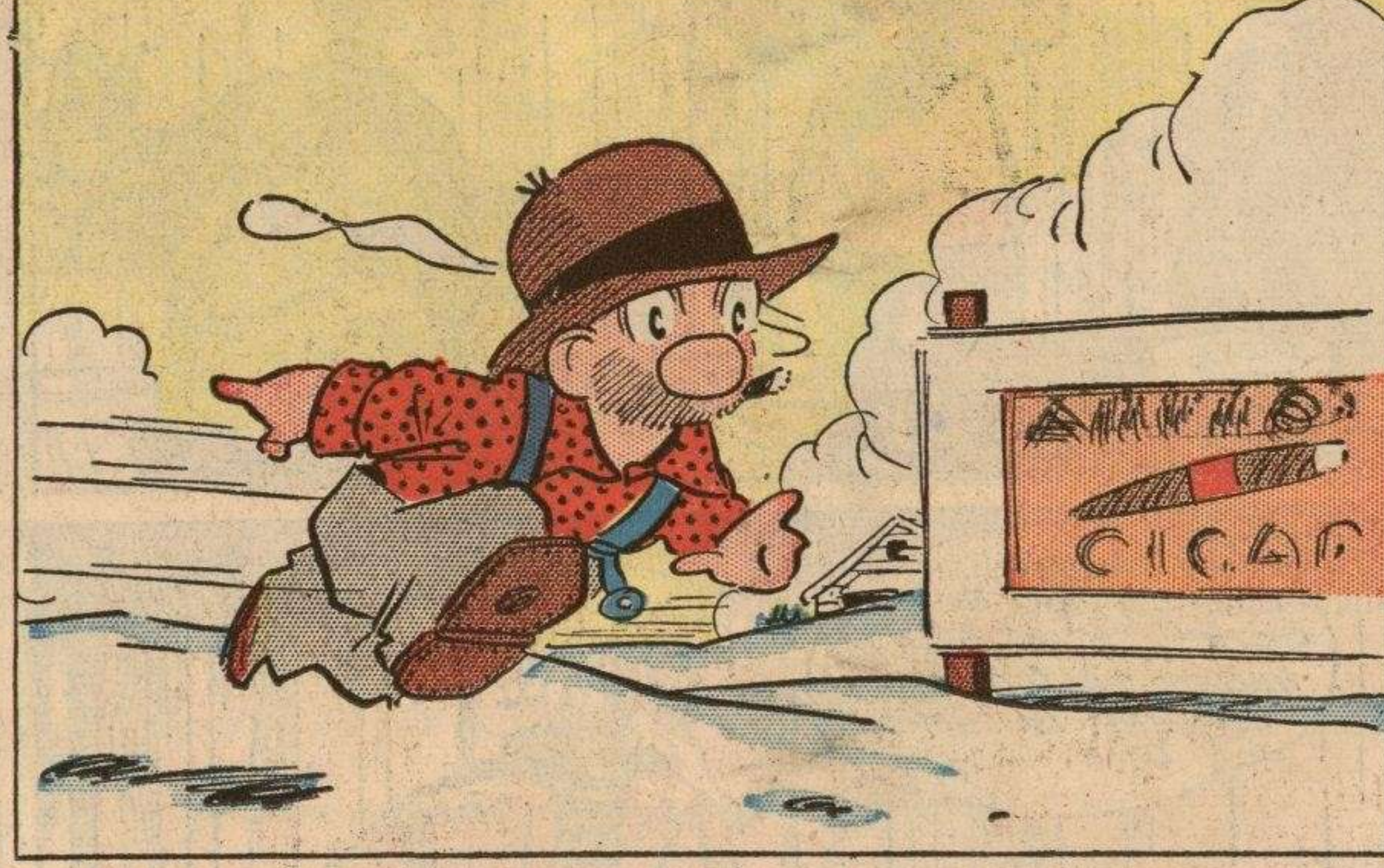
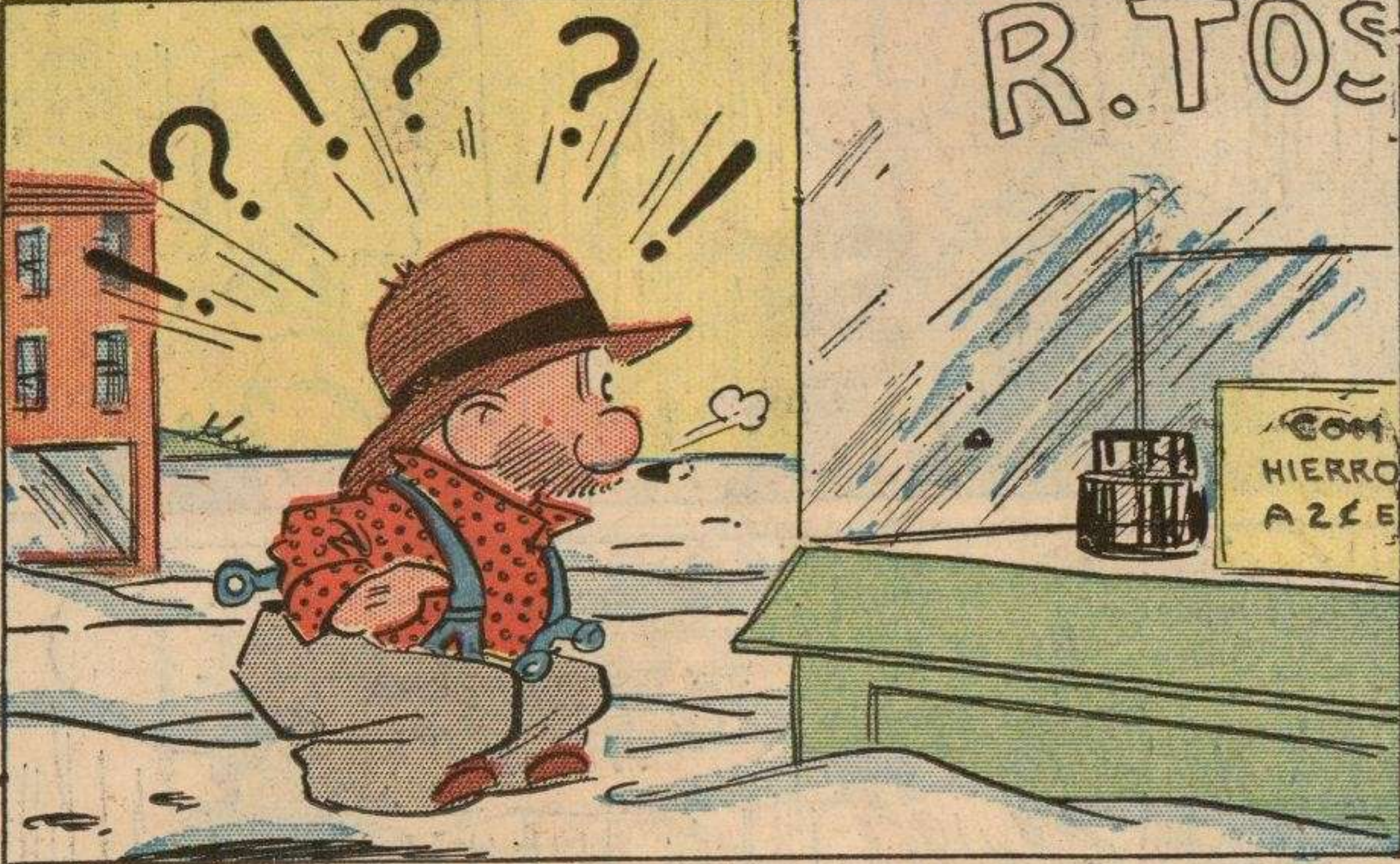


¡ES RANDO, CASI ASFIXIADO... Y MI HERMANA LORONO! ¿ESTARÁ MUER...?



LOS GUERREROS SUBEN A SALVAR A LA REINA BLANCA.





PEDRO HARAPOS

